



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

Facultat de Dret  
Facultad de Derecho

**GRADO EN DERECHO**

**TRABAJO FIN DE GRADO**

**TÍTULO:**

**COMENTARIO HISTÓRICO-JURÍDICO A LAS NOVELLAE MAIORIANI**

**AUTOR:**

**MANUEL JESÚS MOYA ARAÚJO**

**TUTOR ACADÉMICO:**

**VICTORIANO SÁIZ LÓPEZ**

**FACULTAD DE DERECHO**

**2018**

*“Ordo renascendi est crescere posse malis”*

Rutilio Namaciano (*De redito suo* I,140)

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>1</b>
--------------------------	----------

### PARTE I

#### MAYORIANO Y SU MUNDO

<b>1. EL MUNDO EN TIEMPOS DE MAYORIANO.....</b>	<b>3</b>
1.1 EVOLUCIÓN POLÍTICA .....	4
1.2 LA ADMINISTRACIÓN DEL ESTADO .....	7
1.2.1 La Administración Civil.....	8
1.2.2 La Administración Militar.....	9
1.3 LAS CLASES SOCIALES .....	11
1.3.1 Clases Superiores .....	11
1.3.2 Clases Inferiores .....	14
1.4 LOS BÁRBAROS.....	18
<b>2. RESEÑA BIOGRÁFICA.....</b>	<b>22</b>

### PARTE II

#### COMENTARIO HISTÓRICO-JURÍDICO A LAS NOVELLAE

<b>3. NOVELLAE MAIORIANI .....</b>	<b>27</b>
3.1 NOVELLA I.....	28
3.2 NOVELLA II.....	32
3.3 NOVELLA III .....	36
3.4 NOVELLA IV .....	39
3.5 NOVELLA V.....	46
3.6 NOVELLA VI.....	48
3.7 NOVELLA VII.....	52
3.8 NOVELLA VIII .....	58
3.9 NOVELLA IX .....	60
3.10 NOVELLA X .....	62
3.11 NOVELLA XI .....	63
3.12 NOVELLA XII.....	65
<b>4. CONCLUSIONES.....</b>	<b>68</b>
<b>5. BIBLIOGRAFÍA Y RECURSOS ELECTRÓNICOS .....</b>	<b>88</b>

## INTRODUCCIÓN

En este trabajo que aquí se presenta me propongo realizar un comentario jurídico a la legislación que nos ha llegado del gobierno del emperador occidental Mayoriano (c.420-461), con especial atención a su contexto, circunstancias y antecedentes históricos. La razón de ello, por supuesto, no es otra que aquella que anima a la producción científica en todas sus abundantes disciplinas, incluida la rama jurídica: la producción de un mayor, mejor y más profundo conocimiento que nos permita acceder a esa verdad, objetivo último de la investigación científica, que en el derecho histórico permanece oculta bajo el sedimento implacable del tiempo. De este modo, el autor aspira a que la incardinación de la obra legislativa de tan notable y olvidado augusto, en las propias y precisas circunstancias histórico-jurídicas que la propiciaron, permita iluminar, siquiera sucintamente, su fundamento último y su sentido exacto. Iluminación que espera hallar con la ayuda de los instrumentos que el método histórico-crítico y la dogmática jurídica pudieran ofrecer, en orden a la culminación exitosa de esta modesta empresa.

Dejando al margen la elección concreta del augusto y la obra legislativa particular que es objeto de estudio, cuestión que pertenece al campo de lo que podíamos llamar -sin respeto alguno por Weber o Goethe- las afinidades electivas, me pareció este un tema digno de estudio por varias razones. En primer lugar porque ha existido siempre un cierto e injusto desinterés por el campo del derecho postclásico, denostado sin fundamento alguno, por su supuesta inferioridad ante la racionalidad y perfecta sistemática de los derechos clásico y clasicista. Pero a cada mundo su circunstancia y a cada tiempo su derecho. En el Bajo imperio el derecho clásico ya no era apto para articular satisfactoriamente el ejercicio del *ars boni et aequi*. Se trataba de un Estado muy distinto de aquellos célebres y celebrados de la República y el Principado. El mundo del derecho postclásico, sin embargo, es el de un imperio transformado cuyas notas distintivas fueron: burocracia, ruralización y cristianismo. El *ius* clásico, pues, ya no era apto. El postclásico, en cambio, con su técnica más sencilla, que no deficiente, sí lo era.

Con todo, la ciencia romanística no ha podido todavía deshacerse completamente de sus prejuicios acerca de este derecho y el mundo del que era reflejo. Y la obra que mejor encapsula este periodo de profundos cambios -razón por la que acaso resulte más confuso- es sin duda alguna el *Codex Theodosianus*, la notable

recopilación promulgada en el año 438 por Teodosio II, augusto de oriente, a la cual se añadieron, como suplemento, algunas constituciones posteriores como las que aquí se van a estudiar (*leges novellae*). Y aunque sin duda alguna se trata de una obra bien estudiada, el derecho contenido en este Código de Teodosio palidece en estudio, interés y admiración frente a las obras del periodo clásico, esto es, el derecho de finales de la república y el principado, así como frente al derecho del periodo clasicista, esto es, frente a la compilación justiniana. De modo que se le puede considerar casi el náufrago más notable -cuando no un fugitivo-, de una época que tuvo el infortunio de ser jurídicamente considerada como situada entre dos periodos más brillantes. Y si esto es así respecto al código en sí, respecto a las *novellae*, por su heterogeneidad y asistematicidad, el problema se agrava grandemente. Solo por ello ya me pareció digno de dedicarles mi atención.

Una última razón colaboró también en la elección del tema. Si decíamos que la romanística ha sentido siempre predilección por el derecho clásico o clasicista sobre el derecho vulgar postclásico, no es menos cierto que también ha sentido una gran predilección desde antiguo -aunque sea solo por una mera lógica utilitarista- por el estudio del derecho privado frente al público. No sorprenderá entonces que si bien en estas *novellae* existen disposiciones referentes al derecho privado, se trata sin duda alguna de un conjunto normativo no solo de derecho vulgar, sino también eminentemente de derecho público.

Las razones que animaron la elección de este tema como objeto del trabajo de fin de grado fueron pues, tres: afinidad por la figura histórica de Mayoriano; las oportunidades que el derecho postclásico ofrece como campo de estudio y finalmente el interés por la reciproca iluminación que pueden proporcionarse la historiografía y el estudio del derecho público del periodo en beneficio de ambos. Pero sea como fuere, si con este trabajo se ha conseguido aportar aunque sea un poco de luz o interés sobre el tema, el autor se dará por satisfecho.

Finalmente, no quisiera terminar esta introducción sin manifestar mi agradecimiento a los profesores del Área de Derecho Romano que han formado parte del tribunal ante el que he defendido el presente TFG: Victoriano Sáiz, María del Mar Canato y Belén Fernández, tanto por las acertadas sugerencias que han realizado desde la primera redacción hasta su versión definitiva, como por su cordialidad y su paciencia.

## 1. EL MUNDO EN TIEMPOS DE MAYORIANO

Es cosa bien sabida que el imperio romano del siglo V, el mundo en que nació, vivió, gobernó y murió Mayoriano, era un mundo en disolución. Un tiempo de profundos cambios para las dos mitades en que aquel había quedado dividido. Profundos cambios políticos, sí, pero también profundos cambios ideológicos. Y en efecto, cualquiera que llegase a ser el destino de las dos partes en que la necesidad había dividido un imperio con destino universal, el mundo ya no iba a ser el mismo que hasta hacía no demasiado sus habitantes habían conocido. No obstante, siendo esto cierto, para la mitad occidental, que simbólicamente contenía a aquella Roma que había sido *caput mundi*, aquel era también un tiempo de descomposición material. No un tiempo de cambio meramente espiritual, sino el auténtico ocaso de un imperio cuya vitalidad ya olvidada había dilatado sus fronteras hasta conseguir un milagro imposible: transmutar la sordidez de un estado imperial en la caleidoscópica exuberancia de una *ecúmene*.

Sabemos también, por una referencia que Sidonio Apolinar hace en su laudatorio Panegírico al emperador del año 458, que el emperador tenía entonces edad suficiente como para ser considerado, aunque fuera graciosamente, *iuvenis*<sup>1</sup>. De ahí que la historiografía haya supuesto tradicionalmente que Mayoriano nació en algún momento alrededor del año 420. Un presupuesto lo suficientemente razonable como para ser admitido sin demasiadas preocupaciones. ¿Pero cómo era este imperio en que había venido a nacer? ¿Qué clase de estado era? Se trataba –nada menos– que de un colosal estado autocrático de cuatro millones y medio de kilómetros cuadrados y cien millones de habitantes que había resurgido de un siglo III que amenazó con hacerlo desaparecer. Un gigante político entre cuyo oriente y occidente mediaban cuatro mil kilómetros y que hasta entonces parecía sólidamente articulado sobre las obras políticas de Diocleciano y Constantino. Un imperio que de norte a sur distaba dos mil kilómetros y cuyo espíritu, ahora, mostraba claros signos de agotamiento.

En efecto, el medio siglo transcurrido antes de su nacimiento había sido un periodo turbulento y de grandes cambios en un mundo y un orden que hasta entonces

---

<sup>1</sup> Carm. 5. 524

habían parecido eternos. Y ciertamente más que iba a agravarse esta situación. De este modo, un obispo de provincias como Hidacio, que en el año 409 siendo aún niño había podido viajar desde el extremo más occidental de Hispania a Jerusalén, donde había conocido a San Jerónimo<sup>2</sup>, en el año 455, en vísperas del reinado de Mayoriano, se hallaba atrapado en Galicia, sin apenas noticias del exterior y en medio de una devastación sin freno. Y es que eso es lo que caracterizó a la primera mitad del siglo V: en menos de 50 años el mundo se había fragmentado y, en consecuencia, se había hecho muy pequeño.

Así que casi parece lógico que en semejante contexto, Hesiquio, obispo de Salona, escribiera a San Agustín una singular misiva preguntando si se acercaba el fin de los tiempos: su inquietud solo debía de ser reflejo de la que sentía su rebaño. Porque como señala BROWN: *“Quizá no hubiera llegado el fin del mundo, como temía Hesiquio, pero a lo largo del siglo V sí que llegó en muchas regiones el fin de un mundo”*<sup>3</sup>

### **1.1 Evolución Política**

En el año 375, cuando Valentiniano I, último gran emperador de occidente muere a consecuencia de una apoplejía producto de un ataque de furia, el imperio romano era un estado íntegro y sólido con fronteras aparentemente seguras. Pero por ese capricho de la fortuna que es la sucesión según el principio dinástico, habría de ser sucedido por individuos de carácter débil, profundamente influenciables e incapaces de hacer frente a la tormenta que ya se avecinaba desde el este.

Porque solo un año después, en el 376, empujados por los hunos que habían destruido su reino transdanubiano, decenas de miles de godos liderados por Fritigerno llegaron a la frontera romana del Danubio solicitando refugio al emperador Valente. El emperador accedió, y a condición de desarmar a los godos, les prometió tierras y alimentos que nunca llegaron. Y esto, junto a los abusos que las autoridades cometieron sobre un pueblo desarmado, dio comienzo a la rebelión.

Y en el año 378 sobrevino la catástrofe. En Adrianópolis, doscientos cuarenta kilómetros al noroeste de Constantinopla, el ejército oriental, al mando del propio

---

<sup>2</sup> BROWN, P., *El primer milenio de la cristiandad occidental*, Crítica, Barcelona, 1997, p. 57

<sup>3</sup> *Ibid.*

Valente, se enfrentó a los godos con el resultado de dejar dos tercios del ejército oriental, incluido el emperador, para siempre en el campo de batalla. Y sin que nada se interpusiese ya entre los godos y la capital del imperio de oriente.

Ante tal situación, Graciano, augusto de occidente, nombró al hispano Teodosio I como sucesor de Valente y este, salvando la situación, continuó la guerra contra los godos hasta el año 382 cuando estos se establecen en Tracia como *foederati* aliados del imperio. Su importante gobierno estuvo caracterizado por la cuestión religiosa y la lucha en defensa de los derechos del joven Valentiniano II contra los usurpadores Magno Máximo y Flavio Eugenio, tras vencer al cual, se hizo también con el control de occidente. Con su muerte en el año 395 se produce la división definitiva de las dos mitades del imperio romano. Teodosio I será conocido por la posteridad como “el grande” pero no por su obra política, sino por su obra religiosa pues suyo fue el Edicto que bajo el nombre de *Cunctos Populos*<sup>4</sup> (380), convirtió al cristianismo niceno en la religión oficial del imperio.

Fue sucedido por sus hijos. El adolescente Arcadio en Oriente y el niño Honorio en Occidente, ambos célebres por la debilidad de su carácter. Dada la corta edad de los sucesores, el gobierno efectivo de ambas mitades recayó en manos de validos: el general Estilicón en Occidente y el Prefecto Rufino (posteriormente el eunuco Eutropio) en Oriente. Inmediatamente se produce una intensa rivalidad entre los regentes de ambas cortes.

En 397 se rompe la paz habida entre los visigodos y el imperio oriental. Alarico I, rey de los godos saquea los Balcanes, el Peloponeso y conduce a su pueblo por segunda vez ante los muros de Constantinopla. Finalmente la corte oriental acuerda con este establecer a los godos como *foederati* en el Ilírico, prefectura ya entonces disputada entre ambas cortes, nombrando a Alarico *magister militum per Illyricum*, para disgusto de Estilicón. Las intrigas de Eutropio, empero, no cesaron aquí: por instigación suya el senado de Constantinopla declara a Estilicón enemigo público mientras que, en África, conspiró con el *comes* Gildón, que se declaró independiente de la corte occidental, bloqueó el envío de trigo que alimentaba Italia y se mantuvo independiente hasta el año 398.

---

<sup>4</sup> C. Th 16.1.2 (=CJ 1.1.1)



En el año 401 Alarico abandona el Ilírico y se instala en el Véneto, amenazando Roma. Estilicón, en aquel momento luchando en *Raetia*, les vence al año siguiente en las batallas de Pollentia y Verona con el resultado de que Alarico acaba abandonando Italia. Pero la seguridad del emperador se ha tornado ya tan precaria que la corte abandona Milán, capital del imperio desde el año 286, y se traslada a la más defendible Rávena, ciudad y puerto rodeado de pantanos palúdicos.

Dos años más tarde, una nueva amenaza se cierne sobre la península. El caudillo Radagaiso, a la cabeza de 200.000 godos, entra en Italia. Estilicón, aliado esta vez con hunos y godos le vence en abril del 406 pero ese mismo año, en fecha tan singular como el 31 diciembre, noche de san Silvestre, se produce un hecho de la máxima importancia: aprovechando la desprotección del *limes* por causa de los trastornos que los godos han ocasionado en Italia, vándalos, suevos y alanos, huyendo del poder de los hunos, rompen la frontera del imperio cerca de Mainz y penetran masivamente en el imperio. El territorio al norte del Loira cae en la anarquía de la *bagauda* mientras que en Britania, que queda fuera ya del control de Rávena, se suceden los usurpadores Marco, Graciano y Constantino, el último de los cuales cruza a la Galia para asegurar el *limes* al precio de desproteger Britania, que queda abandonada a su suerte.

En el año 408 Alarico amenaza por segunda vez Roma, exige tributo y habiéndolo recibido se retira a la Toscana. En Constantinopla muere Arcadio y es sucedido por su hijo Teodosio II. En ambas partes del imperio estalla entonces una reacción anti-germánica<sup>5</sup> y Estilicón es declarado enemigo público por ambos augustos<sup>6</sup>. Absolutamente desprestigiado por no poder derrotar al usurpador Constantino y acusado de intentar usurpar el trono de oriente para su hijo Euquerio es detenido por orden de Honorio y decapitado en Rávena el 22 de agosto.

Privado el imperio de su mejor general, la descomposición continuó. Al año siguiente las hordas de vándalos, alanos y suevos penetran en Hispania con el consentimiento de ciertas autoridades que buscan su beneficio político y se reparten la península *pro sorte*<sup>7</sup>. En 410 Alarico I pone sitio a la ciudad de Roma por tercera vez y esta vez sí saquea la ciudad. La conmoción sacude a la *ecúmene* romana entera (*Quid*

---

<sup>5</sup> BOCK, S., *Los Hunos: Tradición e Historia en Antigüedad y cristianismo* n° IX, 1992. p.164

<sup>6</sup> CTh 7.16.1 (*Hostis publicus Stilicho...*)

<sup>7</sup> Orosio, *Historiae adversus paganos*, VII.40.10 (*habita sorte et distributa usque ad nunc possessione consistunt*)

*salvum est si Roma perit?*) y las acusaciones de los paganos según las cuales Roma ha sido saqueada porque el imperio ha perdido el favor de los dioses que siempre la protegieron por causa de la extensión de la impiedad cristiana, motivan a San Agustín a escribir su obra capital *De civitate Dei contra paganos*. Alarico muere poco después.

En el año 413 los burgundios se establecen como *foederati* en la orilla izquierda del Rin y Ataúlfo, rey de los visigodos, toma Narbona, Tolosa y Burdeos<sup>8</sup>. Al año siguiente desposa a Gala Placidia, hermana del emperador Honorio y le entrega como ajuar el botín del saqueo de Roma<sup>9</sup>. No obstante, poco después, el *magister militum* Constancio, hombre fuerte de la corte occidental acosa y bloquea a los visigodos de modo que Ataúlfo huye a Barcelona donde es asesinado en el año 415.

Walia, sucesor de Ataúlfo, pacta con los romanos y devuelve a Placidia a Rávena donde contrae matrimonio con Constancio. En 418 se convierten de nuevo en *foederati* y son asentados en la provincia de Aquitania, base del futuro Reino de Tolosa, primer estado germánico de los que sucederán al imperio tras su definitivo colapso. En 421 Constancio es elevado a Augusto y coemperador Honorio, pero muere poco después. Pronto le siguió el propio Honorio, que fallece en el año 423 a los 39 años de edad.

Es en este momento aproximadamente, con un imperio occidental en el que Italia está amenazada, Britania abandonada, la Galia devastada, Hispania repartida y en el que la sucesión es incierta, cuando nace Mayoriano.

## **1.2 La Administración del Estado**

La Administración estatal del periodo conocido como el Bajo Imperio se forjó en las postrimerías del siglo III y tomo su forma más o menos definitiva en los tiempos de la Tetrarquía. Era firme reflejo del nuevo principio absolutista con el que Diocleciano y Constantino revolucionaron el ejercicio del gobierno y que ha dado nombre al periodo: el Dominado. En muchos sentidos fue todo lo opuesto al gobierno

---

<sup>8</sup> No obstante Ataúlfo al igual que Alarico antes que él no tenía un afán destructor, sino que bien al contrario en un principio planeó transformar en godo la totalidad del imperio romano, esto es, transformar Romania en Gotia (*Gothia quod Romania fuisset*), pero desistió de ello al comprender que los godos eran incapaces de regirse por un derecho tan complejo como el romano (tanto público como privado), de modo que asumiendo la deseabilidad de tal derecho, puesto que un estado no es estado sin este, se propuso ser recordado como *Romanae restitutionis auctor*. (Orosio, *Historiae adversus paganos* VII.43.5-6)

<sup>9</sup> BOCK, S., *op. cit.*, p.173

del Alto Imperio, pues sus notas distintivas le son contrarias en todo punto: burocratismo<sup>10</sup>, centralismo y una radical división entre la administración civil y militar.

### 1.2.1 La Administración Civil

La Administración civil estaba dominada por un órgano central que permanecía junto al emperador y reunía a los más altos funcionarios del estado: el *consistorium*. Este órgano descendía del informal *consilium* al que consultaba y pedía consejo el emperador en tiempos del Alto Imperio, y que estaba compuesto por amigos y personas de su confianza<sup>11</sup>. Aunque tenía un carácter más profesional, el nombramiento de los miembros del *consistorium* siempre dependió en última instancia del favor o aprecio del emperador. De un tamaño variable, los miembros más importantes eran aquellos que lo eran *ex officio*, esto es, por razón de su importante puesto en la administración<sup>12</sup>. Entre ellos destacaban:

El *Magister officiorum*, que actuaba como canciller de palacio, supervisando la administración, la guardia de palacio (*Scholae Palatinae*), el funcionamiento del sistema de transportes imperial (*cursus publicus*), el servicio de inteligencia (*agentes in rebus*), la fabricación de armas, así como conducía las audiencias y ceremonias con el emperador.

El *Quaestor Sacri Palatii*, una suerte de ministro de justicia si se me permite tan imperfecta analogía. Preparaba las leyes del emperador (*leges dictandae*), confirmaba los *rescripta* del emperador y respondía a las peticiones (*preces*). En el ámbito jurisdiccional resolvía, junto al Prefecto del Pretorio del Este, de las apelaciones frente a las decisiones de los gobernadores de rango *spectabiles*<sup>13</sup>.

El *Comes sacrarum largitionum*, que en este caso, siguiendo la analogía, sería una especie de ministro de Economía y Hacienda, se encargaba de la recaudación de impuestos, el control del gasto y de las fábricas del estado. Controlaba también la política monetaria mediante la gestión de las cecas.

---

<sup>10</sup> HEATHER señala que “en el año 249 d.C, el sistema burocrático seguía contando únicamente con 250 altos funcionarios en todo el imperio. Para el año 400, sólo 150 años más tarde, había seis mil”; en HEATHER, P., *La caída del imperio romano*, Crítica, Barcelona, 2006 p.49

<sup>11</sup> JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire 284-602 Volume I*. Basil Blackwell, Oxford, 1964. p.333

<sup>12</sup> Aunque no era frecuente existían miembros del consistorio que ejercían puestos bastante menos importantes o directamente no poseían cargo alguno. (*Ibid.* p.334)

<sup>13</sup> VARELA GIL, C., *El estatuto jurídico del empleado público en derecho romano*, Dykinson, Madrid, 2007 p. 175

El *Comes rerum privatarum*, que administraba el inmenso patrimonio privado de los emperadores. Sus tareas consistían fundamentalmente en la gestión del ingreso de la *res privata*, el control del gasto y la reclamación de bienes prescritos a favor del emperador.<sup>14</sup>

La administración periférica estaba dominada por los *Praefecti Praetorio*, solo inferiores en dignidad tras el emperador, cada uno de los cuales administraban una de las normalmente cuatro Prefecturas, las más altas divisiones territoriales del imperio. Aunque en este periodo habían sido despojados de su anterior mando militar, sus poderes en el ámbito civil (administrativo y judicial) eran inmensos.

Las Prefecturas se dividían a su vez en un conjunto de provincias llamadas Diócesis, en número de doce, y cada una al mando de un *Vicarius*, con importantes funciones judiciales y financieras. Y por debajo de los Vicarios se situaban los gobernadores de las provincias, mucho más numerosas que en tiempos del Alto imperio, y cuyos títulos eran de lo más heterogéneo como *Proconsul*, *Corrector*, *Moderator* y el más genérico de *Praeses*, cuyas sutiles distinciones exceden el objeto de este trabajo.

Finalmente, las ciudades de Roma y Constantinopla, por su importancia, quedaban excluidas de esta cadena de mando civil y eran gobernadas por sus propios Prefectos (*Praefectus Urbi*) que respondían directamente ante el emperador. Al margen de la administración ordinaria de la urbe sus funciones incluían determinadas competencias jurisdiccionales<sup>15</sup> y la presidencia del Senado de la ciudad.

### 1.2.2 La Administración Militar

Mucho se ha discutido acerca de la profunda reordenación que sufrió el ejército romano en el periodo tardío. En efecto, si a finales del siglo II el ejército aún se articulaba a través de un sistema de defensa estática, orgánicamente estructurado sobre la base de la legión clásica, a lo largo del siglo III encontramos que se producen una serie de cambios que harán del ejército romano tardío un ejército basado en una defensa flexible y en profundidad articulado fundamentalmente –aunque no únicamente- en

---

<sup>14</sup> *Ibid.* p. 183

<sup>15</sup> Según VARELA GIL, “Fallaba en primera instancia todo aquello que no estaba asignado a ninguno de los administradores de la ciudad (*praefectus annonae*, *praefectus vigilum*, etc), siendo el único que podía imponer condenas capitales (*ius gladii*) o juzgar a las clases privilegiadas. En cuanto a la apelación, resolvía los recursos presentados a las sentencias dictadas por los administradores que estaban bajo su competencia, así como, sin límite espacial, las sentencias de jueces *spectabiles* delegadas por el emperador (*vice sacra*)” (VARELA GIL, C., *op. cit.*, p. 196)

torno a dos tipos de tropas, los *limitanei* (o *riparienses*), una milicia fronteriza de baja calidad, hereditaria y “atada a la tierra”, y los *comitatenses*, tropas de mayor calidad, situadas en la retaguardia, que operaban como reserva estratégica para los casos en que los *limitanei* no impedían que la frontera fuese atravesada.

A estos tipos básicos habría que añadir los *palatini*, esto es, tropas *comitatenses* que servían en los ejércitos de la escolta imperial (*comitatus praesentales*); los *pseudocomitatenses*, tropas *limitanei* que al haber luchado largo tiempo junto a los *comitatenses* tenían una buena capacidad operativa; los *Scholae Palatinae*, la guardia personal del emperador y finalmente los *Foederati*, tropas bárbaras subvencionadas y al servicio del estado.

Producida la división entre las competencias civiles y militares, y por tanto, despojados los Prefectos del Pretorio y otras autoridades de sus potestades militares la administración militar recayó principalmente sobre los *magistri militum*. Inicialmente dos para cada Prefectura, un *magister peditum*, encargado de la infantería y un *magister equitum*, encargado del mando de la caballería. Posteriormente tales funciones quedaron unificadas, primero en la figura del *magister equitum et peditum* o *magister utriusque militiae* y posteriormente en los *magistri militum* de cada Prefectura, la más alta autoridad militar del periodo, solo por debajo del emperador.

También existían los llamados *magistri militum praesentiales*, en número dos en oriente según se nos ha transmitido en la *Notitia Dignitatum*, y que comandaban los *comitatus praesentales*, esto es, los ejércitos que conformaban la escolta imperial y que reunían a las más numerosas y selectas tropas. Acerca de ellos la cuestión más interesante residiría en determinar si la existencia de tales ejércitos cerca del emperador implicaba una decisión puramente estratégica o la necesidad de que el emperador contase con un ejército siempre a sus órdenes para protegerse frente a los usurpadores.

Finalmente no puede dejar de mencionarse el hecho “irregular”, de que durante la agonía final de occidente, el título de *magister utriusque militiae*, más allá de su sentido oficial acabase por significar algo similar a generalísimo, como demuestra el ejercicio que de este hicieron personajes tales como Estilicón, Aecio o Ricimero, entre otros.

### 1.3 Las Clases Sociales

Lo que durante el siglo IV y V caracterizó la estructura social del estado romano fue la agudización constante de unas profundas contradicciones y antinomias internas. En efecto, si nos trasladásemos a este periodo, observaríamos dos fenómenos paralelos de signo divergente, contradictorios entre sí y para sí. Por un lado la formación de una clase alta, que como tal, esto es, con sentimiento de unidad y pertenencia, no existe, mientras que paralelamente se está perfilando una clase baja cada vez más homogénea ante la cual, por oposición, se define la pluralidad heterogénea de clases altas.<sup>16</sup>

#### 1.3.1 Clases Superiores

En primer lugar tenemos a la aristocracia senatorial, el viejo y acaudalado *ordo senatorius* que resurgiendo de la marginación política sufrida en el siglo III y absorbiendo en la práctica la parte más eminente de ese orden que mejor vino a representar el periodo del Alto Imperio, los *equites*, se convierte en uno de los estamentos rectores del periodo tardorromano. Las contradicciones, empero, de esta clase estamental son, tanto en su seno, como respecto a otras elites dirigentes, enormes, y su número, pese a crecer enormemente respecto a los tiempos de Augusto, sigue siendo el de una élite reducidísima dentro de la población total del imperio<sup>17</sup>. Por una parte es cierto que el *ordo* tiene una gran conciencia de sí mismo como élite excelente del imperio (*pars melior humani generis*)<sup>18</sup> pero también es un estamento dividido por múltiples factores que minan esta conciencia.

Por una parte el estamento está dividido como unidad por causa de la división misma del imperio: hay una clase senatorial occidental y una clase senatorial oriental. Asimismo existe una división clara entre una vieja aristocracia de rancio abolengo y otra constituida alrededor de la continua incorporación de *homini novi* provenientes de clases inferiores y premiados con el ascenso no por sus servicios al estamento, sino por sus méritos respecto a la monarquía imperial. Y precisamente la cercanía y compenetración con la monarquía imperial es otro factor de división. En efecto, la élite oriental es mucho más cercana a su augusto quizá porque el centro espacial de sus intereses y actividades es el mismo: Constantinopla. La élite occidental, por contra, está

---

<sup>16</sup> ALFÖLDY, G., *Historia Social de Roma*, Alianza Editorial, Madrid, 1996 p.268

<sup>17</sup> Unas 4000 personas en todo el imperio a mediados del siglo IV, cifra que no variará demasiado después. (Ibíd. p.258)

<sup>18</sup> Quinto Aurelio Símaco. Ep. 1, 52

mucho más dividida y dispersa, y sus intereses tienden a ser locales, de modo que se constituye en un factor centrífugo de la estructura imperial<sup>19</sup>. Incluso el núcleo fuerte de esta clase, la aristocracia de la ciudad de Roma, está separada físicamente de un emperador que reside en Milán y posteriormente en Rávena. Finalmente existe una clara división religiosa. Si en oriente la aristocracia es menos antigua pero más cristiana, y no siente un especial afecto por el *mos maiorum*, en occidente la aristocracia, aunque dividida, se erige en el bastión de lo que ha dado en llamarse "reacción pagana" cuyo más insigne ejemplo lo constituye el senador Quinto Aurelio Símaco.

Estos factores, por otra parte, se imbricaban entre sí de un modo que fatalmente responde a esa división administrativa del imperio que ya en sí misma era un factor disgregante. Si la aristocracia oriental tiene sus orígenes en los *homini novi*, es claramente cristiana, centralista y está compenetrada con los intereses de la monarquía imperial, en occidente, por contra, la aristocracia es liderada por las familias de rancio abolengo, posee tendencias localistas, tiende al paganismo más o menos abiertamente y su relación con la monarquía imperial oscila entre la indiferencia absoluta y la abierta hostilidad. Con todo, la importancia del *ordo* senatorial no debe exagerarse. Una de las marcas distintivas del periodo tardorromano es la clara separación entre la jerarquía civil y la militar - división que el orden romano desconoció en periodos anteriores- y entre éstas, el predominio claro de la instancia militar, que se constituyó en el fundamento último del poder de la monarquía imperial.

Este fue otro factor disgregador en las clases superiores, pues si bien la clase senatorial adquirió una considerable cuota de poder con su resurgir en el siglo IV, no es menos cierto que este poder no es determinante, quedando reducido a la administración civil y excluido de la administración militar, la cual, a su vez, construyó su propia nobleza que nunca llegó a integrarse satisfactoriamente con la aristocracia tradicional. Y aún más, puesto que en la propia administración civil el poder de los senatoriales quedó constreñido a algunos cargos tradicionales sin poder alguno como el consulado u otros que, si bien eran importantes -como el *Praefectus Urbi*-, no lo eran en modo alguno respecto al conjunto del imperio. Aquí se levantó pues una barrera adicional más entre las propias clases dirigentes, esto es, la aristocracia senatorial que copa los cargos tradicionales y más bien locales, y la nueva burocracia estatal –una verdadera nobleza

---

<sup>19</sup> Vid. BROWN, P., *El mundo de la antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Gredos, Madrid, 2012, Segunda parte, "El occidente".

de toga- que copa el aparato imperial, una *nomenklatura* que a su vez mantuvo relaciones tirantes con el estamento militar<sup>20</sup>.

En último lugar, entre las clases privilegiadas, queda, pues, la vieja y decadente clase de los decuriones, ahora llamados curiales, que si decíamos antes del *ordo senatorius* que absorbió y se confundió con los miembros más prominentes del *ordo equester*, a su vez los curiales hicieron lo propio con el resto de la clase de los caballeros. Para este estamento, la élite local, el siglo IV y aún más el V será una época de aguda decadencia. Por una parte, porque por causa de los privilegios y exenciones de las clases más encumbradas recayó sobre los curiales la mayor parte del peso de la fiscalidad imperial, y por otro, porque seguían obligados a ostentar las costosas magistraturas locales. Por ello mismo, si durante el Alto Imperio esta condición aparecía como un estatus apetecible, será una seña distintiva del Bajo imperio la reluctancia de los curiales a cumplir sus obligaciones, su decadencia por causa de la presión fiscal y su manifiesta hostilidad al aparato imperial.

Esta situación, por su parte, obligó a los emperadores a tomar medidas coercitivas para el aseguramiento del estamento lo que supuso la heredabilidad del estatus<sup>21</sup>, la obligación de ejercer como recaudadores de impuestos y la restricción cada vez mayor, tanto de su libertad de movimientos, cuanto de su capacidad para administrar sus bienes. No es entonces extraño que muchos de sus miembros se vieran repelidos ante la perspectiva de tan onerosa posición y se dieran a la fuga, situación que pone ya de relieve una constitución del año 367 y que parecía haberse agravado profundamente para en el año 396.<sup>22</sup> Podemos presuponer entonces, como mínimo una

---

<sup>20</sup> Efectivamente, a partir del siglo III se constituye una nueva élite de burócratas y militares compuesta por individuos de extracción no aristocrática y, en el caso del ejército, también de origen bárbaro; élite que representaba unos intereses y poseían un estilo de vida muy distinto al de la aristocracia senatorial. (ALFÖLDY, G., *op. cit.* p. 264). Esta clase emergió como grupo dominante alrededor del gobierno de emperadores de una extracción similar que llegaron al poder a través del ejército, lo que concedió a este la primacía como fundamento político del imperio, pero también como lógica de poder (principio rector de la política imperial). Paralelamente, se consolidó el poder de grupos auxiliares a la monarquía imperial tales como la Iglesia y la burocracia, mientras que la aristocracia quedó en gran medida marginada. Esto es así hasta los tiempos del último gran emperador de occidente, Valentiniano I (364-375). Con él acaba la época de los emperadores-soldado. A partir de entonces se va a dar una “colonización” del poder por parte de la aristocracia senatorial (BROWN. P., *El mundo... op. cit.* p. 118) que desplaza de la primacía política a la maquinaria militar. La decadencia militar posterior es rápida y apenas puede hablarse de “efectividad” de la maquinaria bélica romana tras la muerte de Estilicón.

<sup>21</sup> La heredabilidad parece estar instaurada tanto en Oriente (C.Th. 12, 1, 13) como en Occidente (C.Th. 12, 1, 7) a partir de la tercera década del siglo IV.

<sup>22</sup> Constituciones C.Th. 12.18.1 (367) y C.Th. 12.18.2 (396) que constituyen el contenido del título *Si curiales relictæ civitate rus habitare maluerit*. El agravamiento de la situación puede colegirse del tono, destinatario y penas dispuestas en la segunda de estas constituciones respecto a la primera.



indiferencia del estamento curial para con la monarquía imperial si no una franca hostilidad.

### 1.3.2 Clases Inferiores

Respecto a las clases inferiores la situación difiere sustancialmente: en ellas se va a dar un creciente proceso de unificación facilitado por la inversión de la tensión *plebs* urbana-*plebs* rústica, adquiriendo primacía esta última: las ciudades comienzan a despoblarse y a perder la iniciativa como centro de gravedad civilizatorio. Pese a que la distinción entre libre y esclavo siguió siendo el principal criterio rector del estatuto jurídico personal<sup>23</sup>, la realidad social torna de un modo creciente indiferente esta distinción. Por una parte, el trabajo esclavista se da en dos modalidades, una en la que el amo mantenía al esclavo como a un animal doméstico, y otra en la que el esclavo se establecía por su cuenta y el amo se apropiaba de una parte de su tiempo y fruto del trabajo.<sup>24</sup>

Esta segunda modalidad, que predominó en el periodo, acercó las figuras del esclavo y el colono hasta hacer sus contornos difíciles de apreciar. En efecto, el fenómeno de la *adscriptio glebae* es con diferencia el proceso social más relevante del periodo por cuanto acercó las figuras de los *servi* y los *coloni* hasta hacerlas en última instancia indiscernible<sup>25</sup>. En efecto, si el *colonus* del principado era un inquilino vinculado a la tierra por un contrato voluntario, a lo largo del siglo IV se constituye en una figura que va perdiendo tantos grados de libertad como crece en número. Se transforma así a finales de siglo en un "esclavo de la tierra"<sup>26</sup> explotado de un modo tan similar al esclavo que "servus acabó por significar «siervo», de modo que hizo falta un nuevo término que abarcará su antiguo sentido de «esclavo»".<sup>27</sup> La adscripción, originalmente era una medida fiscal dirigida a facilitar la recolección de la *capitatio*, se

---

<sup>23</sup> Instit. Just. 1, 3

<sup>24</sup> BLOCH, M. ET ALII., *La transición del esclavismo al feudalismo*, Akal, Móstoles (Madrid), 1989 p.162

<sup>25</sup> En palabras de ALFÖLDY: "este desarrollo no sólo es reconocible en el acercamiento entre esclavos y colonos, por la concesión a los primeros de varios derechos y por la creciente falta de libertad de los segundos. Los *inquilini*, que al principio se diferenciaban considerablemente de los *adscriptici* en virtud de su derecho a cambiar de domicilio, a partir de Valentiniano vieron como cada vez les eran puestas más trabas a esa libertad de movimientos, hasta perderla totalmente poco después: por una ley del año 419" (ALFÖLDY. G., *op. cit.*, p. 277)

<sup>26</sup> CJ 11.52(51).1 (*servi tamen terrae ipsius cui nati sunt*)

<sup>27</sup> FINLEY, M. I., *Esclavitud Antigua e ideología moderna*, Crítica, Barcelona, 1982 p.191-192

convirtió así en una nota distintiva de los profundos y en última instancia letales cambios en las relaciones de producción del periodo.

La situación, en todo caso, tampoco era favorable para la plebe urbana. Siguiendo la tendencia secular, para los habitantes de las ciudades también los oficios y profesiones se hicieron hereditarios y cuanto más en crisis entraba el imperio, más y más medidas coaccionaban su libertad de movimientos hasta el punto de que "tras la muerte de Teodosio I, y en la parte occidental del imperio, a estos les quedó terminantemente prohibido revestir cargos municipales, emigrar al campo, alistarse en la milicia o abrazar el estado eclesiástico".<sup>28</sup> El resultado fue, desde luego, la ruina de los pequeños comerciantes y trabajadores de las ciudades que, bajo el peso de la opresión política y la explotación fiscal, cayeron en un estado de miseria espantosa.

Por último, los pequeños campesinos libres también fueron víctimas de la coyuntura. En efecto, las devastaciones de la guerra, las depredaciones del estado, la devaluación del estatus de ciudadano ante la preeminencia de nuevas formas de clasificación social etc. hicieron que, junto a los trabajadores no propietarios se transformaran también en una clase dependiente.<sup>29</sup> No cabe duda de que el pequeño campesino, que practicaba una economía de subsistencia, era incapaz de competir con los grandes potentados en una época tan turbulenta, caracterizada por la escasez (natural o inducida) y la opresión. Y es aquí donde aparece una institución fundamental para el ulterior desarrollo de las relaciones de producción del periodo: el *patrocinium*.

En efecto, ante un panorama tal las opciones que tenía el campesino eran solo dos, o bien apartarse de la vida social, ya por medio del bandidaje -lo que sin duda está en la base de la recurrencia endémica en el siglo V de la *bagauda* en Hispania y la Galia o de los *circumcelliones*<sup>30</sup> en África-, ya por medio de fenómenos más extravagantes del tipo religioso como la *anachoresis* egipcia, que está en el origen, precisamente, de los

---

<sup>28</sup> ALFÖLDY, G., *op. cit.*, p.274

<sup>29</sup> FINLEY, M. I., *La Economía de la Antigüedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p.109-111

<sup>30</sup> No está claro hasta qué punto los *circumcelliones* eran fanáticos religiosos donatistas o simples bandidos. Probablemente ambas cosas sin que pueda determinarse que elemento predominaba. En todo caso parece un fenómeno a medio camino entre los otros dos aquí expuestos.

anacoretas o eremitas.<sup>31</sup> O bien, si no querían unirse o no se identificaban con estos procesos de descomposición social, podían entregarse a la protección de los poderosos.

Y esta protección entre el campesino dependiente y el potentado va a canalizarse, propiamente, a través de la institución del *patrocinium*, esto es, una relación personal en la que "a cambio de protección y cierto desahogo, el campesino aceptaba la autoridad de un señor rural (o un agente del señor) sobre sí, y sobre su propiedad, y por tanto la pérdida de la independencia que le quedaba"<sup>32</sup> colocándose, de acuerdo a la expresión de Salviano "bajo su poder y su arbitrio"<sup>33</sup> y a quienes "en contrapartida entregaban productos agrarios o dinero, primero en concepto de «regalo» y después como tributo regular"<sup>34</sup>

El proceso en sí que llevó a la extensión del *patrocinium* es bastante temprano, y podemos encontrarlo en la temprana emergencia de la división social *honestiores-humiliores* ya presente a mediados del siglo II. Ahora bien, nada contribuyó de manera más decisiva a consolidar esta división, profundizar en la vinculación del pobre a la tierra y a agudizar las tensiones socioeconómicas hasta el punto de fomentar el *patrocinium*, que la reforma impositiva de Diocleciano. El centro de la reforma se constituyó en torno al impuesto llamado, no sin polémica historiográfica,<sup>35</sup> *capitatio-iugatio*, del que no está claro, en modo alguno, si se trata de un impuesto doble pero vinculado, un impuesto con dos “caras” o dos medidas que se combinan en un único impuesto.

Sea como fuere, la capitación se basaba en una profunda reforma del impuesto *annonario* (que llegó a convertirse en el principal impuesto del siglo III) instaurado en la época de los Severos. En la reforma diocleciana, el impuesto se basó en un censo actualizado cada cinco años que vinculaba el número de unidades territoriales (*iuga*) sometidas a imposición, con el trabajador agrícola (*caput*) con el que formaba una

---

<sup>31</sup> En efecto, aunque luego adquirió un significado unívocamente religioso, la *anachoresis* tenía originariamente un trasfondo económico pues así se denominaba en Egipto al hecho de huir o fugarse al desierto para evitar pagar los impuestos exigidos por el Estado. Así, etimológicamente *anachoresis* no significa otra cosa que “retirada” o “alejamiento”, con una fuerte significación de desplazamiento al desierto, lo que la hizo una palabra especialmente adecuada para los ascetas cristianos del siglo IV, que al retirarse al desierto, también fueron denominados eremitas, del griego *erēmía*, que justamente significa “desierto”.

<sup>32</sup> FINLEY, M. I., *Esclavitud...* op.cit., p.190

<sup>33</sup> De gubernatione Dei 5.38

<sup>34</sup> ALFÖLDY, G., op. cit., p.285

<sup>35</sup> APARICIO, A., *Las grandes reformas fiscales del Imperio Romano (reformas de Octavio, Augusto, Diocleciano y Constantino)*, Gráficas Apel, Gijón, 2006. p. 62-65

unidad indivisible<sup>36</sup>. La *capitatio-iugatio* se configuraba así como una base imponible predeterminada a efectos administrativos lo que, en teoría, permitía prever de antemano el importe global de la recaudación.

El hecho de que este impuesto se convirtiera en la principal fuente de recursos del estado determinó que el peso de la carga fiscal que recayó sobre el campesinado tuviera un efecto profundísimo. No sólo por su condición de impuesto fundamental, sino, muy singularmente, por la propia naturaleza del mismo. En efecto, su propia configuración lógica en tanto que tributo vinculado a la tierra, ocasionaba que los habitantes de las ciudades así como todos los individuos sin propiedades rústicas quedaran exentos del impuesto, o más propiamente, en terminología jurídica, determinados como casos de no sujeción al tributo. La finalidad del procedimiento inquisitivo e implacable del fisco romano no era entonces solo conseguir una adecuada recaudación que sustentara el estado, sino también incentivar el cultivo y la producción intensiva agraria, cosa que ciertamente se consiguió, al menos por un tiempo.

Con ello, sin embargo, se incentivó también el colonato y, consecuentemente, la extensión descontrolada del *patrocinium* a lo largo de la segunda mitad del siglo IV. Con una presión fiscal creciente los pequeños propietarios tendieron a colocarse bajo la protección de un *potentior*, que también era *possessor*, y que asumía su carga fiscal a cambio de que el pequeño propietario perdiera la propiedad sobre la tierra y deviniera así en un trabajador en precario<sup>37</sup>. Las ventajas del sistema para los potentados eran obvias, pues al margen de sus diversos privilegios estamentales y del hecho de que a

---

<sup>36</sup> En palabras de OSTROGORSKY: "En el sistema diocleciano de *capitatio-iugatio* el impuesto de capitación y la contribución territorial como componentes principales de la *annona*, se complementan entre sí. La unidad fiscal es constituida, de una parte, por un pedazo de tierra de una determinada extensión y calidad (*iugum*), y de otra por el hombre que lo trabaja (*caput*). Al fijarse el impuesto, se cuentan por separado *iuga* y *capita*, pero como un *iugum* no puede ser objeto de imposición sin un *caput* correspondiente, en el sistema Diocleciano un *caput* sólo puede ser gravado con la *annona* cuando lleva un *iugum* como contrapartida. Por esta razón el fisco intenta necesariamente establecer un equilibrio entre *iuga* y *capita*, es decir, encontrar un *caput* para todo *iugum* disponible" (OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino*, Akal, Madrid, 1984. p.53-54)

<sup>37</sup> Ulpiano definía el "precario" así: "*Precarium est quod precibus petenti utendum conceditur tamdiu quamdiu is qui concessit patitur*" (Dig. 43.26.1), esto es, "Precario es lo que se concede en uso a quien lo solicita mediante "preces" (ruegos), y por el tiempo que tolere el condeciente". Así, cuando la tierra pasaba a manos del *potentior*, el antiguo propietario quedaba sujeto a la benevolencia de su nuevo señor que podía desalojarlo en cualquier momento. No obstante, la falta de mano de obra, la existencia de contratos paralelos a favor del terrateniente y la condición de colono que ostentaba el que cultivaba en precario (por lo que debía pagar una parte del fruto de su trabajo al *potentior*, y/o trabajar a título gratuito en las propiedades del terrateniente) hacía muy conveniente el acuerdo. Por ello la institución se extendió sin demasiados problemas, constituyéndose en claro antecedente de alguna de las formas de propiedad no plena (esto es, aquellas en las que no existe identidad entre dominio útil y eminente) más características de la Edad Media: el *beneficium*, la *enfiteusis* y el *precarium* mismo.

menudo ellos mismos eran los encargados de recaudar los impuestos (lo que daba lugar a muchos abusos) las leyes de la época nos dicen que a menudo los propietarios no declaraban a los colonos lo que resultaba en una proporción menor de las cargas fiscales derivadas de la *capitatio-iugatio* que hubieran debido corresponder.

#### 1.4 Los Bárbaros

La penetración en el territorio romano de los múltiples pueblos que ocasionaron su caída no se realizó de modo uniforme. En efecto, tal y como expone con gran claridad MUSSET<sup>38</sup>, la migración de estos pueblos no sólo no se realizó de modo uniforme, sino que acaeció mediante varias oleadas vagamente relacionadas entre sí. De hecho, resulta relevante señalar que, en efecto, las oleadas no cesaron con la caída del imperio occidental, sino que, afectando tanto a Europa occidental -primero al imperio y luego a los estados sucesores- como al imperio oriental, se prolongaron hasta el siglo VII, momento en que se detienen en un *impasse* que al reanudarse cambiará de sentido: occidente se verá afectada por los vikingos del norte y oriente por los pueblos eslavos.

Las migraciones de los pueblos germánicos van a conocer pues, tres oleadas. En los siglos IV-V una primera encabezada por unos godos que piden asilo al imperio en el año 376 como consecuencia de la destrucción de su reino transdanubiano por parte de los hunos, y a los que siguieron, primero, los propios hunos, y posteriormente, tras el célebre cruce del limes del Rin el 31 de Diciembre del año 406, suevos, vándalos y alanos. Más tarde, a lo largo de los siglos V-VI se produjo una segunda oleada compuesta por francos, alamanes y bávaros, oleada que colaboró en dar la puntilla al imperio occidental, pero sin resultar tan decisivos como la primera. Posteriormente, a lo largo de los siglos VI-VII se produjo una tercera oleada acaecida ya tras la desaparición del imperio occidental, y que se compuso de lombardos y avaros.

Estos pueblos germánicos penetraron en el imperio como un cuerpo extraño de efectos devastadores sobre su estructura global, pero también como agentes de destrucción local. Así, por ejemplo, podemos citar el testimonio de Paulino de Bézier que aproximadamente en 407-408, esto es, tras el cruce del Rin y la penetración masiva de estos pueblos en la Galia, decía:

---

<sup>38</sup> MUSSET, L., *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Labor, Barcelona, 1973

“Por primera vez los bárbaros, violando el tratado de paz, se arrojan sobre los campos, sobre las fortunas de los habitantes y sobre sus colonos. (...) Pero si el sármata devasta la tierra, si el vándalo la incendia y el rápido alano la saquea, nosotros intentamos, con dudoso resultado y al precio de esfuerzos penosos, repararlo todo”<sup>39</sup>

Pese a su tímido optimismo, la creciente incapacidad del estado romano para contener su desintegración tuvo por efecto que la inestabilidad y devastación se tornaran endémicas. De modo que si estas palabras de Paulino aún eran esperanzadoras -pues habla de daños pero también de reconstrucción- las de Orencio, Obispo de Auch, que datan aproximadamente de una década después son deprimentes:

“Ved cuan súbitamente la muerte ha pesado sobre el mundo entero; cómo la violencia de la guerra ha golpeado a los pueblos. (...) ni siquiera las cuevas ocultas por sombrías rocas han podido escapar a las manos de los bárbaros. Muchos fueron entregados a la muerte víctimas de la mala fe, muchos por perjurio, muchos por la traición de sus propios conciudadanos. Muchos por las emboscadas, muchos también por la violencia popular. (...) En las ciudades, los dominios, las campiñas, las encrucijadas y las villas, en todas partes, aquí y allá, a lo largo de los caminos, no se ve sino muerte, dolor, destrucción, desastre, incendio y luto. La Galia entera no es sino una pira humeante.”<sup>40</sup>

Orencio nos habla pues de un panorama bien apocalíptico que caracterizará el mundo que conoció el emperador Mayoriano: anarquía, guerra, desórdenes sociales y arbitrariedad estatal.

En todo caso debe señalarse que los bárbaros no son propiamente invasores<sup>41</sup>, su actuación no responde a un plan racional de conquista, y sus motivaciones son, desde luego, poco gloriosas<sup>42</sup>. Pero tampoco se integran plenamente en la romanidad.<sup>43</sup> Son, de hecho, una extraña forma de aliados autónomos jurídicamente integrados mediante el

---

<sup>39</sup> Paulino de Béziers, *Epigramma*, vv. 10-13, 18-21

<sup>40</sup> Orencio de Auch, *Commonitorium II*, vv. 165-184

<sup>41</sup> Así lo demuestra el hecho de que los godos llevasen dentro de las fronteras del imperio desde el año 376, los suevos, alanos y vándalos desde el 406 etc.

<sup>42</sup> Es muy probable que la motivación principal fuera la presión y efecto en cascada del avance de los hunos por la Gran Llanura húngara. Por tanto el imperio ofrecía perspectivas de protección y alimento.

<sup>43</sup> BROWN los define como una sociedad “*subromana*”, lo que me parece acertado. (BROWN. P., *El mundo... op. cit.* p.50)

instrumento jurídico del *foedus*, y en su gran mayoría culturalmente cristianos cuyo único arma de presión, y a la vez la única función útil para un imperio políticamente inestable, es su habilidad marcial. Esto los colocó en una extraña e involuntaria posición de constituirse en una casta militar cerrada en la interioridad de un imperio que, un poco por la desafección social, y un poco por la propia autodestrucción del aparato imperial, les fue empujando a ocupar un estatus de clase dirigente en su condición de poder fáctico.

Y esto precisamente es lo que ocurrió por causa de las enormes contradicciones<sup>44</sup> existentes en el cuerpo social de Roma. Que en el siglo V al menos una gran porción de la población era desafecta o cuanto menos indiferente a las directrices de la monarquía imperial puede comprobarse fácilmente por fenómenos tales como la extensión de la *bagaudae*; la conflictividad del estado con los latifundistas; la extensión de las herejías; la emigración de los colonos en busca de patrón; los intentos de evitar obtención del rango curial o en las censuras a los romanos y elogios a los bárbaros que realizan autores como Salviano de Marsella, entre otras.

Es el propio Salviano, por cierto, quien describe este estado de profunda desafección social al orden imperial cuando hace afirmaciones como esta en su obra *De gubernatione Dei*:

“Los pobres se ven despojados, las viudas gimen, se pisotea a los huérfanos hasta tal punto que muchos de ellos, incluso gente de buena cuna que ha recibido una educación superior, se refugia en el enemigo. Para no sucumbir ante la persecución pública, van a buscar entre los bárbaros la humanidad de los romanos, porque ya no pueden soportar entre los romanos la inhumanidad de los bárbaros (...) Emigran pues hacia los godos o los *bagaudas*, o hacia los demás bárbaros que dominan por doquier y no tienen nada que reprocharse por este

---

<sup>44</sup> Así, por ejemplo, las contradicciones entre romano-bárbaro, pagano-cristiano, ortodoxo-hereje, libre-esclavo, potentior-tenuior, honestior-humilior, ciudad-estado, estado-iglesia, monarquía imperial-aristocracia senatorial, oriente-occidente, griego-latín, ejército-burocracia, campo-ciudad, comercio-autarquía, colono-patrón, curiales-estado, latifundio-ciudad, centralismo-regionalismo, foedus-guerra, emperadores-usurpadores, gastos-impuestos, fiscalidad-burocracia, bagaudae-administración, riqueza-depauperación, gasto-consumo etc.

exilio. Porque prefieren vivir libres bajo la apariencia de esclavos que vivir esclavos bajo una apariencia de libertad”<sup>45</sup>.

No es menos cierto, sin embargo, que, además de constituirse en un poder fáctico en medio del caos de la desintegración, se dieron una serie de situaciones (abandono del territorio, usurpaciones etc.) que hicieron que las tribus germánicas, mediante el *foedus*, fuesen a menudo la única autoridad con un título jurídico válido derivado de la soberanía imperial.<sup>46</sup> Esta situación, empero, ni mucho menos se daba siempre, como bien demuestra la absorción de las bolsas de romanidad posteriores al año 476 tales como el Dominio de Soissons, liderado por Afranio Siagrio y absorbido por los Francos en el año 486 E.C (*Anno autem quinto regni eius Siacrius Romanorum Rex...*)<sup>47</sup>, o la zona gobernada por el Prefecto de Arlès, tomada por Eurico en 477 E.C (*"Arelate capta est ab Eurico..."*)<sup>48</sup>. Estos títulos legítimos, empero, permitieron, tras la desaparición del imperio occidental, mantener una vaga ficción político-jurídica de unidad imperial bajo la soberanía teórica del emperador de Oriente.

En todo caso, resulta de gran interés resaltar que ya el *foedus* confirió a los bárbaros rasgos de clase dominante. En efecto, la aplicación de la *hospitalitas* -el viejo instrumento legal que preveía un usufructo para el acantonamiento de las tropas- que asignaba a los bárbaros entre uno y dos tercios<sup>49</sup> de las tierras previamente bajo el dominio de la aristocracia romana, constituyó un poderoso mecanismo por el cual la población germánica se constituyó en la cima del nuevo orden social.

Es cierto que la interpretación del sistema de reparto de las tierras (*sortes*) no ha sido nunca una cuestión pacífica. En su interpretación tradicional, presentaba el problema de hacer del bárbaro un granjero y por tanto, el problema de hacer de la *hospitalitas* un instrumento demasiado adecuado para la integración y aculturación de los pueblos germánicos lo que, a mi entender, afectaría a su capacidad para articular una "conciencia étnica" que, de hecho, no se vio afectada sustancialmente durante el periodo posterior.<sup>50</sup> Más lógica parece entonces la tesis defendida por GOFFART<sup>51</sup> que hace de

---

<sup>45</sup> *De gubernatione Dei* 5.5.21-22 citado en LE GOFF, J., *La civilización del occidente medieval*, Paidós, Barcelona, 1999, p.26

<sup>46</sup> MUSSETT, L., op. cit., p.39

<sup>47</sup> *Historia Francorum* II,27

<sup>48</sup> *Chron. Gall.* 511 n° 657

<sup>49</sup> MUSSETT, L., op. cit., p.201

<sup>50</sup> BROWN, P., *El mundo... op. cit.*, p.122



la *hospitalitas* un poderoso instrumento de dominio y conciencia de clase al entender que el derecho que los germánicos obtenían sobre la propiedad romana no era un derecho a la propiedad de la tierra en sí, sino un derecho sobre el impuesto derivado de la tierra, lo que constituiría un antecedente claro de la distinción *bellatores-laboratores* del periodo medieval al permitir vivir a los bárbaros como una clase dominante guerrera y rentista a tiempo completo

La peculiaridad de la sustitución de la clase dominante del periodo imperial por la clase bárbara estribó entonces en el hecho de que la clase dirigente romana fue víctima de sus propias contradicciones políticas y sociales y que, por ello mismo, fue finalmente sustituida por un dominio germánico que se adaptaba mejor a las relaciones protofeudales: personales, localistas y autárquicas.<sup>52</sup> Por supuesto, la sustitución como clase dominante debe entenderse como supremacía económica y control en la dirección política y militar del estado, pero no como eliminación de las élites locales romanas. Con estas los nuevos amos barbaros compartieron el poder, si bien bajo un régimen dual como el burgundio donde siempre se mantiene la primacía bárbara<sup>53</sup>.

Sin duda por este carácter personal, localista y autárquico, en que se sumió la *pars occidentalis*, las relaciones jurídicas del Medioevo se nos aparecen mucho más incomprensibles y arbitrarias que aquellas propias del derecho romano. También mucho más heterogéneas y abundantes. Porque en cierto modo, a nivel jurídico, el feudalismo no fue sino la oficialización de las relaciones civiles paralegales romanas como el clientelismo y el *patrocinium* mezcladas con las relaciones militares bárbaras de séquito (*Gefolgschaftwesen*) y las relaciones de vasallaje procedentes de elementos autóctonos prerromanos. De ahí que al periodo medieval le sea característico la exaltación del único elemento sociocultural común a la pluralidad de reinos y etnias resultante: la cristiandad.

## 2. RESEÑA BIOGRÁFICA

Julio Valerio Mayoriano nació alrededor del año 420 de nuestra era. De familia aristocrática, su abuelo, de nombre también Mayoriano había sido *magister militum per*

---

<sup>51</sup> GOFFART, W., *Barbarians and Romans, A.D. 418-584. The techniques of accommodation*, Princeton University Press, Princeton, 1980

<sup>52</sup> ALFÖLDY, G., *op. cit.* p. 287

<sup>53</sup> MUSSETT, L., *op. cit.*, p. 210 y ss.

*Illyricum* en tiempos de Teodosio I y estuvo presente en la proclamación de este en *Sirmiun* en el año 379.

“Se cuenta que su abuelo gobernó el suelo Ilírico y las márgenes del Danubio, en la región donde predomina la marcial Acinco, en Panonia. Efectivamente, cuando Teodosio tomó en Sirmio el nombre de Augusto, tuvo a Mayoriano como maestro de ambas milicias, al partir para las regiones orientales del imperio”<sup>54</sup>

Su padre fue un importante funcionario (*numerarius*) que administraba las finanzas de Aecio y cuyo nombre era probablemente *Domninus*. Y bajo Aecio precisamente comenzó su carrera militar, al amparo del cual coincidió con personajes que serían muy influyentes en el futuro como el bárbaro Ricimero o el aristócrata galo Egidio.

Tuvo una carrera militar notable y, según se desprende por una referencia de Sidonio en su Panegírico a cuenta de las envidias de la esposa de Aecio, parece que se distinguió particularmente en la defensa de la ciudad de Tours y en batalla contra los Francos cerca de *Vicus Helena*<sup>55</sup>:

“Cuando defendió a los turonenses que temían la guerra tú no estabas allí; al poco tiempo, combatisteis juntos en las abiertas llanuras de los atrébate, que había invadido el franco Clodión”<sup>56</sup>

En el año 454 Mayoriano ya había abandonado el servicio activo, según cuenta Sidonio en el Panegírico, por causa de los celos de la esposa de Aecio<sup>57</sup>. Muerto este, Valentiniano III lo llamó del retiro para tratar con las tropas concediéndole el título de *comes domesticorum*:

“Mientras tanto Aecio había cumplido su triste destino bajo la espada del emperador. Éste, para agrupar con más seguridad las inmensas fuerzas armadas de su víctima en torno a la guardia palatina, ruega a Mayoriano que vuelva”<sup>58</sup>

---

<sup>54</sup> SIDONIO APOLINAR, *Poemas*, Ed. Gredos, Madrid, 2005 p.128

<sup>55</sup> Probablemente en el año 446

<sup>56</sup> SIDONIO APOLINAR, *Poemas... op.cit.* p.135

<sup>57</sup> *Carm.* V.126-128

<sup>58</sup> SIDONIO APOLINAR, *Poemas... op.cit.* p.140

Pronto murió Valentiniano, y pese a que contaba con el apoyo de la viuda de este para sucederle, Petronio Máximo se hizo con el poder mediante sobornos. Muerto a su vez éste en el año 455, durante el segundo saqueo de Roma por Genserico, le sucedió Avito, suegro de Sidonio, con el apoyo de la aristocracia gala y de Teodorico, rey de los visigodos. Inicialmente contó también con el apoyo tanto de Mayoriano como de Ricimero. En Italia no obstante, su proclamación causó cierto descontento, pues era visto como un extranjero.

Tras unos éxitos iniciales los vándalos, soliviantados, sometieron a Roma a un bloqueo naval y así, el hambre, y una serie de decisiones poco afortunadas, se sumaron al descontento por su condición de extranjero y eso le volvió tremendamente impopular. Hecho que aprovecharon Ricimero y Mayoriano, al frente del ejército de Italia, para iniciar una revuelta. Derrotado en Piacenza en octubre del año 456, se le perdonó la vida a cambio de abdicar y convertirse en obispo de la misma localidad.

Después de esto ni Mayoriano ni ningún otro tomó el título de Augusto, probablemente con el objeto de conseguir un nombramiento legal por parte de Marciano, emperador de Oriente. Muerto este en enero del 457 ascendió a la púrpura León I que nombró *Magister militum* tanto a Ricimero como a Mayoriano. E investido con esta autoridad consiguió una importante victoria en *Raetia* que le valió ser aclamado como Augusto por las tropas el 1 de abril del mismo año, en un lugar llamado *Ad Columella*, distante seis millas de Rávena. Hecho reconocido y legalizado por León I el 28 de diciembre de 457.

La primera amenaza que tuvo que encarar fue la defensa de la mismísima Italia, devastada por las incursiones marítimas de los vándalos. En el verano del 458 se enfrentó en persona a una invasión de la Campania liderada por el cuñado de Genserico ante el cual condujo al ejército, y frente al que consiguió una victoria de la que resultó la muerte de aquel. Tomó entonces algunas enérgicas medidas en lo que iba a ser la línea habitual de su gobierno.

En primer lugar promulgó su *Novella 8 (De reddito iure armorum)* que legalizaba el derecho a portar armas para los ciudadanos, confiando así la protección de Italia a su autodefensa. Y puesto que la autodefensa iba a ser la política militar para Italia, solo tomando la iniciativa, una estrategia que desviase los frentes, podía

asegurarse la supervivencia de aquella y la pervivencia del imperio. A tal objeto su segunda medida consistió en construir dos flotas, una para cada uno de los mares que flanquean Italia -Tirreno y Adriático- con el objeto de proteger la península y eventualmente invadir el reino vándalo de África. O como lo expresó Sidonio:

“Mientras tanto, tú armas sendas escuadras en las costas de los dos mares, el inferior y el superior; para ti flotan en el agua todos los bosques y tú, Apenino, que eres rico en árboles para la construcción naval, talado en ambas vertientes, envías al mar no menos madera que agua”<sup>59</sup>

Protegida Italia por la flota y la milicia local, puso sus ojos entonces en la Galia, donde tras la deposición de su compatriota Avito, no había sido reconocido como emperador legítimo. En particular sobre *Lugdunum* y el valle del Ródano, donde los burgundios se habían extendido su frontera meridional hasta prácticamente alcanzar la costa mediterránea, y esta frontera, junto con la frontera septentrional de los visigodos, formaba una cuña que separaba la Galia de Italia. También parece, por una alusión que hace Sidonio en sus cartas<sup>60</sup>, que existió un intento de usurpación (*coniuratio Marcellana*) por parte de un tal Marcelo, que ha sido erróneamente identificado a veces con Marcelino, *magister militum* del Ilírico.

Y así, con el invierno en ciernes, marchó hacia la Galia con un ejército en el que militaban “el bastarna, el suevo, el panonio, el neuro, el huno, el geta, el dacio, el alano, el belonoto, el rugo, el burgundio, el veso, el bisalta, el ostrogodo, el sármata, el mosco”<sup>61</sup>. Un elocuente testimonio del estado militar del imperio, compuesto ya solo por tropas bárbaras mercenarias.

Allí derrotó a Teodorico II, recuperando grandes territorios en Hispania y reduciendo a los visigodos a su estatus de *foederati*. Y aliado con estos -como reporta Hidacio<sup>62</sup>- derrotó a los burgundios recuperando para el imperio Lugdunum y el valle del Ródano. Habiendo restaurado el orden en la Galia, su política cambió de lo militar a lo diplomático en un intento de congraciarse con la aristocracia gala, intento que mediante ciertas medidas, como la remisión de impuestos a Lugdunum, tuvo cierto

---

<sup>59</sup> SIDONIO APOLINAR, *Poemas...* op.cit. p.148

<sup>60</sup> Ep. I.11.6

<sup>61</sup> SIDONIO APOLINAR, *Poemas...* op.cit. p.150-151

<sup>62</sup> *Chron.* no.197,

éxito como demuestra que en ese periodo Sidonio Apolinar, como representante de aquella aristocracia, pronunciara el Panegírico al emperador.

Llegó entonces el momento de enfrentarse a los vándalos. A tal efecto, después de dejar la Galia en manos del *magister militum* Egidio, partió hacia Hispania donde mandó construir una poderosa flota de 300 barcos,<sup>63</sup> en *Portus Illicitanus*, moderna localidad de Santa Pola. Mientras la flota era construida, y las fuerzas para la expedición reunidas, se realizó una operación contra los Suevos, que fueron derrotados y sometidos cerca de Lucus Augusti (Lugo). Genserico, temeroso entonces de las intenciones de Mayoriano, intentó negociar, pero la propuesta fue rechazada por el emperador.

Al respecto de la operación contra los vándalos, Procopio refiere una historia, probablemente una leyenda, según la cual el propio Mayoriano, tiñéndose sus reconocibles cabellos rubios, cruzó al reino vándalo para poder tomar la medida de este.

“(…) después de reunir un muy considerable ejército contra los vándalos, se encontraba ya en Liguria con la intención de dirigir personalmente dicho ejército contra los enemigos. (...) Y no considerando inconveniente para él comenzar por conocer el poderío de los vándalos, y el carácter de Gicerico y en qué grado de benevolencia u hostilidad estaban los moros y los libios respecto a ellos, los romanos, decidió no confiar un asunto de tal envergadura a otros ojos más que a los suyos propios. En consecuencia, se puso en camino, como si fuera un emisario mandado por el emperador a Gicerico, adoptando un nombre falso. Mas temiendo, en el caso de que fuera reconocido, recibir en su persona algún daño e impedir que saliera bien el intento, maquinó el siguiente plan. El pelo de su cabeza, que era famoso entre todos los hombres porque, en verdad, era tan rubio que se asemejaba al oro puro, tras untarlo de un cierto tinte creado a propósito para este fin, consiguió transformarlo en negro azulado para la ocasión.”<sup>64</sup>

La anécdota, que termina con un terremoto prodigioso, un Genserico temeroso y algunos datos inexactos sobre la muerte del emperador, no pasa de ser una leyenda. Pero acaso conserva el eco de hechos ciertos. Primero, el carácter o fama del emperador, a quien los contemporáneos debieron creer capaz de hacer algo así. Segundo, la

---

<sup>63</sup> *Prisco, fr.27*

<sup>64</sup> PROCOPIO DE CESAREA, *Historia de las guerras Libros III-IV Guerra Vándala*, Gredos, 2006 p.104-105

minuciosidad e importancia con la que se planeó la operación anfibia. Y tercero, la existencia de negociaciones políticas así como de una más que probable intensa labor de inteligencia militar.

La operación, destinada a ser la más importante obra de Mayoriano, no obstante, no salió bien. Pues como recoge Hidacio en su crónica, mientras Mayoriano estaba de campaña en la provincia Cartaginiense los vándalos destruyeron mediante traidores la flota que preparaba para cruzar contra el reino vándalo de áfrica. (*Mense Maio Maiorianus Hispanias ingreditur impcrator: quo Carthaginiensem provinciam pertendente aliquantas naves, quas sibi ad transitum adversum Vandalos praeparabat, de litore Carthaginensi commoniti Vandali per proditores abripiunt*).<sup>65</sup> Frustradas sus intenciones, firmó una paz desfavorable con Genserico y retornó a Italia.

De camino a Roma, disolvió su ejército y Ricimero, que había empezado a confabular con un grupo de opositores –un grupo de personas envidiosas (*invidorum consilio*)<sup>66</sup> - aprovechó la ocasión para deponerlo. El 3 de Agosto fue al encuentro del emperador con sus tropas cerca de Tortona y lo arrestó. Se le privó del *paludamentum* y la diadema, y se le torturó hasta finalmente decapitarlo el 7 de Agosto del año 461 en las inmediaciones del río Iria. Tres meses después Ricimero nombró emperador a un oscuro y dócil senador llamado Libio Severo que no fue reconocido por ninguno de los *magistri militum* que restaban y habían apoyado a Mayoriano. Ni Egidio en la Galia, ni Marcelino en Dalmacia, ni Nepociano en Hispania. Tampoco fue reconocido por León I, emperador de Oriente.

### 3. NOVELLAE MAIORIANI

Doce son las Novellae del emperador Mayoriano que, asociadas al Código Teodosiano como suplemento, han llegado hasta nuestro conocimiento. De este apostólico número hay tres -la 8ª, 10ª y 12ª- de las cuales no se ha conservado el texto dispositivo aunque sí ha permanecido el título, lo que nos permite hacer conjeturas más o menos fundadas acerca de su fundamento, contenido y pretensiones. Se trata de un conjunto de medidas sociales y fiscales aparentemente heterogéneo e inconexo pero en el que subyace (como espero quede patente en las próximas páginas) una lógica interna que articula su sentido. Y esta lógica es una razón política de primer orden: lo que aquí

---

<sup>65</sup> *Chron.* 200, s.a. 460

<sup>66</sup> Hidacio, *Chron.* 210. Probablemente senadores y *potentiores* agraviados por las enérgicas medidas sociales y económicas que tomó Mayoriano, y que veremos en la segunda parte de este trabajo.

se estudia no es ni más ni menos que los fragmentos jurídicos de un claro programa de restauración imperial.

### 3.1 Novella I

La primera de las constituciones conservadas lleva por título “*De ortu imperii domini Maioriani Augusti*” (El comienzo del reinado de nuestro señor Mayoriano Augusto) cuyo contenido consiste en un discurso dado por el emperador ante el Senado reunido en Rávena con fecha 11 de Enero del año 458. Se trata de una constitución con un marcado carácter político, puesto que su contenido normativo consiste esencialmente en el reconocimiento formal del comienzo de su reinado (*nascentis imperii nostri*). Asimismo en ella el recién nombrado emperador de Occidente establece los principios – una especie de programa político- según los cuales pretende regir su gobierno. Tres son, pues, las cuestiones más sugerentes que expone esta disposición.

La primera cuestión es puramente doméstica, pero de gran importancia, puesto que arroja luz sobre las prácticas políticas de sus predecesores. Efectivamente, después de agradecer protocolariamente el honor de ser reconocido emperador y de haber recibido el consulado, la primera referencia del emperador va dedicada a la cuestión de las delaciones políticas. En efecto, si bien a través de toda la historia del imperio habían existido las delaciones políticas, no cabe duda de que el propio carácter marcadamente despótico de la monarquía tardoimperial y muy singularmente las prácticas de los inmediatos predecesores de Mayoriano, debieron agravar el problema hasta el punto de generar la suficiente alarma entre las élites del imperio como para que el emperador necesitara apaciguar los ánimos en este sentido.

Paradigmáticos, en tal sentido, habían sido los casos que relata Amiano Marcelino en sus Historias 15.3, durante el reinado de Constancio II. Este, después de haber ordenado la ejecución de su primo el César Galo, por obra de una oscura conjura, se había instalado en la paranoia y, consecuentemente, había comenzado a prestar oído a todo tipo de delaciones, arte en el que según Amiano sobresalieron dos individuos:

Al primero, Paulo, nacido en Dacia y notario

“(…) se le puso el sobrenombre de “Cadenas”, porque era imposible desenmarañar la trama de calumnias que había tejido, enredando una variedad de

intrigas increíble, del mismo modo que algunos maestros del arte de la palestra suelen demostrar una destreza excepcional en los combates.”<sup>67</sup>

Al segundo, Mercurio, de origen persa y con cargo de *rationalis*,

“(…) le llamaban “Conde de los sueños” porque, semejante a un perro de naturaleza muy fiera, pero que agita su cola de forma sumisa, se introducía en banquetes y reuniones y, si alguien en confianza le contaba que había visto algo en sueños (que es el momento en el que nuestro interior se muestra más libremente), entonces él agravaba ese hecho con venenosas intrigas y se lo contaba al emperador, siempre accesible para estas iniquidades”<sup>68</sup>

Con estos precedentes, no cabe duda de que debió ser bien recibida por el senado la aseveración de Mayoriano según la cual “nadie debe temer las delaciones (...) nadie debe temer las calumnias, excepto aquellos que las han originado” (*nemo delationes metuat (...) nullus calumnias reformidet, nisi quas ipse commoverit*).

Es cierto, empero, que casi todos los emperadores manifestaban buenas intenciones al comienzo de su mandato, y en cualquier caso, en sus declaraciones legislativas o públicas, pero otra cosa muy distinta era su actuación real, que como demuestra repetidamente la historiografía no siempre fue ejemplar y a menudo fue arbitraria. No obstante, gracias al testimonio de Sidonio Apolinar en una de sus célebres cartas (Epístolas I, XI) podemos hacernos una idea del carácter de este emperador confrontando sus acciones con sus propias palabras ya que el propio Sidonio fue calumniado ante Mayoriano por causa de un libelo anónimo que circulaba por la corte. La citada epístola dice así:

“Llegué a Arles sin sospechar nada (...) el emperador ordenó mi presencia en el banquete que estaba dando con ocasión de los juegos (...) cuando la cena estaba bien avanzada (...) el emperador se giró hacia mí y dijo «acabo de enterarme, Conde Sidonio, de que sois escritor de sátiras» «Señor –repliqué- yo también» «De cualquier modo –dijo riendo- ten piedad de mí» «Yo me perdonaré a mi mismo –respondí- absteniéndome de la ilegalidad». Entonces el emperador dijo: «¿Qué debemos hacer, pues, con la gente que te ha acusado?» «Esto señor-

---

<sup>67</sup> AMIANO MARCELINO, *Historias*, Akal, Madrid, 2002, p.163

<sup>68</sup> *Ibíd.*



respondí- quienquiera que sea mi acusador, descúbrelo. Si soy encontrado culpable, déjame sufrir la pena. Pero si, como es probable, refuto la acusación, pido a tu clemencia permiso para escribir cualquier cosa que desee sobre mi acusador, respetando siempre la ley». El emperador miró a Peonio [*el acusador*] que dudaba e hizo un gesto para averiguar si aceptaba o no las condiciones (...) al final este alcanzó a decir «acepto tus condiciones si eres capaz de ponerlas en verso ahora mismo» (...) Dije:

¿Quién dice que escribo sátiras, altísimo príncipe?

Te ruego que ordenes que pruebe o que tema.<sup>69</sup>

(...) Entonces el emperador proclamó «Pongo por testigo a Dios y al estado que para el futuro, te doy licencia para escribir lo que desees; los cargos imputados contra ti no han sido probados. Sería muy injusto si las sentencias imperiales permitieran con tal laxitud estas disputas privadas, ya que una evidente malicia, mediante oscuras acusaciones, puede poner en riesgo a nobles a los que su consciente inocencia deja indefensos»<sup>70</sup>

La segunda cuestión a la que hace mención el emperador en su discurso al Senado tiene que ver con la política exterior o, mejor dicho, la actuación hacia el exterior del estado romano, esto es, la política militar y el aseguramiento de la continuidad del estado, tema este que, por su significativa presencia en el discurso, debía ser otra fuente de inquietud para la élite estatal. Como consecuencia de ello, el emperador asegura al Senado que tanto él, como el Patricio Ricimero, se preocuparán de ejercer una vigilancia cuidadosa de los asuntos militares (*Erit apud nos cum Parente patricioque nostro Ricimere rei militaris pervigil cura*). Afirmación que, a su vez, arroja luz sobre la situación política del imperio puesto que, como se ve, Ricimero -que ya ostentaba los poderosos títulos de *Patricio* y *Magister militum* por concesión de León I- queda establecido prácticamente como un corregente en la supervisión de los asuntos del estado; como un poder detrás del trono. No es de extrañar, pues, que tras el primer

---

<sup>69</sup> Se trata de un astuto dístico que en latín dice: “*Scribere me satiram qui culpat, maxime princeps/ hanc rogo decernas aut probet aut timeat*”

<sup>70</sup> Traducción propia del inglés comprobando el texto en latín desde DALTON, O.M. *The letters of Sidonius*. Oxford University Press. Oxford. 1915

año en el que era costumbre que el nuevo emperador fuera nombrado cónsul, al año siguiente (459) fuera el propio Ricimero quien ostentase tan alto honor<sup>71</sup>.

En tercer y último lugar, la propia fecha de promulgación de esta constitución puede arrojar luz sobre los acontecimientos del periodo así como de las relaciones entre las dos mitades del imperio. En efecto, habida cuenta de la fecha de promulgación (11 de Enero del 458) lo primero que se hace evidente es que ha transcurrido más de un año desde la deposición del anterior emperador, Avito, en Octubre del 456. En efecto, depuesto este, el poder *de facto* en Occidente quedó en manos de Ricimero y Mayoriano, probablemente más en manos de aquel que de este, aunque aquel, por su condición de germano, no podía acceder a la púrpura.

Puesto que ni Mayoriano ni ningún otro tomó inmediatamente para sí el título de Augusto, es de suponer que ambos estaban esperando el reconocimiento de Marciano, emperador de Oriente, y único con potestad legal para confirmar a un nuevo Augusto de Occidente. No obstante, si tales negociaciones existieron, no cabe duda de que se vieron interrumpidas por causa del fallecimiento de este el 27 de Enero del 457. Once días después, el 7 de Febrero, asciende a la púrpura en Oriente León I que, o bien no se sentía inclinado a nombrar un emperador en occidente intentando gobernar a través de Ricimero o sencillamente para legalizar la situación fáctica mientras se negociaba la elección de un nuevo Augusto, nombró *Magister militum* tanto a Ricimero como a Mayoriano. La primacía no obstante, se concedió a Ricimero, pues este recibió también el título de Patricio (*his cons. Ricimer mag. mil. patricius factus est pridie kl. Martias et factus est Maiorianus mag. mil. ipso die*<sup>72</sup>)

Investido con esta autoridad Mayoriano envió una fuerza contra los Alamanes, acción que Sidonio elogia aduladoramente en su Panegírico cuando dice que el ejército “luchó a las órdenes de un maestro destinado a ser Augusto”<sup>73</sup>, y muy probablemente fue la consiguiente victoria frente a estos invasores de la *Raetia*, lo que motivó que

---

<sup>71</sup> De hecho el nombramiento de los consulados en este periodo posee una significativa carga política como gesto de exaltación de determinados personajes por su actuación personal, o por su pertenencia a ciertos colectivos. Así es muy significativo que los cónsules que se sucedieron durante el reinado de Mayoriano fueran, primero, el propio emperador, como era costumbre; después Ricimero, hombre fuerte del estado; y a continuación Flavio Magno, senador de origen galo (Narbona), representante de una aristocracia cuyo apoyo era percibido como crítico para la estabilidad del gobierno de Mayoriano y la continuidad del imperio. Por último, fue nombrado Flavio Severino, representante de la aristocracia italiana, cuyo apoyo no era tan incierto como el galo, pero que no debía ser olvidada.

<sup>72</sup> Fast.vind.prior.583

<sup>73</sup> SIDONIO APOLINAR, *Poemas... op.cit.* p.145

fuera aclamado como Augusto el 1 de Abril en un lugar llamado *Ad Columellas*, distante seis millas de Rávena (*et levatus est imp. D. n. Maiorianus Kald. April. in miliario VI in campo ad columellas*)<sup>74</sup>. El hecho de que otras fuentes aseguren que Mayoriano no fue proclamado emperador hasta el 28 de Diciembre de 457 (*levatur Leo et Ravennae Maiorianus V Kal. Ian*)<sup>75</sup> probablemente se deba no a una confusión, sino a que la segunda fecha consista en el reconocimiento oficial de la proclamación por León I, Augusto de Oriente.

Lo que no deja, empero, de tener su importancia, puesto que la fecha en que fue promulgada esta constitución, dos semanas después de tal reconocimiento, indica que el propio Mayoriano debió considerar tal fecha como la única válida tanto en un sentido jurídico cuanto estético, sin que esta última cuestión sea baladí, pues sin duda debió causar cierto embarazo, como demuestra el hecho de que en el mismísimo inicio del Panegírico que Sidonio Apolinar realizó del emperador, haga disimulada mención a esta cuestión disculpándola como una actitud dubitativa producto de una “excesiva modestia” del emperador (Carm. 5. 9-12):

“Confieso que el mundo había temblado cuando no querías aprovechar en tu favor la victoria y, con excesiva modestia, deplorabas merecer el poder, a la vez que con una cruel repulsa te negabas a dirigir a la que habías juzgado oportuno defender”<sup>76</sup>

No obstante el reconocimiento existió sin duda alguna. Así lo atestigua el cronista Marcelino (*cuius voluntate [Leonis Imperatoris] Maiorianus apud Ravennam Caesar est ordinatus*)<sup>77</sup> y aún más claramente el hecho de que en el año 458 ambos Augustos fueron cónsules conjuntamente<sup>78</sup> y ambos consulados reconocidos en ambas mitades del imperio.

### 3.2 Novella II

La segunda de las *Novella* lleva por título “*De indulgentiis reliquorum*” (“Sobre la remisión de las deudas”) y fue promulgada en Rávena con fecha 11 de Marzo del año

---

<sup>74</sup> Fast.Vind.Prior.583

<sup>75</sup> *Auct. Prosp. ad ed. a. 455 s.a. 457* (Chron. Min. I 492)

<sup>76</sup> SIDONIO APOLINAR, *Poemas...* op.cit. p.123

<sup>77</sup> *Marcell. Com. s. a 457*

<sup>78</sup> El propio Mayoriano hace alusión a esta circunstancia en esta misma constitución que aquí se trata cuando dice *Dicatis quoque Iano Kalendis suscepti feliciter consulatus ereximus fasces*.

458, dirigida a Basilio, Prefecto del Pretorio de Italia. Se trata en este caso de una norma con un marcado carácter fiscal en la que el emperador reconoce abiertamente la existencia de una gran arbitrariedad, irregularidad e incluso imposibilidad en la recaudaciónj de los impuestos. Tratándose, en concreto, tres problemáticas principales.

En primer lugar se reconoce la ruina generalizada de muchos terratenientes provinciales por la carga creciente e incierta de multitud de impuestos extraordinarios devengados en el pasado reciente, lo que ha dejado sus patrimonios exhaustos y les ha llevado a no poder pagar ni siquiera los impuestos que con justicia debieron pagar ([§Pr] *Fessas provincialium varia atque multiplici tributorum exactione fortunas et extraordinariis fiscalium solutionum oneribus adtritas solitae inflationis amisisse substantiam et defectum sui etiam in his, quae merito fuerant solvenda, sensisse: superindicticiis si quidem titulis in praeteritum possessor exhaustus*).

Este deprimente pero honesto reconocimiento que la propia constitución realiza del escenario tributario nos habla de la deteriorada situación del fisco imperial e indirectamente de la espiral viciosa en la que se halla inmerso el estado romano. Este es demasiado débil e ineficaz como para asegurarse el ingreso regular de los impuestos, pero a su vez, esa debilidad tiene al menos parte de su fundamento en esa misma exacción irregular de los tributos, lo que a su vez lleva, por causa de la necesidad, a establecer exacciones extraordinarias e imprevisibles, que arruinan a los propietarios que son fuente de riqueza de sus propios recursos financieros. En este contexto, Mayoriano estimó con gran acierto que los impuestos impagados se habían acumulado hasta tal punto, que sin duda no solo era completamente irreal esperar que algún día se produjera su recaudación, sino que, incluso si ello fuera posible, supondría la ruina de los contribuyentes en cuya riqueza se basaba el aparato estatal.

En segundo lugar la constitución reconoce la existencia de grandes arbitrariedades por parte de los subordinados de los prefectos y los oficiales palatinos<sup>79</sup>, encargados de la recaudación de impuestos ([§2] *Praefectiani si quidem atque palatini vel aliarum potestatum adparitores*) que con sus depredaciones en contra de las antiguas costumbres, arruinan a los terratenientes y a los decuriones ([§2] *contra veterum morem per provincias discurrentes enormibus exactionibus possessorem*

---

<sup>79</sup> Los *Palatini* eran los oficiales al servicio del *Comes Sacrarum Largitionum*, y solo ante él podían ser denunciados (JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire 284-602 Volume II*. Basil Blackwell, Oxford, 1964 p. 586)

*curialemque concutiunt*). Estos abusos por supuesto incluían no solo un pago superior al debido, sino sobornos, conversión de deudas públicas en privadas, aprisionamiento e incluso torturas ([§2] *possessores...cum non iam amissio fortunarum, sed saeva custodia et suspendiorum crudelitas formidatur*).

Por su parte, la última problemática puede arrojar luz sobre la desintegración de la base social romana y las ya comentadas tendencias centrífugas de la aristocracia, puesto que en esta misma constitución Mayoriano se lamenta de que los potentados provinciales están disociando sus intereses de aquellos del gobierno imperial y, en su arrogancia, creyéndose intocables, y sin que nadie les compela al pago, ordenan a sus subordinados que ignoren el pago de los impuestos debidos al tesoro imperial. ([§4] *Habenda sane ratio est potentium personarum, quarum actores per provincias solutionem fiscalium neglegunt, dum pro sui terrore fastidii minime perurguntur ac se in praediis retinent contumaces, ne ad eos praeceptum iudicis possit aut conventio pervenire*)

A estos tres problemas fundamentales Mayoriano ofrece sus propias soluciones.

La primera cuestión, sin duda la principal, y que dio nombre a esta constitución, fue encarada mediante una condonación general de todas las deudas atrasadas y debidas por los contribuyentes hasta el comienzo del ejercicio fiscal en el que la norma fue promulgada<sup>80</sup> ([§1] *Et idcirco mansura in aeternum lege sancimus universorum fiscalium titulum vel ad arcam magnificentiae tuae vel ad utrumque aerarium pertinentium reliqua usque ad praesentis undecimae indictionis initium a possessoribus non petenda: quae sub generalis indulgentiae beneficio relaxamus obnoxiiis*) siguiendo precedentes ya existentes como la condonación general de las deudas pendientes de la *collatio glebalis* (Nov. Marc. 2.4)<sup>81</sup> por parte del emperador Marciano en el año 450 d.C.

Siguiendo esta misma constitución de Marciano (Nov. Marc. 2.2)<sup>82</sup>, y sin duda con ánimo de que la condonación de las deudas tuviese una eficacia real, el emperador

---

<sup>80</sup> Del 1 de Septiembre de 457 a 1 de Septiembre de 458 según PHARR, C., *The theodosian code and novels, and the sirmondian constitutions*, Princeton University Press, Princeton, 1952, p.552

<sup>81</sup> *Praeterea quicquid ex titulo senatorii follis in provinciis debetur, hoc quoque remitti iubemus.*

<sup>82</sup> *Et ne qua liberalitatem nostram caligo fraudis possit impedire, etsi in privatum contractum vel in cautionem debitum publicum transiisse vel novatum esse dicatur, aut si quis curialis exactor vel cohortalis compulsor pro obnoxio se intulisse commemoret, nihilominus liberalitas nostra firma permanea.*

dispone también que la condonación general que se ordena en esta norma, alcance también a las deudas que, siendo públicas, hubieran pasado a ser privadas<sup>83</sup> ([§1] *quod vel apud possessorem residet vel in privatum*).

La segunda problemática es solucionada -algo más fácil de decir que hacer- prohibiendo a funcionarios palatinos y al ejército ocuparse de la recaudación y envío de los impuestos, tarea de la que a partir de ese momento únicamente deben encargarse los gobernadores de las provincias, como era costumbre desde antaño ([§2] *veteri more revocato provinciarum rectores celebrandae exactiones summa respiciat, per quorum officia profligari iubemus annuas funciones*).

Finalmente, para llamar al orden a los potentados díscolos, y con el ánimo de asegurar el pago de las obligaciones tributarias debidas, el emperador ordena que los agentes y procuradores de las Casas Senatoriales, que hasta entonces ignoraban los requerimientos oficiales, comparezcan ante el juez<sup>84</sup> cuando este arribe a los municipios en los que existan propiedades de sus patrones ([§4] *clarissimarum domorum vel potentium iubemus actores seu procuratores in his civitatibus iudici per provinciam discurrenti sui facere et exhibere praesentiam, in quarum territoriis praedia suorum sciant esse patronorum*) añadiendo a esto, con claro ánimo ejemplarizante, que dicha obligación se extiende también a los agentes de su propio patrimonio privado ([§4] *quod etiam sacrae domus nostrae observare iubemus actores*).

Por último debemos hacer constar que Mayoriano, a diferencia de lo que ocurre en otras de sus *Novellae*, no se limita a realizar una mera declaración de intenciones, sino que, con evidente afán sancionador, establece algunas medidas con claro carácter punitivo. De este modo ordena que si alguno de estos agentes obligados a comparecer se ausenta por un año cuando debió haber comparecido, sea llevado al suplicio ([§4] *raptus ad supplicium id*) y que si transcurre la indicción (el ciclo fiscal) sin que hubiera realizado el pago, sea condenado a pagar doble ([§4] *quod exacto indictionis tempore minus intulisse convincitur, duplum cogator exsolvere*).

---

<sup>83</sup> Era costumbre que a menudo, quienes no pudieran cumplir sus obligaciones públicas con el fisco firmaran un contrato privado por el cual el recaudador se comprometía a cumplir la obligación en su nombre, pasando a convertirse la cantidad debida en una deuda entre particulares lo que, a menudo, daba lugar a toda clase de abusos.

<sup>84</sup> En este periodo cuando se habla de juez no se trata del *iudex* del Alto imperio, sino que por *iudices* se designa a diferentes autoridades del Bajo imperio, normalmente los mismos gobernadores de las provincias

### 3.3 Novella III

Esta tercera constitución lleva por nombre “*De Defensoribus civitatum*” (De los defensores de la ciudad) y fue dada en Rávena el 8 de Mayo del año 458, dirigida a todos los gobernadores de las provincias, siendo además, la primera dada también en nombre del Augusto de Oriente, León I. Se trata en este caso de una norma de carácter social, si bien con un marcado trasfondo fiscal, estando además, como veremos, íntimamente ligada a las *Novellae* 2 y 7. El contenido fundamental de esta constitución consiste en un intento de rehabilitar la institución del *Defensor Civitatis*.

Aunque con muchos precedentes históricos en razón de sus funciones, la institución a la que va referida esta norma aparece en una constitución de idéntico nombre promulgada por los Augustos Valentiniano I y Valente en el año 364<sup>85</sup>, en principio referida únicamente al Ilírico, aunque finalmente acabó por extenderse a todo el imperio occidental. La institución, tal y como fue concebida por esta primera constitución y las primeras que le siguieron<sup>86</sup> sobre el mismo tema, estaba caracterizada por ser una figura dependiente de la administración central del imperio, y poseer un verdadero carácter tuitivo, teniendo por objeto de este, a las clases más desfavorecidas<sup>87</sup>.

Esta configuración de la institución continuó así hasta la aparición en el año 386 de la constitución C.Th.1.29.6, a partir de la cual se produce una desnaturalización y decadencia de la figura del *Defensor* que pasa a ser un cargo de la administración local, pierde su carácter esencialmente tuitivo, y su ámbito de protección pasa a ser prácticamente universal de modo que la institución se corrompió y la figura del defensor

“(…) acabó por ser sometida bajo los intereses de los potentes, dado el peligro que entrañaba para sus ansias de expansión. A partir del 409 d.C. comenzó a ser nombrado precisamente entre los potentes y entre los *possessores*. De la elección

---

<sup>85</sup> C.Th 1.29.1

<sup>86</sup> C.Th 1.29.2; C.Th 1.29.3; C.Th 1.29.4 y C.Th 1.29.5

<sup>87</sup> FRAKES, ROBERT. M., *Contra Potentium Iniurias: The Defensor Civitatis and Late Roman Justice*, C.H Beck, Munich, 2001, p.87 y PIQUER MARI, J.M., *El defensor civitatis en el Código teodosiano y la Lex romana burgundionum* en *GLOSSAE. European Journal of Legal History* nº13, 2016, p.539-541

por sufragio universal se evolucionó al restringido, entre obispos, clero, *honorati, possessores y curiales* (C.Th 1.55.8)<sup>88</sup>

Esta corrupción rampante en beneficio propio y a favor de los poderosos ocasionó que el propio emperador tuviera que recordar a los *Defensores*, mediante la constitución C.Th 1.29.7 del año 392, que era su deber proteger a la plebe y los decuriones y no excederse en la imposición de multas (*Plebem tantum vel decuriones ab omni improborum insolentia et temeritate tueantur*). Y semejante desdibujada figura es la que Mayoriano intenta revitalizar en la presente constitución del año 458.

La situación que perfila esta norma es la de la práctica desaparición de la institución por causa del despoblamiento generalizado (*De civitatum per omnes provincias positarum raritate cogitantes, quibus fugientibus incolis defensorum auxilio destitutis*), una situación que prefigura claramente un Medievo inminente ya intuido en la *Novella 2* y con la que esta constitución puede ponerse en relación, puesto que gran parte de los abusos cometidos por los potentados o los funcionarios estatales que aquella novela denunciaba quedaban impunes por la inoperancia de esta institución de supuesto pero ausente carácter tuitivo y popular. Ello obligaba a los damnificados a tener que buscar justicia ante la corte del emperador, lo que suponía a menudo, un coste inasumible en tiempo y dinero.

Por esto mismo ordena que se restablezca la antigua costumbre por todos despreciada (*deinde priscae consuetudinis morem omnibus contemptum revocandum esse censimus*) de modo que restaurada la institución, los provinciales no tengan que acudir, con gran coste y dificultad en el viaje, a su corte en busca de justicia (*quis ipsos provinciales propter expensas vel itineris laborem ad comitatum venire non patimur*).

Asimismo también resulta interesante poner esta constitución en relación no solo con la *Novella 2*, sino también con la *Novella 7* (*De curialibus et de agnatione vel distractione praediorum eorum et de ceteris negotiis*), novela que lidia con una de las clásicas problemáticas del periodo cual es la huída de los curiales desde las ciudades al campo<sup>89</sup> con el objeto de eludir la carga de sus pesadas responsabilidades. Porque “los

---

<sup>88</sup> JORDAN MONTES, J.F., *Las curias en el reinado de Honorio (395-423 D.C)* en *Antigüedad y cristianismo* n° XIV, 1992, p.100

<sup>89</sup> La propia *Novella 2* hace referencia a esta situación, lamentando que no hay suficientes decuriones para cubrir las curias municipales ya que los terratenientes están desertando por causa de las depredaciones de los recaudadores de impuestos. (*Hinc est, quod per iniuriam compulsorum destitutae ordinibus civitates*



curiales estaban encargados de la recaudación de las contribuciones, y salían fiadores con su patrimonio de esta recaudación, por lo que muchos procuradores eludían el cargo, que era una verdadera carga y que les podía arruinar”<sup>90</sup>

De este modo, mediante la rehabilitación de la figura del *Defensor Civitatis*, el emperador esperaba, quizá con demasiado optimismo, que aquellos contribuyentes que por causa de las depredaciones de los recaudadores de impuestos, sintiéndose indefensos, hubieran tenido que huir de las ciudades, podrían ahora, al amparo de este, retornar a sus domicilios y, por tanto, retornar al cumplimiento de sus obligaciones, que en teoría, bajo la vigilancia del *Defensor civitatis*, habrían de ser aquellas que se estimasen justas (*qui per iniuriam compulsorum rurales habitationes et solitudines expetunt, sub defensorum tuitione degentes publicis se urbiumque conspectibus repetiti domicilii habitatione restituant*).

Este retorno redundaría asimismo en beneficio de la plebe, también objeto de protección del *Defensor*, por cuanto la huída de los curiales tenía por efecto colateral que aquellos otros que permanecían sin huir de sus responsabilidades, y que debían hacer afrontar las exigencias del fisco imperial -frente al que respondían con su patrimonio en caso de déficit- repercutiesen la carga de la obligación a la plebe, lo que no cabe duda estaba detrás de su tremenda impopularidad como atestigua, quizá con cierta injusticia, este pasaje de Salviano de Marsella (Gub. Dei 5.4.8):

“Qué son, no voy a decir las ciudades, sino los municipios y las aldeas y los curiales, sino otros tiranos públicos. Además, se glorían del nombre de tiranos, porque les parece más poderoso y honrado. Es típico de los ladrones, felicitarse y enorgullecerse”<sup>91</sup>

De modo que, en estas circunstancias afrontadas por Mayoriano, tenemos que se generaba un efecto en cascada de malestar e injusticia tal y como atestigua Teodoreto de Ciro en una carta del año 433 (Corresp. II Ep. 42):

---

*idoneum nequeunt habere curialem, quod exigentium atrocitate perterriti possessores propria rura destituunt*)

<sup>90</sup> BLAZQUEZ MARTÍNEZ, J.M., *La presión fiscal en Hispania en el Bajo Imperio según los escritores eclesiásticos y sus consecuencias*. Visto en <http://www.cervantesvirtual.com/downloadPdf/la-presin-fiscal-en-hispania-en-el-bajo-imperio-segn-los-escritores-ecclesiasticos-y-sus-consecuencias-0/> p.10

<sup>91</sup> *Ibid.* p.9

“¿Quién desconoce los cargos de los impuestos, que abruma las tierras de nuestros compatriotas, cuyo resultado es que numerosos propietarios se han marchado a otros lugares, que otros explotados han huído y que la mayoría de las tierras permanecen abandonadas?”<sup>92</sup>

Lo que sin duda llevó a Salviano a concluir el razonamiento anterior con la lapidaria aseveración de que “Se ha llegado a una situación tal y a un crimen que nadie puede librarse, sino los malvados.”<sup>93</sup>

En este contexto podemos suponer que la rehabilitación de la figura del *Defensor*, institución que teóricamente garantizaría el acceso a la justicia en la recaudación de los impuestos, conjuntamente con la remisión de las deudas dispuesta en la *Novella 2* y las prohibiciones que se establecen en la *Novella 7* con objeto de asegurar la permanencia de los curiales en su *ordo*, forma parte de una clara política por parte del emperador Mayoriano dirigida a conservar -y en la medida de lo posible aumentar- la prosperidad de la clase *curial*, no solo porque de ello dependía la prosperidad ya decadente de los municipios, sino porque esta clase constituía un baluarte en el que los emperadores se habían apoyado (y habían protegido<sup>94</sup>) frente a las tendencias localistas y centrífugas de los grandes potentados y terratenientes.

### 3.4 Novella IV

La cuarta constitución de Mayoriano, la más severa, y una de las más significativas historiográficamente, lleva por nombre “*De aedificiis publicis*” (Sobre los edificios públicos) y fue promulgada en Rávena el 11 de Julio del año 458, dirigida a Emiliano, *Praefectus Urbi* de Roma, también en nombre de León I. Se trata en este caso, de una disposición dirigida a asegurar la conservación del patrimonio histórico-arquitectónico de Roma, amenazado no tanto por el abandono y falta de mantenimiento, ni siquiera por la devastación de los pueblos bárbaros, sino por el saqueo y rapiña de los ciudadanos con la complacencia de las autoridades.

En efecto, esta disposición pone de manifiesto una realidad que venía produciéndose ya desde hacía largo tiempo, esto es, la degradación del paisaje urbano

---

<sup>92</sup> Citado en BLAZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. y BLANCO FREIJEIRO, A., *La sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella: discurso leído el día 14 de Enero de 1990 en el acto de su recepción pública*, Europa Artes Gráficas, Madrid, 1990 P.44

<sup>93</sup> BLAZQUEZ MARTÍNEZ, J.M., *op. cit.*, p.9

<sup>94</sup> *Ibíd.* p.10

de Roma producto de la aguda decadencia que desde hacía tiempo afectaba a la ciudad. Efectivamente, ya desde finales del siglo III Roma tenía en la articulación política del imperio una importancia más simbólica que real, pues durante la Tetrarquía había perdido la capitalidad efectiva y con ello su importancia material a favor de otras ciudades que presentaban mayores beneficios estratégicos. En efecto, esto era así desde que Maximiano (286-305), Augusto de Occidente, había preferido regir su *pars* desde Milán en detrimento de la vetusta Roma. Con ello había dado inicio a un lento pero inexorable declive para la ciudad, cuyo ser era la capitalidad, puesto que al margen de ello nunca fue ni un gran centro comercial ni un centro productivo, pese a lo cual, siguió siendo un núcleo poblacional de gran importancia, si bien estratégicamente irrelevante.

No cabe duda que esta situación devino aún más irrevocable con la fundación de Constantinopla en el año 324. De modo que, ya en fecha tan temprana como mayo del año 357, fue un acontecimiento digno de ser recordado en los anales el hecho de que el augusto Constancio II visitara Roma, no solo por cuanto una visita del emperador a la ciudad *aeterna* ya había devenido en un acontecimiento notable, sino más aún por el hecho de que Constancio no la había visitado nunca en toda su vida, tal y como nos narra Amiano Marcelino en Historias 16.10 Con todo, este mismo episodio revela aún la importancia que todavía poseía Roma en tanto que conjunto arquitectónico y núcleo poblacional, puesto que el propio Constancio, acostumbrado a la corte de Constantinopla

“se quedó estupefacto ante la enorme concurrencia de hombres de todas las razas que podía verse en Roma (...) y, mirara donde mirara, se asombraba ante el gran numero de construcciones maravillosas (...) al contemplar los suburbios y los distintos barrios de la ciudad situados en el espacio comprendido entre las cimas de las siete colinas, a lo largo de sus pendientes y llanuras, siempre creía que aquello que estaba viendo en ese momento sobresalía sobre todo lo demás (...) cuando llego al Foro de Trajano, superficie única en todo el mundo y, en nuestra opinión, digna de ser admirada incluso por los propios dioses, se detuvo deslumbrado mientras iba recorriendo con su mirada las gigantescas construcciones, indescriptibles e imposibles de repetir para otros mortales (...) así, después de ver muchas cosas con una mezcla de estupor y veneración, el emperador comenzó a quejarse de la fama, considerándola impotente y malvada, porque, aunque siempre lo exageraba todo, resultaba insuficiente a la hora de

explicar lo que había en Roma. Finalmente, tras reflexionar durante bastante tiempo acerca de que podía hacer allí, determinó contribuir con algo a la belleza de la ciudad erigiendo en el Circo Máximo un obelisco”<sup>95</sup>.

A pesar de ello, la decadencia era inevitable para una ciudad en el fondo parasitaria, y con el tiempo el peso de la ciudad misma empezó, por así decirlo, a ser más grandioso que lo que su cada vez más exigua población podía soportar, lo que obligó a los emperadores a tomar medidas. Y todo ello sin olvidar el expolio al que Constantino sometió a Roma y otras ciudades para mayor gloria de la *Nova Roma* que en Oriente llevaría su nombre, pues como dice San Jerónimo en su *Chronicon* “*Constantinopolis dedicatur paene omnium urbium nuditate*”<sup>96</sup>. Lo que supuso sin duda, un mal ejemplo para las clases dominantes, especialmente aquellas sin abolengo y que por tanto, no sentían ningún apego por la antigüedad.

Ciertamente existían precedentes históricos de disposiciones que combatían un problema semejante. Así, por ejemplo, los Senadoconsultos Hosidiano y Volusiano de la época Julio-Claudia; el Aciliano en tiempos de Adriano o ciertas constituciones antoninas y severas. Pero en aquel entonces el problema, si bien similar, no era el mismo: en aquel entonces se trataba de rapiña especulativa con ánimo de lucro por parte de ciertos *negotiatores* sin escrúpulos<sup>97</sup>. En tiempos de Mayoriano, en cambio, es la actuación de las propias autoridades la que carece de cualquier sentido histórico o estético y es objeto de reproche por el emperador

En realidad, esta constitución encuentra su genealogía en una serie de disposiciones similares dictadas a lo largo del siglo IV y que tenían por objeto evitar la lenta destrucción del patrimonio público de Roma (v.g C.Th 15.1.14 de Valentiniano I y Valente, año 365; C.Th 15.1.19 de Graciano y Valentiniano II, año 376; C.Th 15.1.37 de Arcadio y Honorio, año 398). Medidas conjugadas con otras más positivas destinadas a fomentar el evergetismo urbano, como la contenida en C.Th 15.1.11 por la que los augustos Valentiniano y Valente concedían licencia a todos los súbditos que quisieran iniciar obras de reparación y reconstrucción de los edificios antiguos e históricos (*Ea tamen instaurandi, quae iam deformibus ruinis intercidisse dicuntur*,

---

<sup>95</sup> AMIANO MARCELINO op. cit. p.222-226

<sup>96</sup> Chronic. a 330

<sup>97</sup> MURGA GENER, J.L., *Una constitución de Mayoriano en defensa del patrimonio artístico de Roma* en Anuario de Historia del Derecho Español nº50, 1980, p.589.

*universis licentiam damus*). Todo ello habida cuenta de que en la misma constitución se prohibía a los magistrados iniciar en Roma cualquier obra sin permiso expreso del emperador (*Intra urbem Romam aeternam nullus iudicum novum opus informet, quotiens serenitatis nostrae arbitria cessabunt*)<sup>98</sup>

A pesar de todo ello las medidas no debieron tener gran efecto puesto que en el año 389 la degradación era tan patente como para que los augustos Valentiniano II, Teodosio y Arcadio se lamentasen en la constitución 15.1.25 de la corrupción y fealdad que se está extendiendo por Constantinopla y otras ciudades del imperio (*Turpe est publici splendoris ornatum privatarum aedium adiectione conrumpi et ea, quae conspicuae urbis decori vel nostri temporis vel prioris saeculi aetate creverunt, aviditate cogendae pecuniae sociari*), muy singularmente por el hecho de que a los edificios históricos se han adosado un serie de construcciones deplorables y parasitarias que aprovechan los muros maestros de aquellas construcciones para sostener su precaria estructura<sup>99</sup>

Una medida similar será tomada por el emperador Honorio en el año 397 (CTh 14.14.1) disponiendo el derribo de las cabañas y chozas que se han extendido por el Campo de Marte (*eos qui in campo Martio casas seu tuguria collocare temptaverint, sententia viri illustris praefecti spoliatis omnibus facultatibus tradi in perpetuum exilio praecipimus*)

Curiosamente, cuanto más extiende la miseria y la decadencia, más se agudiza la obsesión de los emperadores por mantener intacta tanto material como moralmente la ciudad de Roma, de modo que además de todas estas medidas de ordenación urbana

“(…) en el año 399 se prohibían aquellos aspectos desaliñados e indumentarias inapropiadas en el interior de los muros de Roma, en el 416 el radio de acción se extiende a la periferia de la ciudad y regiones vecinas. Adviértase también una progresión en la radicalización en los adjetivos añadidos a Roma. Si en el año 397 el calificativo era de urbe venerable, en el 399 es el de sacra urbe; y en el 416 de urbe sacratísima. Es decir, asistimos a una sacralización que se intensifica conforme las leyes no se atienden ni obedecen y conforme se

---

<sup>98</sup> MALAVÉ OSUNA, B., *Régimen jurídico financiero de las obras públicas en el derecho romano tardío: los modelos privado y público de financiación*, Dykinson, Madrid, 2007, p.81

<sup>99</sup> MURGA GENER, J.L., op. cit., p.595

emborrasca el trágico panorama político para Roma (saqueo de la capital en el año 410 por las tropas de Alarico). A más miseria y decadencia, mayor gloria y esplendor aparente. La capital, por otra parte, aún cuando dañada en su prestigio material, debía permanecer incólume en sus valores tradicionales”<sup>100</sup>

Precisamente a esta degradación del ornato de Roma, que consiste en su patrimonio histórico-público, se enfrenta esta constitución ([§Pr] *Aedes si quidem publicas in quibus omnis Romanae civitatis consistit ornatus*), pero muy significativamente el emperador no habla de un modo genérico sino que apunta concretamente a que tal destrucción se debe, por acción u omisión, a la actuación punible de la administración pública, esto es, del Prefecto de la Ciudad y sus subalternos ([§Pr] *passim dirui plectenda urbani officii suggestione manifestum est*). Se trata por tanto de un claro reproche al Prefecto Emiliano, a quién va dirigida la constitución, a pesar del tratamiento afectuoso con el que el emperador se dirige a su persona ([§3] *p[arens] k[arissime] a[tque] a[mantissime]*). Y también a los jueces, ya que esta mutilación (*dissipatio*) es permitida (§Pr) *per gratiam iudicum in urbe positorum*.

Ante esta destrucción, que por el contexto ha de entenderse como masiva, el emperador denuncia que la mutilación de este patrimonio se está realizando so pretexto de que la piedra es necesaria para realizar obras públicas por falta de materiales<sup>101</sup>, pero que en la práctica está sirviendo para restaurar o erigir pequeñas construcciones intrascendentes al precio de mutilar las grandes construcciones del pasado ([§Pr] *Dum necessaria publico operi saxa figuntur, antiquarum aedium dissipatur speciosa constructio et ut parvum aliquid repareretur, magna diruuntur*). Este interés por conservar el decoro de la urbe es sin duda la más importante y obvia de las razones que animaron esta prohibición, si bien es cierto que se han señalado otras sin que necesariamente tengan un carácter alternativo: escasez de materiales, falta de mano de

---

<sup>100</sup> JORDAN MONTES, J.F., *Las leyes del emperador Honorio (395-423 d.C.): misticismo y oratoria. La magia de la palabra escrita en Antigüedad y cristianismo* n° XII, 1995, p.235

<sup>101</sup> Es posible que la práctica depredatoria se agudizara por la creciente dificultad -cuando no imposibilidad- de importar materiales por culpa del control vándalo del mediterráneo tal y como veremos en relación con la Novela 8. Además según Dig. 39.2.46.1 los propietarios de edificios ruinosos podían ser compelidos por la autoridad a efectuar las reparaciones necesarias con cargo a su peculio. Y si así no lo hacían la ciudad podía quedarse el edificio y venderlo para cobrarse lo invertido. En consecuencia, uno solo puede especular hasta qué punto no estaría el emperador siendo injusto con las razones del Prefecto de la ciudad y sus conciudadanos.

obra cualificada, sobrecarga del *cursus publicus* y la alarmante voluntad de destruir los monumentos paganos.<sup>102</sup>

Continúa el emperador su razonamiento denunciando que, de tan mal ejemplo, resulta que ahora cualquier persona que está construyendo un edificio privado no duda en tomar de los edificios públicos los materiales que considera oportunos, y que ello se está realizando con el favor de los jueces ([§Pr] *Hinc iam occasio nascitur, ut etiam unusquisque privatum aedificium construens per gratiam iudicum in urbe positorum praesumere de publicis locis necessaria et transferre non dubitet*). Saqueo que, por cierto, no es una mera rapiña desorganizada y meramente tolerada por las autoridades, sino que por la mención que se hace en §2 parece estar perfectamente organizada por las autoridades.

En efecto, las personas que están saqueando estos lugares no lo están haciendo a su libre disposición, sino que han reivindicado y obtenido para sí tales lugares en condición de *competitores*, esto es, como peticionarios o solicitantes ante la autoridad. De este modo Mayoriano ordena que nada más sea llevado de tales lugares, que estos deban retornar a la propiedad estatal, y que los materiales que fueron llevados sean restaurados a su lugar original. Dispone asimismo la futura anulación de tales derechos de petición.

Respecto al asunto principal de la constitución, la destrucción del patrimonio auspiciada por las autoridades, Mayoriano establece una prohibición general que opera a modo de supuesto de hecho, esto es, prohíbe que cualquier persona destruya los edificios contruidos por los antiguos como templos y otros erigidos para el uso y disfrute público ([§1] *cuncta aedificia quae in templis aliisque monumentis a veteribus condita propter usum vel amoenitatem publicam subreperunt, ita a nullo destrui atque contingi*). Y a continuación, como en toda norma de carácter penal, se establecen las sanciones consecuencia de la comisión del supuesto de hecho.

Dispone el emperador unas penas severísimas. Al juez que a pesar de lo dispuesto en esta constitución, autorice la destrucción, se le impone una multa de 50 libras de oro ([§1] *ut iudex, qui hoc fieri statuerit, quinquaginta librarum auri inlacione*

---

<sup>102</sup> MALAVÉ OSUNA, B., *La prohibición de demolición y su alcance en una novela de Mayoriano* en FERNANDEZ DE BUJAN, A., (Dir.) *Hacia un Derecho Administrativo, Fiscal y Medioambiental Romano III*, Dykinson, Madrid, 2013 p.318

*feriatur*) cantidad que resulta desorbitada<sup>103</sup>, sobre todo si se pone en relación con otras multas impuestas para asuntos similares en otras constituciones precedentes: así son 3 libras de oro la sanción en C.Th 15.1.37 (398) y 10 libras en C.Th. 10.3.5<sup>104</sup>. Para los subalternos que ejecuten estas órdenes sin resistirse la pena será la fustigación y posterior amputación de las manos con las que –añade el emperador- han deshonorado los monumentos de la antigüedad ([§1] *adparitores vero atque numerarios, qui iubenti obtemperaverint et sua neutiquam suggestione restiterint, fustuario supplicio subditos manuum quoque amissione truncandos, per quas servanda veterum monumenta temerantur*)

Sobre estas sanciones debe resaltarse dos extremos. Primero, que el hecho de que vayan dirigidas a los jueces y sus subordinados, a pesar de que la prohibición general se refiera a todos los habitantes, refuerza la impresión ya comentada de que el expolio del patrimonio histórico arquitectónico se estaba llevando no solo bajo los auspicios de la autoridad o su connivencia, sino bajo su propia dirección y reglamentación. Cuesta imaginarse, en todo caso, un saqueo generalizado que fuera de otro modo. Y en segundo lugar, que la severidad de las penas, muy singularmente habida cuenta de la escalada punitiva en el caso de la multa para los jueces, parece indicar que pese a los esfuerzos de la administración imperial, las diversas disposiciones dirigidas a evitar la destrucción del patrimonio no estaban dando, ni remotamente, el resultado deseado.

Por último, y como es costumbre en derecho, no podía faltar la excepción a la norma. Así pues dispone el emperador que si por imperiosa necesidad un edificio debe ser demolido, ya para erigir una nueva obra pública o con el objeto de realizar reparaciones urgentes ([§3] *Si quid sane aut propter publicam alterius operis constructionem aut propter desperatum reparationis usum necessaria consideratione deponendum est*), dicha solicitud deberá ser acreditada con los documentos pertinentes ante el Senado, el cual deliberará si procede o no conceder autorización para ello ([§3] *hoc apud amplissimum venerandi senatus ordinem congruis instructionibus praecipimus adlegari*), y en el caso de que la conceda, tal decisión habrá de ser puesta

---

<sup>103</sup> 50 libras de oro equivalía a la décima parte de la renta de un senador, esto es, el patrimonio mínimo requerido para pertenecer al *ordo*. (GRAZIA CAENARO, M., *La tutela dei monumenti antichi da augusto alla caduta dell'impero romano* en *Atti e memorie dell'ateneo di Treviso nuova serie, numero 29 anno accademico 2011/12*, Grafiche Antiga, Treviso 2013, p. 163)

<sup>104</sup> MALAVÉ OSUNA, B., *La prohibición...* *op. cit.* p. 319



en conocimiento del emperador, para que el emperador la refrende, y así, los materiales sean usados en otra obra pública, solo si considera que no existe posibilidad de reparación ([§3] *et cum ex deliberato fieri oportere censuerit ad mansuetudinis nostrae conscientiam referatur, ut, quod reparari nullo modo viderimus posse, in alterius operis nihilominus publici transferri iubeamus ornatum*).

### 3.5 Novella V

La quinta *Novella* lleva por título “*De bonis caducis sive proscriptorum*” (“Sobre los bienes abandonados y los de las personas proscritas”) y fue promulgada en Rávena el 4 de Septiembre del año 458, dirigida a Ennodio, *Comes Rerum Privatarum*, también en nombre de León I. Se trata de nuevo de una disposición de carácter fiscal en este caso dirigida a recuperar ciertos recursos e ingresos patrimoniales que las corrupciones de los funcionarios están sustrayendo al fisco imperial.

Se trata por tanto de una constitución profundamente relacionada con la *Novella* 2, por cuanto claramente forma parte de una consciente política fiscal y tributaria dirigida a incrementar los ruinosos ingresos del tesoro imperial. Pero si en aquel caso se trataba de conseguir que los potentados cumpliesen sus obligaciones tributarias y de evitar la ruina de los terratenientes que con sus ingresos sostenían al estado, en este caso el emperador busca incrementar dichos ingresos recuperando ciertos recursos patrimoniales ilegítimamente defraudados al fisco por ciertos funcionarios imperiales.

En tal sentido, también puede entonces ponerse en relación con la *Novella* 3 por cuanto, al igual que en aquella, en esta constitución se combaten excesos de los funcionarios públicos, sin que esté tan claro en este caso que se trate de una política consciente dirigida a acabar con tales abusos, o simplemente el necesario medio por el cual la política fiscal del emperador debía transitar.

Comienza el emperador esta constitución haciéndose eco del hecho de que ciertos ingresos están siendo sustraídos al fisco por la venalidad de los jueces ([§Pr] *fisci compendia supprimi per provincias plerumque iudicum venalitate commemoras*) señalando también la clase de bienes que están siendo defraudados en lugar de afluir al tesoro imperial: los abandonados, los que pertenecían a personas proscritas, y los de personas sin heredero legal aprehendidas por crímenes. ([§Pr] *Cum enim caduca bona vel proscriptorum, sed et eorum, quos in scelere deprehensos sine legitimo herede iuris*

*vigor insequitur, privato aerario competere videantur, occultata quibusdam fraudibus aerarii nostri commodis abiurantur).*

Se refiere también a un caso concreto de fraude que parece haber motivado la promulgación de esta constitución. En efecto, menciona a una tal Severina condenada recientemente por haber facilitado la muerte de su marido en la provincia de Picenum ([§Pr] *Quod specialiter factum nuper in damnatione Severinae mulieris, quae peregissee adscritur necem mariti in Piceni provincia*).

Por todo ello Mayoriano ordena que esta pragmática sanción sea obedecida inmediatamente y que por tanto Ennodio, mediante su propia autoridad de *Comes Rerum Privatarum*, advierta a los gobernadores de las provincias que cesen en dichas conductas y que no antepongan su deseo de venalidad o se arriesgan a perder su posición ([§1] *pragmatici nostri secuta praeceptum, ordinatis in articulo palatinis, antelato nostrae serenitatis oraculo provinciarum iudices interminatione proposita auctoritatibus propriis admonebit, ut ab huiusmodi fraudibus temperantes venalitas studium aestimationis suae periculo anteferre non debeat*).

Por último ordena también al gobernador (*consulari*) de Picenum que investigue el destino de las propiedades tributariamente relevantes de la tal Severina a fin de que las restituya al fisco si algo se ha perdido o si se ha producido alguna transmisión ilegítima de la propiedad desde el juicio y la consiguiente ejecución de esta ([§2] *Ad Piceni vero consularem districtior praeceptio dirigatur, ut omni censu praedictae mulieris disquisit, investigatis quoque vel in una substantiam reductis, quae ex eo intercipi aut perire potuerunt, a tempore quaestionis vel poenae, qua nocen illa periit*).

Esta constitución es significativa historiográficamente porque evidencia el estado de descomposición moral del estado romano. En efecto, esta disposición - especialmente tomada en conjunto con las *Novellae* 2, 3 y 4- nos sitúa en un marco en el cual debe presuponerse un estado de profunda corrupción en la administración pública de toda Italia. Asimismo, en cuanto medida que pretende remediar semejante estado debe ser juzgada negativamente: es inútil por ser escasamente punitiva. En ella el emperador se limita a enunciar una prohibición general de que continúen tales prácticas, pero ni siquiera prevé que los jueces corruptos pierdan su posición (*aestimatio*) limitándose meramente a sugerir que podrían perderla.

### 3.6 Novella VI

La sexta constitución lleva por título “*De sanctimonialibus vel viduis et de successionibus*” (“Sobre las doncellas y viudas de vida consagrada y sus herencias”) y fue promulgada en Rávena el 26 de Octubre del año 458, dirigida a Basilio, Prefecto del Pretorio de Italia, también en nombre de León I. Se trata de una larga constitución en la que Mayoriano regula, por consideraciones morales y de política natalista, diversos asuntos sobre la ordenación de las doncellas y viudas y su caudal hereditario.

El primer asunto que trata el emperador, con el objeto de fomentar la natalidad de la nobleza ([§Pr] *si nobilium feminarum amplectenda generositas procreatis liberis multiplicata subcrescat*), es el de la consagración de las doncellas. En efecto, la difusión del cristianismo tuvo como consecuencia ciertos cambios sociales en las familias aristocráticas, de modo que algunas hijas de las más nobles familias eran obligadas a tomar votos religiosos y a renunciar al matrimonio contra su voluntad ([§Pr] *capitibus invitatum sacrum velamen inponant*) para que las dotes no dispersaran el patrimonio familiar.

El emperador desaprueba semejante falta de libertad y añade una consideración moral. Estima que si el deseo de las doncellas por el matrimonio es reprimido por el poder paterno, entonces es posible que privadas de uniones legítimas, estas doncellas se entreguen a uniones ilegítimas ([§Pr] *Quid enim prodest, si cupiditas virginalis patria potestate compressa subdolum voluntatem nubendi alte concipiat et a legitimo revocata consortio ad illicitas trabatur inlecebras?*)

La solución que alcanza es la siguiente: prohíbe tomar votos religiosos a las doncellas hasta que no hayan cumplido los 40 años, considerando que a tal edad, y acostumbradas al celibato, su deseo sexual estará dormido ([§1] *quadraginta annos... ut multis temporis series et caelestis consuetudo servitii ad perfidam voluntate novis desideriis aditum non relinquunt*). Establece asimismo que los padres que obliguen a tomar votos a una doncella antes de la edad por él establecida, sean multados por una cantidad equivalente a un tercio de sus bienes. Igual pena se establece para la mujer que, huérfana, pretenda tomar votos antes de dicha edad.

Asimismo ordena [§3] que si a una mujer se le ha impedido por parte de sus padres, contraer matrimonio forzándola a permanecer virgen para evitar la realización

de la dote o con el objeto de privarla de la herencia, herede una parte igual a la de los herederos legítimos (o la mitad si fueran otros), si muertos los padres no supera los cuarenta años y todavía desea casarse. Ello incluso si los padres la han desheredado legalmente o si solo le corresponde la *quarta Falcidia*<sup>105</sup>.

Se trata pues de una clarísima medida natalista ya que el emperador, en la propia constitución, toma en consideración de que se trata de una recompensa de la que la mujer se hace merecedora por desear procrear hijos y con ello rescatar a las nobles familias de la extinción ([§3] *Digna siquidem tali praemio et successionem censenda est, quae procreationem liberorum professam generositatem familiae suae ab interitu nititur vindicare*).

El segundo asunto que trata el emperador, en su línea natalista, es el de las viudas sin descendencia que rechazan volver a contraer matrimonio. Desaprueba enérgicamente semejante modo de vida calificando a las viudas de “obstinadas” y acusándolas de “condenar su fecundidad” y con ello a su familia ([§5] *Viduarem sane obstinationibus permovemur, quae nulla prole suscepta fecunditatem suam reparationemque familiae repudiata coniugii iteratione condemnant*). Las acusa también de vida licenciosa que solo beneficia a los cazadores de herencias y a clérigos que desean su riqueza<sup>106</sup>.

Por ello, y en línea con lo dispuesto para la consagración de las vírgenes, decreta que la viuda de menos de cuarenta años, en tanto que pueda procrear, debe contraer matrimonio de nuevo en un periodo de cinco años ([§5] *ut maritali obitu destituta mulier quadragenaria minor, donec procreare per aetatem liberos potest, intra quinquennium nubat*) Y a aquellas mujeres que no cumplan esta disposición las

---

<sup>105</sup> Según Gayo en sus Instituciones (2, 224) el testador podía distribuir el caudal hereditario entero en legados desde los tiempos de las XII Tablas según el principio *uti legassit suae rei, ita ius esto*. Esta facultad podía dar lugar a la incómoda situación de que el heredero recibiera pocos o ningún bien del caudal relicto, y que por tanto, sin interés alguno en la herencia, renunciara a ella. Y puesto que la *heredis institutio* en el Derecho Romano sucesorio es *caput et fundamentum totius testamenti* (Gayo 2, 229), esto es, que la validez del testamento entero depende de la validez de la cláusula en la que se instituye al heredero, la renuncia del heredero dejaba sin validez aquel y abría la sucesión *ab intestato*. Para evitar esto la *lex Falcidia* (40 a.C.) limitó la cantidad posible de legados a tres cuartas partes de la herencia de modo que se animaba al heredero a aceptar mediante la reserva del cuarto restante (*quarta Falcidia*).

<sup>106</sup> Sobre estos clérigos y cazadores de herencias vid. GRUBBS, J.E., *Women and the law in the Roman Empire: A sourcebook on marriage, divorce and widowhood*, Taylor & Francis e-Library, 2002, p. 232-233.

sanciona obligándolas a dividir su patrimonio con sus parientes, para que el patrimonio revierta a la familia, y si no los tiene, con el fisco imperial<sup>107</sup>.

Pero quizá el punto más interesante de esta constitución sea el octavo (§8), donde se trata el *ius eligendi* de la madre en el contexto de la reserva vidual. La reserva, que tenía su origen en la llamada Ley *Feminae* del año 382 (C.Th 3.8.2) disponía que la madre bínuba

“debería conservar íntegramente (*integrum ad filios, quos ex praecedente coniugio habuerint, transmittan*) para los hijos comunes de la primera unión matrimonial la nuda propiedad de todos los bienes que hubiera recibido, por cualquier título, de su marido premuerto (*lucra nuptalia*). Englobaría todo lo que hubiera adquirido, ya fuera por actos entre vivos, como los regalos de novios o esponsales (*sponsaliorum iure*), las donaciones por razón de matrimonio (*nubtiarum sollemnitate*) como lo recibido por acto *mortis causa* (*donatio mortis causa*, disposición testamentaria, legado o fideicomiso).”<sup>108</sup>

Pues bien, resulta que en el periodo postclásico el valor económico de la donación nupcial (*sponsalicia largitas o donatio ante nuptias*) se había incrementado drásticamente desde los tiempos del periodo clásico hasta convertirse en una especie de “contradote” o dote masculina que el marido entregaba a la mujer y que le pertenecería en caso de que el marido la premuriera.

Siendo esto así, tanto la Ley *Feminae*, cuanto la *Novella* 14 de Teodosio II (§5) habían establecido una *facultas eligendi* a favor de las madres de modo que si bien seguían teniendo que conservar los bienes que hubiera recibido del marido para los hijos habidos en el matrimonio con este, podía ejercer un derecho de preferencia sobre los bienes que derivasen de la *sponsalicia largitas* pudiendo, por tanto, libremente, dar la porción mayor al hijo que tuviera por conveniente.

Pues bien, esta facultad ilimitada para disponer la porción mayor de la donación nupcial es suprimida por Mayoriano de modo que en adelante, todos los hijos habidos

---

<sup>107</sup> La motivación de tal disposición parece ser evitar a los ya mencionados clérigos (era frecuente que los clérigos fomentasen la viudez y alentasen a mostrar la devoción ofreciendo donativos y legando herencias a la iglesia) y cazadores de fortunas de modo que si una mujer decide no procrear, sus bienes reviertan o a la familia, donde podrá beneficiar a los descendientes por otras ramas o al fisco imperial para –se supone– beneficio de todos.

<sup>108</sup> DONADO VARA, A., *Historical Backgrounds of Widow Reserve* en *Cuadernos de Historia del Derecho* Vol.16, 2009, p. 133

en el matrimonio del que los bienes procedan, reciban una parte idéntica ([§8] *llud sane latus divalis constitutionis abolemus*<sup>109</sup> *quo videbatur matribusuisse permissum, ut ex quantitate sponsalitiaie largitatis in unum filium, si velint, portionem maximam conserendi habeant liberam facultatem, in quam nos filios aequa iubemus lance succedere*).

Curiosamente, a pesar de que Libio Severo, sucesor de Mayoriano, abolió la mayoría de las disposiciones establecidas por este en la *Novella* 6<sup>110</sup>, mantuvo intacta la derogación del *ius eligendi*. Estableció no obstante, que la viuda dispusiera únicamente del usufructo de las donaciones nupciales, prohibiéndole su enajenación, tanto si contraía nuevas nupcias, como si se mantenía viuda, a diferencia de la regulación de Mayoriano, donde solo perdía la propiedad de la donación nupcial si contraía de nuevo matrimonio.<sup>111</sup>

Se trata en todo caso de una de las escasas disposiciones establecidas por Mayoriano en materia de derecho civil y una de las más duraderas, pues fue recogida por Justiniano en su *Novella* 22 “*De nuptiis*” del año 536.

Por último, al respecto de la *sponsalicia largitas*, y sin duda por causa de la elevada importancia que habían adquirido estas donaciones nupciales en los patrimonios de los cónyuges de la época postclásica, el emperador dispone, con el objeto de asegurar los derechos de los hijos del matrimonio que pudieran ser perjudicados por el fallecimiento de uno de los progenitores, que tanto la dote que la esposa aporta al matrimonio, cuanto la “contradote” en que la donación nupcial consiste y que aporta el marido, deban ser semejantes ([§9] *ut marem feminamque iungendos copula nuptiali par condicio utrimque constringat, id est ut numquam minorem quam exigit futura uxor sponsaliciam largitatem dotis titulo se noverit conlaturam*). Y considera infames a quienes se unan sin dote, de modo que su unión no será reconocida como matrimonio<sup>112</sup>, ni los hijos que nazcan de él serán considerados legítimos ([§9] *ambos*

---

<sup>109</sup> C.Th 3.8.2

<sup>110</sup> Mediante su *Novella* I intitulada “*Abrogatis capitibus injustis legis divi Majoriani Augusti*” (La derogación de los capítulos injustos de la ley del divino Augusto Mayoriano) promulgada en Roma el 20 de Febrero del año 463, dirigida a Basilio, Prefecto del Pretorio y Patricio, también en nombre de León I.

<sup>111</sup> DONADO VARA, A. *op. cit.*, p. 165 y 167

<sup>112</sup> La *Novella* 35 de Valentiniano III ya había establecido una previsión semejante sin que, no obstante, se hiciera depender la validez del matrimonio de la equitativa paridad entre la dote y la donación prenupcial.

*infamiae maculis inurendos, qui fuerint sine dote coniuncti, ita ut nec matrimonium iudicetur nec legitimi ex his filii procreentur).*

### 3.7 Novella VII

La séptima *Novella* lleva por título “*De curialibus et de agnatione vel distractione praediorum eorum et de ceteris negotiis*” (“Sobre los curiales, sus hijos y la venta de sus tierras) y fue promulgada en Rávena el 6 de Noviembre del año 458, dirigida a Basilio, Prefecto del Pretorio de Italia, también en nombre de León I. En esta constitución se trata principalmente, junto con otros asuntos, la cuestión de la huída de los curiales a las propiedades rústicas de los potentados.

En efecto, se ha señalado antes la importancia del orden curial para el mantenimiento de las ciudades, lo que para una civilización urbana como la romana, cuya base era el mantenimiento de una densa red de municipios, equivale a decir tanto como su importancia para el mantenimiento del imperio. No obstante, como también se ha visto, por causa de las opresivas cargas que caían sobre sus espaldas, existía un afán bastante extendido por huir de los municipios<sup>113</sup> y refugiarse en las propiedades rústicas de los *potentiores*, escapando así de los tan odiados *munera*.<sup>114</sup>

Los *munera* podían ser personales o patrimoniales, como señala Ulpiano<sup>115</sup>, lo que significa, según definición de Hermogeniano<sup>116</sup>, que los primeros son aquellos cuyo contenido consistía esencialmente en un trabajo corporal (*corporibus labore*) y los segundos aquellos cuyo contenido consistía en un gasto patrimonial. A estos dos tipos básicos Arcadio Carisio añadió un tercero<sup>117</sup>: los *munera* mixtos, en los que la prestación exigida combinaba ambos tipos básicos.

---

<sup>113</sup> Ciertamente existían grandes diferencias entre los patrimonios de los miembros de la curia. Para algunos hacer frente a las cargas de su rango era algo relativamente sencillo, pero para otros, consistían en unas obligaciones imposibles de afrontar. Efectivamente, como señala ALFÖLDY existieron casos de curiales cuyo patrimonio se reducía a la posesión de 25 *iugera* de tierras, esto es, 6,3 Ha. (ALFÖLDY, G., *op. cit.*, p.265)

<sup>114</sup> Según Dig. 50.4.14.1, a diferencia de los honores municipales, que consistían en la administración de la ciudad *cum dignitas gradu*, los *munera* consistían en la administración pública *sine titulo dignitatis*.

<sup>115</sup> Dig. 50.4.6.3 (*Sciendum est quaedam esse munera aut personae aut patrimoniorum, itidem quosdam esse honores*)

<sup>116</sup> Dig. 50.4.1.3 (*Illud tenendum est generaliter personale quidem munus esse, quod corporibus labore cum sollicitudine animi ac vigilantia sollemniter extitit, patrimonii vero, in quo sumptus maxime postulatur*)

<sup>117</sup> Dig. 50.4.18 (*Munerum civilium triplex divisio est: nam quaedam munera personalia sunt, quaedam patrimoniorum dicuntur, alia mixta*)

Por todo ello el emperador comienza la presente constitución con una frase que ha alcanzado cierta celebridad entre la historiografía que trata la cuestión: “Nadie ignora que los curiales son los nervios de la república y las vísceras de las ciudades” ([§Pr] *Curiales nervos esse rei publicae ac viscera civitatum nullus ignorat*). Y recuerda aduladoramente, que los antiguos lo llamaban con justicia el “pequeño senado” ([§Pr] *quorum coetum recte appellavit antiquitas minorem senatum*).

Pero inmediatamente después plantea descarnadamente el estado de la cuestión: la presión fiscal que el estado aplica a los curiales, y que el emperador atribuye -quizá con cierta indolencia- a la venalidad de los recaudadores y a la iniquidad de los jueces, está ocasionando que muchos curiales, olvidando su ilustre nacimiento, deserten de sus municipios y se escondan en las propiedades rústicas de otros ([§Pr] *Sed id egit iniquitas iudicum exactorumque plectenda venalitas, ut multi patrias deserentes natalium splendore neglecto occultas latebras et habitationem eligerint ruris alieni*).

Y condena a estos fugitivos porque no solo deshonran su alta alcurnia al ponerse bajo el *patrocinium* de otros, sino que a ello añaden la infamia de unirse a mujeres *coloniae* y esclavas, y lamenta, que de este modo, los municipios han perdido sus senados municipales, y los curiales, entregados a estas uniones, su estatus ([§Pr] *illud quoque sibi dedecoris addentes, ut, dum uti volunt patrociniis inpotentum, colonarum se ancillarumque coniunctione polluerent. Itaque factum est, ut et urbibus ordines deperirent et prope libertatis suae statum nonnulli per contagionem consortia deterioris amitterent*).

Vemos, pues, que solo en este contundente Prólogo se han planteado ya algunas cuestiones de cierto interés.

En primer lugar, y como ya señalamos en su momento, podemos ver que esta constitución tiene una profunda relación con la *Novella 2 (De indulgentiis reliquorum)*. En efecto, veíamos en aquella cómo el emperador encaraba el caos fiscal que estaba arruinado a los terratenientes y curiales, que no solo soportaban los pesados tributos ordinarios, sino también los siempre imprevisibles tributos extraordinarios (*extraordinaria onera, superindictii tituli*) así como los sobornos y extorsiones de los recaudadores, de modo que sus patrimonios estaban quedando agotados (*exhaustus*). No cabe duda de que estas circunstancias explican en gran medida la situación de los



curiales, y por tanto, que las medidas que en aquella novela se aplicaban, complementan a las que en esta constitución se disponen.

En segundo lugar, como también señalamos respecto a la *Novella 2*, esta constitución puede relacionarse con la *Novella 3 (De Defensoribus civitatum)*, que se ocupaba de la cuestión del *Defensor Civitatis*. En primer lugar porque, como vimos, mediante la rehabilitación de la figura del *Defensor Civitatis* el emperador Mayoriano esperaba el retorno de los curiales a sus domicilios y, por tanto, el retornar de estos al cumplimiento de sus obligaciones. Pero también porque como se establece en una constitución del año 400 (C.Th 12.19.3), era tarea de los *Defensores* no solo la de asegurar su permanencia mediante la defensa de sus derechos, sino también mediante la denuncia de su desaparición, así como la de los *collegiati*<sup>118</sup>:

*Idem aa. [Arcadius et Honorius] Vincentio praefecto praetorio Galliarum. (...) Primates sane ordinum defensoresque civitatum poenae denuntiatione constringimus, ne passim vagari curiae vel collegii defugas in publica damna patiantur. Quod si per gratiam tacuisse deteguntur, poenam relegationis excipiant. Dat. III kal. iul. Mediolano Stilichone et Aureliano cons.*

En tercer lugar, se plantea con toda crudeza el asunto de la extensión descontrolada del *Patrocinium*, contra el que los emperadores legislaron reiteradamente, y que, como vimos antes<sup>119</sup>, contribuyó a la ruina del imperio occidental. La lucha comenzó con una ley del año 360<sup>120</sup> y no cesó durante los siguientes decenios. Y aunque ALFÖLDY afirma que las repetidas disposiciones (años 360, 368, 395, 399 etc.) contra el *patrocinium* no tuvieron apenas efecto, y que por ello la institución quedó legalizada en el año 415<sup>121</sup>, tal legalización, si existió, debió circunscribirse a occidente<sup>122</sup>. De todos modos, este no parece ser el caso, por lo que debe considerarse

---

<sup>118</sup> Miembros de los *collegia*, esto es, de los gremios o corporaciones profesionales.

<sup>119</sup> Vid. p.15 y ss.

<sup>120</sup> C.Th 11.24.1

<sup>121</sup> ALFÖLDY, G., *op. cit.*, p.286

<sup>122</sup> Los emperadores de oriente, especialmente Justiniano, continuaron la lucha contra el *patrocinium* y las tendencias latifundistas, política facilitada por el hecho de que oriente siempre tuvo una vida urbana más activa y por tanto, no prosperó con igual intensidad la institución de la gran finca esclavista (ANDERSON, P., *Transiciones de la Antigüedad al Feudalismo*, Siglo XXI, México, 2005, p.273). En efecto, la prohibición de *patrocinium* puede enmarcarse dentro de una lucha general de los emperadores a favor de la pequeña propiedad y en contra de una aristocracia de tendencias latifundistas. Esto mismo animó la posterior división administrativa del imperio oriental en *themas* por parte de la dinastía Heráclida, lo que hizo de los campesinos “pequeños propietarios que recibían para su mantenimiento tierras del Estado a cambio de servicios de guerra” (ANDERSON, P., *op. cit.*, p. 275), de modo que se

que la lucha contra el *patrocinium* también continuó en occidente, si bien probablemente de un modo más irregular que en oriente, tal y como demuestra indirectamente la presente constitución o el reconocimiento en occidente de una ley promulgada el 1 de Septiembre del año 468 por León I y Antemio<sup>123</sup> y que condena semejante práctica.

Pues bien, para prevenir tales conductas que el emperador condena por ser dañosas para la buena marcha del estado, se dispone que si un curial que se ha ausentado de su municipio por menos de 30 años<sup>124</sup> es hallado, los procuradores o arrendatarios del latifundio serán reprendidos, el propietario del fundo notificado y el curial, junto con sus “esposas” (*uxoribus*)<sup>125</sup>, será devuelto a la ciudad de la que desertó ([§1] *ubicumque intra triginta abhinc retro annos inventi fuerint curiales, constrictis procuratoribus vel conductoribus praediorum dominisque conventis ad urbes, quas deseruerant, cum uxoribus reducantur*).

El hecho de que las “esposas” fueran *colonae* o esclavas tenía por consecuencia que estas, si concurrían las circunstancias aludidas, dejaban de estar bajo el poder de su *dominus* o *patronus*, según el caso. Circunstancia a la que no es ajena la disposición de Mayoriano, y que este confirma como una especie de pseudosanción. Porque la constitución, una vez reconocida tal consecuencia, asegura que ello no debe molestar a los propietarios del latifundio, que deberían ser castigados con penas más severas por haber consentido tales uniones ilícitas ([§1] *quod ingratum esse agrorum dominis non oportet, cum debuerint poena severiore percelli*). Al igual que en la *Novella* 2, el emperador no excepciona sus propiedades de la norma general que decreta ([§1] *A quo constituto nec domum nostrae serenitatis excipimus*).

---

convirtió a este soldado-campesino en “el pilar del imperio” (OSTROGORSKY, G., *op. cit.* p.149). Esta lucha contra las tendencias feudalizantes se prolongó durante mucho siglos, alcanzando cierta virulencia durante el gobierno de la dinastía macedonia, especialmente con Romano I Lecapeno (919-944) que legisló al respecto, pues comprendió con claridad que al proteger la pequeña propiedad, el estado central defendía “sus propios derechos a los impuestos y a las prestaciones de los pequeños propietarios que la aristocracia latifundista quería arrebatarse” (OSTROGORSKY, G., *op. cit.*, .276). El hundimiento final de la pequeña propiedad se produjo finalmente con el advenimiento de la dinastía Paleóloga (OSTROGORSKY, G., *op. cit.*, p.476).

<sup>123</sup> (CJ 11.53[54].1) No obstante, se ha argumentado que tal reconocimiento, más que a una lucha real en occidente contra el *patrocinium* responde al hecho de que Antemio contara con el respaldo de León I como augusto de occidente (a diferencia predecesor Libio Severo) y por tanto a que se aceptará la legislación oriental en Occidente “en bloque”, como parece sugerir la *Novela* 2 de Antemio (*De confirmatione legis domini nostri leonis augusti*).

<sup>124</sup> La condición de colono se adquiría por prescripción de 30 años (LOPEZ HUGUET, M.L., *Limitaciones a la libertad domiciliaria en Derecho Romano*, Dykinson, Madrid, 2016 p.160).

<sup>125</sup> La posible esposa legal, y aquellas otras a las que estuviera unido por *concubinatus* o *contubernium*.

Debe resaltarse que esta práctica de escapar al medio rural y unirse con esclavas de los potentados para escapar a las obligaciones y cargas de la condición *curial* no era, en todo caso, novedosa. Ni por parte de los curiales ejercitarla, ni por parte de los poderes públicos legislar en su contra. Así por ejemplo Constantino I ya había legislado en el año 319 al respecto en la constitución C.Th 12.1.6 donde prohibía tales uniones, recordaba que se trataba de un *contubernium* del que solo podían resultar hijos de condición esclava (*sed neque conubium cum personis potest esse servilibus et ex huiusmodi contubernio servi nascuntur*) y establecía diversas penas: condena a minas para la esclava, *deportatio ad insulam*<sup>126</sup> para el curial así como otras para los latifundistas y sus subordinados.

Por otra parte, resulta también llamativa la manumisión automática que se arbitra en esta constitución para el caso de la esclava que se haya unido con el colono que ha de ser devuelto a su municipio. Tal manumisión debe ser calificada como *ex lege principis* y asimilada, aunque sea imperfectamente, a la manumisión *latini iuniani*, esto es, llevada a cabo sin procedimiento solemne.

Una vez establecido el destino del curial fugado y hallado, así como el de sus posibles “esposas”, la constitución aborda la cuestión de los hijos que pudieran haber resultado del *contubernium*. Estipula que los hijos varones seguirán al padre mientras que los descendientes femeninos serán entregados al *dominus* de las propiedad donde el curial se hubiera refugiado ([§2] *Quorum progenie mita dividendam esse censemus, ut quotquot fuerint masculini sexus filii patrem sequantur feminis praedii domino reliquendis*).

Y se hace una ulterior distinción sobre el destino de los hijos según la condición de la madre. Si la madre era *colona*, el hijo se unirá a la *curia* como el padre. Si la madre era esclava, se le asignará a los gremios (*collegia*) para que “el esplendor del senado municipal no sea contaminado por la vileza de la sangre materna” ([§2] *si ex colonabus nati sunt, curiis inserantur, si ex ancillis editi, collegiis deputentur, ne materni sanguinis vilitate splendor ordinum polluat*ur).

---

<sup>126</sup> Ver nota 133

Esta disposición resulta de gran interés puesto que supone una excepción al principio de la filiación *ex ancilla*<sup>127</sup> por la cual los hijos, cualquiera que sea su sexo, heredan la condición de la madre y quedan sujetos a la *dominica potestas* de su amo. En efecto, pese a que las descendientes femeninas permanecen como esclavas, los hijos nacidos de una esclava, si bien no pueden unirse a la curia, quedan manumitidos igualmente como la madre, y deben ingresar en los gremios para ser *collegiati*, a los que el emperador se refiere en [§3] precisando que no se les permite residir fuera del territorio del municipio.

En [§5] se retoma el asunto de la vileza de sangre. Se dispone que si la hija de un curial toma por esposo a un colono (*originarius*) contra la prohibición que establece la ley, se le asignará a los gremios. Si toma a un esclavo por “esposo”, este morirá por los medios previstos para los de su clase (*si originarius erit qui sibi frustra ac temere mariti nomen contra interdictum legis indiderit, collegiis nihilominus deputetur, si famulus, servilibus poenis peribit*).

En esta línea se mantendrán los emperadores subsiguientes, como se puede comprobar en la *Novella* 1 de Antemio (*De mulieribus quae servis propriis vel libertis se iunxerunt et de naturalibus filiis*), que data de algunos años después, y donde se trata el caso de una tal Julia que ha contraído matrimonio con un liberto antaño esclavo suyo y que solicita no se le dañe tal y como manda la ley. Y en efecto, pese a que Antemio, graciosamente, concedió una amnistía para tales uniones -siempre que se probara que se realizaron antes del año en que se promulgó la ley- también reiteró la vigencia de la prohibición.

Finalmente, y en consonancia con todas las disposiciones anteriores, el emperador establece la prohibición expresa de que “un curial nunca podrá alienar sus propiedades rústicas o urbanas sin interponer decreto<sup>128</sup>” ([§9] *Praedia vel urbana vel rustica numquam sine interpositione decreti curialis alienet*). Y para asegurarse que el cumplimiento de esta disposición no es burlado por la indulgencia o el favoritismo del gobernador de la provincia, si ha de procederse a la alienación, el expediente habrá de

---

<sup>127</sup> Dig. 1.5.24 Sin duda alguna la ruptura de este principio fundamental de la filiación responde al hecho de que al volverse rígida la promoción social (C.Th. 12.1.13, Dig. 50.2.7.2) era necesario integrar a todos los decuriones posibles, esto es, a la mayor cantidad de vástagos de estos.

<sup>128</sup> Tal decreto era emitido por la curia y garantizaba la existencia de una necesidad imperativa que justificaba la transmisión de la propiedad. (CECCONI, G. A., *Crisi e trasformazione del governo municipale in occidente fra IV e VI secolo* en *Die Stadt in der Spätantike: Niedergang oder Wandel?* (Eds. J.U. Krause, C. Witschel). Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 2006, p.294-295)

ser autorizado por el Prefecto del Pretorio ([§9] *Quod ne forte provincialis iudex facile aut gratificanter indulgeat, ad eminentium praefectorum sub relatione notitiam dirigatur*).

Se especifica asimismo que sin tal aprobación el contrato no es válido ([§9] *Aliter contractus super his rebusiniti non valebunt*) si bien no se requiere la formalidad del decreto para la venta de un esclavo, si se adjunta la suscripción y consentimiento de cinco próceres de la curia ([§9] *In mancipio tantummodo distrahendo non est decreti quaerenda solemnitas, si quinque primorum curiae subscriptio atque consensio adiecta monstretur*).

La valoración que ha de realizarse de esta constitución es que contiene un cúmulo de medidas excepcionales que forman –conjuntamente con las disposiciones previstas en las novelas 2 y 3– una política coherente dirigida a preservar la agonizante vida urbana de los municipios, cuya prosperidad estaba articulada en torno a las figuras de los curiales, y en menor medida, de los *collegiati*<sup>129</sup>. De ahí que fundamentalmente consista en recuperar a los curiales fugados, enrolar nuevos miembros en la curia o los *collegia*, y asegurar que estos mantengan el patrimonio, a fin de que puedan cumplir con sus obligaciones públicas.

### 3.8 Novella VIII

La octava *Novella* lleva por título “*De reddito iure armorum*” (“Sobre retorno del derecho a portar armas”). Se trata de la primera de las tres constituciones de Mayoriano cuyo texto, lamentablemente, no se ha conservado. No obstante, de estas tres disposiciones perdidas, esta es sin duda, la que puede reconstruirse más fácilmente.

En efecto, en primer lugar, y puesto que las constituciones que aquí estamos analizando están ordenadas cronológicamente, es posible afirmar que fue promulgada en algún punto entre el 6 de Noviembre del año 458 y el 17 de Abril del año 459, fechas en las que fueron promulgadas las novelas 7 y 9. Por las fechas es por tanto legítimo suponer que esta novela supuso una reacción ante la incursión vándala del verano del 458, dirigida por el cuñado de Genserico, que había arrasado Campania hasta que fue

---

<sup>129</sup> Los beneficios en la manumisión de la descendencia que esta ley prevé están limitados a los curiales, y con todo, de algún modo estas previsiones debieron interpretarse de un modo extensivo que permitiera beneficiar a los *collegiati*, puesto que en una constitución posterior de Libio Severo (*Novella 2ª De Corporatis*) este recuerda que los hijos de estos habidos con *coloniae* y esclavas pertenecen a su amo.

rechazada por un ejército a las órdenes de Mayoriano, de lo que resultó la muerte de aquel.

Sucede además que algunos años antes, en el año 440, los vándalos habían estado llevando a cabo actos de piratería por todo el mediterráneo -especialmente en la costas de Italia- a resultas de la toma de Cartago el año anterior. Ante la impotencia de la monarquía imperial para garantizar la seguridad de las costas y de sus ciudadanos el entonces emperador Valentiniano III había promulgado una constitución que llevaba por nombre también “*De reddito iure armorum*”.

Esta había sido dada en Rávena el 24 de Junio del año 440 dirigida al *Populus Romanus* en nombre de Teodosio II con el objeto de garantizar la seguridad de sus súbditos concediéndoles el derecho a su autodefensa -que en la práctica se limitaba a legalizar la posibilidad de portar armas<sup>130</sup>- para hacer frente a los piratas vándalos (*provincialibus nostros [...] quod ipsorum salute disponitur, ut resistendi praedonibus cura subeatur*).

Comenzaba el emperador estableciendo claramente el motivo que había llevado a la promulgación de tan grave medida diciendo “Genserico, enemigo de nuestro imperio, ha partido de Cartago conduciendo una gran flota cuyas incursiones y fortuitas depredaciones deben ser temidas por todas las costas” (*Gensericus hostis imperii nostri non parvam classem de Karthaginensi portu nuntiatus est eduxisse, cuius repentinus excursus et fortuita depredatio cunctis est litoribus formidanda*) y continuaba intentando elevar el ánimo de la población asegurando que se estaban poniendo guarniciones en muchos lugares, que Sigisvuldo, *magister militum*, estaba organizando muchas patrullas por las costas y que se esperaba la pronta llegada tanto de las fuerzas del Patricio Aecio cuanto de las enviadas por Teodosio II, emperador de Oriente.

No obstante, reconociendo la incapacidad de derrotar a los vándalos encubriéndolo bajo la excusa de que era imposible conocer con certeza a que costa se dirigían, el emperador autorizaba mediante ese edicto a que si la ocasión se presentaba, los ciudadanos pudieran defenderse empuñando sus propias armas (*incertum est, ad quam oram terrae possint naves hostium pervenire, singulos universosque hoc*

---

<sup>130</sup> Portar armas sin permiso de los augustos estaba prohibido por una constitución del año 364 (CJ 11.47.1)

*admonemus edicto, ut Romani roboris confidentia et animo, quo debant propria defensari, cum suis adversus hostes, si usus exegerit).*

Es lícito por tanto suponer, tanto por la identidad en la titulación cuanto por la semejanza de las circunstancias históricas, que las constituciones de Valentiniano III y Mayoriano debían contener unas previsiones similares. De hecho, durante el gobierno de este último las incursiones vándalas no solo no habían cesado en absoluto, sino que bien al contrario, unos pocos años antes, Genserico, que todavía era rey -y lo seguiría siendo hasta el año 477 E.C, depuesto ya el último emperador de occidente<sup>131</sup> - había saqueado Roma.

No cabe duda, pues, de que esta constitución, junto a las demás circunstancias históricas que nos han llegado, dibujan un panorama que sirve de fundamento para explicar las razones que motivaron la fallida campaña de Mayoriano contra el reino vándalo, lo que constituiría el más sonoro fracaso de su gobierno y probablemente la razón de su deposición.

### **3.9 Novella IX**

La novena constitución lleva por título “*De adulteriis*” (“Sobre el adulterio”) y fue promulgada en Arlés (Arelate) el 17 de Abril del año 459, dirigida a Rogaciano, gobernador de la Toscana Suburbicaria, también en nombre de León I. Se trata de una breve constitución en la que Mayoriano establece una regulación para el caso de quien incumpla la sentencia condenatoria por el delito de adulterio.

Reprende en esta el emperador a Rogaciano por el caso de un tal Ambrosio condenado por adulterio al exilio temporal por *relegatio*, pena que el emperador estima no solo demasiado indulgente, sino por la que acusa al gobernador de ser negligente (*ut relatione testaris, covictum confessumque Ambrosium in nefario crimine relegatione dignum temporaria censuist non solum leniter, immo neglegenter*). Y continúa el emperador haciéndose eco del hecho de que el tal Ambrosio ni siquiera ha respetado la magnánima sentencia y ha huido del exilio, lo que ha motivado la consulta del gobernador, a la que ahora responde (*Eum tamen ipsum temerasse sententiam et confestim locum perhibes exilii defugisse nosque consuluisti*).

---

<sup>131</sup> Salvo que se considere que tan dudoso honor recae en Julio Nepote, que aun depuesto continuó gobernando hasta su asesinato en el año 480 E.C el remanente romano de Dalmacia que había regido su tío, el *magister militum* Marcelino.

En ella el emperador exige severidad (*severitatem quippe res ipsa flagitat*) y por ello dispone que a lo legislado antes<sup>132</sup> por otros emperadores respecto al adulterio, se añada, que en caso de que el condenado por adulterio incumpla la sentencia, no sea condenado solo a *relegatio*, sino a *deportatio* (*relegationem probosi ac nefandissimi rei deportatio adiecta continuo sequatur*). Y en coherencia con la naturaleza de la *deportatio*<sup>133</sup> continúa la constitución precisando que todos los bienes de los condenados serán reclamados por el fisco y que asimismo estos serán expulsados de la sociedad italiana (*bonis eius omnibus fisci utilitatibus vindicatis eum a congressu totius Italiae submovendum*). Y finalmente se establece que si el condenado retorna del exilio a cualquier parte del imperio, entonces cualquier persona puede matarlo legalmente (*si in comprehensa orbis nostri parte repertus fuerit, caesus iure videatur*)

No es todo tan sencillo, sin embargo. En efecto, el problema fundamental de las disposiciones que acabamos de ver consiste en precisar cuál es exactamente el comportamiento objeto de la sanción, esto es, el supuesto de hecho. La ambigüedad de la ley no permite establecer con claridad si el emperador está reformando la regulación penal general para los adúlteros o si está estableciendo una disposición específica solo para el caso de incumplimiento de la condena por adulterio. No existe acuerdo en la historiografía al respecto.

Así por ejemplo WASHBURN<sup>134</sup> entiende que se trata de una nueva regulación para el adulterio, y considera que si bien el cambio de pena de *relegatio* a *deportatio* no parece muy significativo -lo que podría apuntar hacia una explicación alternativa- estima que sí puede hallarse un fundamento fiscal. En efecto, el incremento sancionador que supone el paso de *relegatio* a *deportatio*, además del incremento sobre la privación de libertad que en sus distintos grados, es el fundamento común de ambas sanciones, implicaría la pena suplementaria de la confiscación de los bienes, siendo así que habría de entenderse que Mayoriano estableció una nueva regulación penal para el adulterio

---

<sup>132</sup> C.Th 9.7

<sup>133</sup> Respecto a estas sanciones cabe decir que la *relegatio* era una pena que consistía en un destierro temporal o perpetuo, que podía llegar al confinamiento en una isla (*relegatio ad insulam*), pero que no obstante no conllevaba ni la pérdida de los derechos civiles (por ejemplo el derecho a testar) ni la confiscación del patrimonio. La *deportatio* en cambio, aunque similar, era siempre perpetua y conllevaba la pérdida del patrimonio y los derechos civiles. (HILLNER, J., *Prison, Punishment and Penance in Late Antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge, 2015 p.195)

<sup>134</sup> WASHBURN, D.A., *Banishment in the Later Roman Empire, 284-476 CE*, Routledge, New York, 2013, p.170



con un cierto afán recaudatorio. En cambio NATHAN<sup>135</sup> estima que las medidas que establece aquí Mayoriano no constituyen una nueva regulación general del delito de adulterio, sino que sencillamente van dirigidas a sancionar los casos de incumplimiento de la sentencia por adulterio. Es esta última posición la que, con reservas, comparto.

En primer lugar porque el emperador establece con claridad que estas medidas van dirigidas a perseguir a las personas que abusan de la indulgencia de las sentencias (*qua passim ita insequendus est, qui sententiae abusu est lenitate*), lo que indica que debe producirse un incumplimiento –un abuso– sobre una sentencia ya dictada. En segundo lugar, porque se trata de un *rescripto* que responde a una consulta formulada por Rogaciano para un caso concreto, de modo que el emperador toma medidas contra el caso que se le presenta, y cuando extiende estas a los casos similares, debe entenderse que se refiere a casos similares al presentado, esto es, a casos de violación de la sentencia. En tercer lugar porque en efecto, como señala WASHBURN, el cambio de pena de *relegatio* a *deportatio* no parece muy significativo. Y en cuarto, último y más subjetivo lugar, porque a la personalidad del emperador le es característica una moderación a la que no parece satisfactorio atribuir un afán recaudatorio.

### 3.10 Novella X

La décima constitución lleva por título “*Neque senatorem urbis Romae neque ecclesiam ex testamento sibi a certis personis aliquid relictum fisco inferre cogendum et de populis urbicis*” (“Ningún senador de la ciudad de Roma ni iglesia podrá ser obligado a entregar al fisco nada legado por ciertas personas; Sobre la población urbana”). Se trata de la segunda constitución de Mayoriano cuyo texto no se ha conservado.

Solo cabe especular sobre su contenido y significado, si bien es posible suponer que tiene alguna clase de relación con la *Novella 5 (De bonis caducis sive proscriptorum)* puesto que aparentemente también ataca confiscaciones ilegales de la propiedad por parte de funcionarios del gobierno. No obstante, parece que en este caso la protección va referida a particulares frente al estado y no al estado frente a quienes le están defraudando.

---

<sup>135</sup> NATHAN, G., *The Family in Late Antiquity: The Rise of Christianity and the Endurance*, Routledge, 2002 p.112

### 3.11 Novella XI

La undécima *novella* lleva por título “*De Episcopali iudicio et ne quis invitus clericus ordinetur vel de ceteris negotiis*” (“Sobre los tribunales episcopales; Ninguna persona podrá ser ordenada clérigo contra su voluntad; Sobre otros negocios”) y fue promulgada en Arlés (Arelate) el 28 de Marzo del año 460, dirigida a Ricimero, Conde, *Magister Utriusque Militias* y Patricio, también en nombre de León I. A pesar de contener tres asuntos en su título, en el texto conservado solo se trata el asunto de la ordenación forzosa de los clérigos.

En efecto, empieza el emperador recordando que, según la ley, tomar las cargas de la vida consagrada (*sanctum onus*) es una elección, no un mandato (*nos optione dedisse, non legem*) y, por tanto, que igual que permite que quien quiera tomar esas cargas, pueda hacerlo, es su obligación defender a quien no quiera tomarlas (*ut volentibus patimur inponi, ita ab invitis iubemus arceri*).<sup>136</sup>

Por ello dispone que si se demuestra que una persona ha sido forzada mediante violencia y oprobio público a tomar las cargas del clero, se le garantice a ella o a los terceros denunciadores, el derecho a obtener una condena por parte de los jueces por tales crímenes (*quispiam probatus fuerit vi coactus sub contumelia publica clericatus officium successisse, spontaneis accusatoribus, vel si ipse voluerit allegare perpessa, licentiam commodemus apud iudices competentes huiusmodi admissa damnare*).

Y tal condena acarreará dos consecuencias. Primero, si se prueban los cargos según la ley, el archidiacono deberá pagar diez libras de oro a la víctima, que si hubiera desistido en ejercer su derecho, se pagarán en provecho del tercero denunciante y la curia del municipio (*si inter leges obiecta constiterint, decem libras auri archidiaconus cogatur inferre ei, qui pertulerit, exsolvendas, dehinc, si ille disistit, accusatoris censibus et civitatis ordinis profuturas*).

---

<sup>136</sup> En la época no eran desconocidas las ordenaciones forzosas como la de Pauliniano, hermano de San Jerónimo (Ep. 51, 1-2), que fue ordenado presbítero por San Epifanio. También ocurría esto respecto a la ordenación como obispo, de modo que S. Agustín en su Sermón 355.2 decía: “*Hasta tal punto temía el episcopado que, cuando comenzó a acrecentarse mi fama entre los siervos de Dios, evitaba acercarme a lugares donde sabía que no tenían obispo*”. No obstante, en CJ 1.3.30 (469), constitución destinada a combatir la simonía, se considera virtud algo que no es sino la descripción de una ordenación forzosa (*Tantum ab ámbito debet esse sepositus ut queratur cogendus, rogatus recedat, invitatus effugiat*) lo que invita a cuestionar hasta qué punto la aparente ausencia de voluntariedad en tales ordenaciones forzosas no era sino un trámite ritualizado por el que el candidato, con voluntad de mostrar su humildad, aparentaba rechazar y no desear el honor.

En segundo lugar, se ordena que la voluntad originaria de la víctima sea restaurada y que la ordenación se tenga por no efectuada, por haber sido realizada con coacción y contra su voluntad (*illo suae reddito voluntati qui coactus non potuit consecrari*).

Se disponen también unas medidas similares a aquellas establecidas en la Novela 6 cuando se trataban la cuestión de las doncellas consagradas contra su voluntad. Así, también se dispone que si se prueba que un padre o una madre han impuesto contra su voluntad las cargas del clero a alguno de sus hijos, sean castigados con la pérdida de un tercio de sus bienes, que pasarán a propiedad del hijo damnificado (*patres ac matres, si conprobat fuerint invitos filios praefato oneri subdidisse, bonorum suorum tertia iubemus adfligi ipsius filii censibus profutura*).

Finalmente se añade un pasaje según el cual, a diferencia de otros órdenes y ministerios inferiores<sup>137</sup>, si alguien es ordenado contra su voluntad obispo, tal ordenación no puede ser violada por acusación alguna y por tanto, se tendrá por válida en todo caso (*Si quis sane invitus episcopus fuerit ordinatus, hanc consecrationem nulla vilari accusatione permittimus*).

Aunque solo se ha conservado la parte del texto dispositivo que trata con la cuestión de las ordenaciones forzosas, sabemos también que esta novela abolía parte de lo dispuesto en la Novela 35 de Valentiniano III en materia relativa a la jurisdicción de los obispos. En efecto, a partir de una constitución de Constantino que data del año 318 (CTh 1.27.1) y cuyo contenido es reiterado en la Primera Constitución Sirmondiana del año 333, los obispos podían actuar como jueces de las controversias presentadas ante tribunales ordinarios si al menos una de las partes acordaba abandonar el fuero civil y someter el caso a esta jurisdicción voluntaria de la *Episcopalis Audientia*, cosa que sucedía incluso si la otra parte se oponía (*etiamsi alia pars refragatur*). De este modo

“la jurisdicción del obispo en las causas civiles entre laicos tuvo un reconocimiento oficial, en virtud del cual se transformó, de mero juicio arbitral,

---

<sup>137</sup> En la Iglesia existen tres grados *del sacramento del orden* u órdenes mayores, que son, por orden ascendente, el Diaconado, el Presbiteriado y el Episcopado. Tradicionalmente también han existido cinco órdenes menores: subdiáconos, acólitos, exorcistas, lectores y ostiarios hoy caídos en desuso.

en una verdadera y propia jurisdicción. Las sentencias del obispo son inapelables y son ejecutadas después de haber obtenido el *exequatur* del juez secular”<sup>138</sup>

Estas disposiciones fueron no obstante, un tanto rebajadas por la legislación de Valentiniano III que en su novela 35 del 15 de abril del año 452 establece que el fundamento del juicio episcopal es un fundamento *ex compromissum*<sup>139</sup> de las partes, esto es, no tanto un fuero eclesiástico alternativo al civil, cuanto una jurisdicción voluntaria de carácter arbitral cuyas resoluciones ejecuta el magistrado laico a petición de las partes.

Pues bien, pese a que el texto que nos ha llegado de esta novela de Mayoriano, como se ha dicho, solo se refiere a las ordenaciones involuntarias, la *interpretatio* visigótica que acompaña a la Novella 35 de Valentiniano III (“*De Episcopali iudicio et de diversis negotiis*”) precisa que: “*Lex ista de diversis rebus multa constituit: sed inprimis de clericis quod dictum est, ut nisi per compromissi vinculum iudicium episcopale non adeant, posteriori lege Maioriani abrogatum est*”, de modo que mediante esta decimoprimera constitución, el emperador abrogó el carácter arbitral de la *Episcopalis Audientia* suprimiendo la necesidad de que concurriese *compromissum* entre las partes.

Por último debe señalarse un asunto sobre la promulgación de esta constitución. En efecto, resulta notorio que a pesar de tratarse de una disposición cuyo contenido es materia de carácter civil, la novela va dirigida a Ricimero –Conde, *Magister utriusque militarum* y Patricio como la propia ley recuerda- lo que es un elocuentísimo testimonio de su peso político y enorme influencia en lo que quedaba del estado romano. No en vano restaba poco más de un año para que cesara el gobierno de Mayoriano

### 3.12 Novella XII

La duodécima constitución, y última de la obra legislativa conservada de Mayoriano, lleva por título “*De aurigis et seditiosis*” (“Sobre Aurigas y Sediciosos”). Se trata de la tercera constitución de Mayoriano cuyo texto no se ha conservado. Con todo, algunas cosas pueden decirse de ella.

---

<sup>138</sup> DAZA MARTÍNEZ, J., *La “Episcopalis Audientia” y el principio de equidad en la época postclásica* en *Anales de la Universidad de Alicante* n°1, 1982, p.70

<sup>139</sup> Dig. 4.8.1 *Compromissum ad similitudinem iudiciorum redigitur et ad finiendas lites pertinet.*

En primer habría que aclarar qué se entiende por *Seditiosi*, son aquellos que participan en una *Seditio*, esto es

“Open resistance, an uprising of a rather large group of persons with the use of – armed or unarmed- force against magistrates; a violent disturbance of a popular assembly or a meeting of the senate. Leaders and instigators (auctores) were punished by death. The participants (seditiosi) were tried under the Lex Iulia de vi, or for crimen maiestatis”<sup>140</sup>

En el periodo que aquí es objeto de estudio la Sedición estaba regulada fundamentalmente en la constitución C.Th. 9.33.1. (=CJ 9.30.1) del año 384:

*Imppp. Gratianus, Valentinianus et Theodosius aaa. Florentio pf. augustali. Si quis contra evidentissimam iussionem suscipere plebem et adversus publicam disciplinam defendere fortasse tentaverit, mulctam gravissimam sustinebit. Dat. XIII. kal. ian. Constantinopoli, Richomere et Clearcho coss.*

De esta norma se infiere que sedicioso es el que lidera una sedición o la segunda, y que esta es, en esencia, la acción de una muchedumbre que altera el orden público. Esta norma sería posteriormente complementada por la constitución CJ 9.30.2, del año 466 y ambas constituciones quedarían reunidas en la compilación justiniana bajo la rúbrica *De seditiosis et his qui plebem audent contra publicam quietem colligere.*:

*In nullis locis aut civitatibus tumultuosis clamoribus cuiusquam interpellatio contumeliosa procedat nec ad solam cuiusquam invidiam petulantia verba iactentur: scituris his, qui huiusmodi voces emiserint moverintque tumultus, se quidem fructum ex his quae postulant nullatenus habituros, subdendos autem poenis his, quas de seditionum et tumultus auctoribus vetustissima decreta sanxerunt*

En esta se prohibiría hacer demandas públicas mediante tumultos y se establecía que las personas que los ocasionaran quedarían sujetas a las penas que los antiguos preveían para la sedición y el tumulto<sup>141</sup>.

---

<sup>140</sup> BERGER, A., *Encyclopedic Dictionary of Roman Law*, The American Philosophical Society, 1991 p.694

<sup>141</sup> Según Dig. 48.19.38.2 los autores de sedición o tumulto eran ahorcados, echados a las fieras o deportados a una isla dependiendo de su estatus.

Respecto a los aurigas, eran los ídolos del pueblo, y sus carreras, el espectáculo y entretenimiento por antonomasia del Bajo Imperio. Solían ser esclavos o personas libres de baja extracción, si bien gracias al ejercicio de este espectáculo podían enriquecerse y alcanzar una popularidad inmensa. Las carreras se corrían por equipos (*factio*), que en tiempos de la república eran dos, la *factio albata* (blanca) y la *factio russata* (roja) a las que posteriormente se añadieron la *factio prasina* (verde) y la *factio veneta* (azul), asociadas a plebeyos y aristócratas respectivamente. En los tiempos de Justiniano solo sobrevivían los equipos azul y verde entre los que existía una gran rivalidad<sup>142</sup>.

En estas condiciones, y como ocurre en los espectáculos deportivos modernos, sus carreras estaban rodeadas de pasión e interés, de modo que eran frecuentes los disturbios y tumultos públicos asociados a estas. Así ocurrió en Roma en el año 355 como relata Amiano Marcelio en Historias 15.7.2, con ocasión de la detención de un popular auriga por orden del Prefecto Urbano Leoncio:

“(…) cuando se dio la orden de detener al auriga Filoromo, toda la plebe le siguió dispuesta a defenderle como si fuera algo propio. De hecho, atacaron con terrible ímpetu al gobernador pensando que era una persona débil, pero él, firme y resuelto, envió a sus soldados y, tras apoderarse y torturar a alguno de los amotinados, sin ningún tipo de protesta ni de resistencia, les castigo con el destierro en una isla”<sup>143 144</sup>

Pero sin duda alguna el suceso histórico más conocido que implica espectáculos de carreras y disturbios sediciosos es la célebre Revuelta de Niká del año 532 que puso en juego el trono de Justiniano I. En el relato que de los hechos hace Procopio<sup>145</sup> podemos apreciar la profundidad de las rivalidades gracias a una gráfica descripción que realiza de los fanáticos de las *factiones*:

“La población de cada ciudad, desde muy antiguo, estaba dividida entre “azules” y “verdes” (...) Lo cierto es que el odio que les brota hacia personas muy próximas no tiene justificación, y permanece irreductible durante toda su vida,

---

<sup>142</sup> Las rivalidades entre los equipos eran tan intensas y se consideraban tan importantes los intereses en juego, que una constitución del año 389 (C.Th 9.16.11=CJ 9.18.9) condenaba a muerte a los aurigas que utilizaran medios mágicos para asegurarse la victoria.

<sup>143</sup> AMIANO MARCELINO, *op.cit.*, p.181

<sup>144</sup> Se trata de la *deportatio ad insulam* de la que se habla en la nota 133

<sup>145</sup> Bell. Pers. I, 24

sin ceder ni siquiera ante vínculos de matrimonio, ni de parentesco, ni de amistad, aunque sean hermanos o algo semejante los que defienden colores distintos. (...) no hacen nada, si no le va a suponer un beneficio a su bando (...) a esto no puedo darle otro nombre que enfermedad del alma”<sup>146</sup>

Pues bien, resultó que en ese contexto de rivalidad algunos alborotadores miembros de ambas *factiones* fueron detenidos por la autoridad, y en consecuencia, por una vez existió un interés común a ambos equipos. De tal forma que

“(...) tras concertarse y pactar una tregua entre ellos, se apoderan de los encarcelados y, entrando de inmediato en la cárcel, liberan a todos los reclusos arrestados por sedición o por cualquier otra fechoría. A los guardias que sirven a las ordenes de la autoridad ciudadana, se pusieron a matarlos sin ninguna consideración (...) y la ciudad fue entregada a las llamas, lo mismo que si lo hubiera sido por enemigos. (...) La contraseña que se daban las facciones era “Niká”, y ese es el nombre que hasta el día de hoy ha recibido aquel suceso”<sup>147</sup>

Así pues, vistos estos antecedentes y circunstancias podemos poner esta duodécima disposición en relación con la novela 8 (“*De reddito iure armorum*”). En conjunto, ambas nos hablan del contexto de crisis histórica por la que atravesaba la mitad occidental del estado romano. Un contexto cuyo marco de referencia para la adecuada comprensión de los productos culturales del periodo (ya sean materiales o intelectuales) no puede ser otro que el de partir de la presuposición de que la sociedad romana del momento es una sociedad quebrada por una profunda inseguridad política y unos desordenes públicos recurrentes. Ciertamente mientras no se recupere el texto perdido no podremos conocer las disposiciones exactas que establecía esta constitución promulgada por Mayoriano, pero sí es verdad que con el estudio de estos materiales sí podemos hacernos una idea de a qué problema, y en qué contexto, estaba dirigida.

#### 4. CONCLUSIONES

Vistas en conjunto, estas constituciones nos hablan de las dos caras de una misma moneda. Por una parte nos hablan de todos los males y desgracias de las que era víctima el estado romano en sus estertores finales. De sus males externos, ciertamente:

---

<sup>146</sup> PROCOPIO DE CESAREA *Historia de las guerras Libros I-II Guerra Persa*, Gredos, 2000, p.139-141

<sup>147</sup> *Ibid.*, p.142

invasiones, interrupción del comercio, devastaciones y saqueos. Pero también de sus males internos: rebeliones populares (*bagaudae*), corrupción, crisis económica, usurpaciones, desordenes públicos etc. Y sin embargo, a pesar de todo, estas mismas constituciones nos hablan de un proyecto integral de restauración y con ello, de la posibilidad de revertir esos males.

Y puesto que todo proyecto político empieza por hacer que parezca posible lo proyectado, esto es, empieza por asumir que ser es parecer, es del todo punto congruente que las más severas penas previstas en la legislación de Mayoriano se establecieran en la *Novella*<sup>4</sup>, promulgada para defender el patrimonio de Roma. Este afán, la empresa más simbólica e inútil de Mayoriano, sin embargo nos confirma este propósito de restauración. Porque no puede haber tal proyecto sin un ideal al que retornar, y en ese retorno imposible a un pasado más brillante y mejor, los edificios de Roma, testigos mudos de aquel mundo ya ido, eran el sello material de ese empeño que con cada saqueo y depredación de sus propios habitantes, se desvanecía un poco más. Toda una metáfora del periodo.

La valoración que ha de hacerse de este conjunto normativo es pues, ambigua. Por una parte, a pesar de existir una cierta presunción de corrección, su reinado fue sencillamente demasiado breve como para juzgar hasta qué punto sus políticas fueron las adecuadas para afrontar los profundos retos por los que atravesaba el estado romano en aquel periodo. Pero por otra parte, no cabe duda de que sus enérgicas medidas, para bien o para mal, supusieron el último intento real de asegurar la viabilidad del imperio occidental al menos mediante el ejercicio de sus propios recursos. Tal empeño debe juzgarse positivamente como positivo es, si no las medidas adoptadas -cosa que nunca podremos saber- sí el adecuado diagnóstico de los problemas que acosaban al estado.

Con todo pueden alcanzarse algunas conclusiones respecto a la problemática que se ha ido evidenciando a lo largo de este trabajo. Estas conclusiones podemos agruparlas en dos categorías distintas aunque interrelacionadas: las derivadas del juego de estas novelas en el contexto de la problemática histórica general y las relativas a las cuestiones específicamente jurídicas que atañen a este conjunto normativo.



## CONCLUSIONES GENERALES

### 1) La Cuestión Bárbara: ¿Invasores o Aliados?

Aparentemente la cuestión más superficial de cuantas pudiéramos analizar en relación con este conjunto legislativo que son las *Novellae Maioriani*, en realidad se trata de un asunto fundamental a tratar, en la medida de que la cuestión de los bárbaros permea todo el trasfondo histórico que caracteriza a este conjunto normativo.

En realidad, la relación de la romanidad con esos grupos extraños de extranjeros germánicos que han recibido el nombre del “bárbaros” es de una fundamental ambigüedad, como vimos al principio de este trabajo. Y semejante ambigüedad -que en realidad no es tanto con la sociedad en su conjunto cuanto con el aparato imperial- queda perfectamente manifiesta tanto en las circunstancias que rodean a estas novelas, cuanto en las novelas mismas. En consecuencia, podemos ver que los bárbaros operan en el contexto histórico de estas novelas tanto como agentes internos del estado romano, cuanto como agentes externos a este.

Sus operaciones como agentes externos quedan patentes en las diversas campañas llevadas a cabo por Mayoriano, que se vio obligado a guerrear con prácticamente todos los grupos germánicos que hasta hacía bien poco no eran sino supuestos aliados del imperio. Así, los Visigodos fueron reducidos a su estatus de *foederati* en el año 459, y con su ayuda, posteriormente se sometió tanto a los Burgundios –recuperando el Valle del Ródano que había cortado la conexión entre Italia y la Galia- como a los Suevos en Hispania. Como hemos visto, y es bien sabido, los Vándalos hubieran sido los siguientes de no haber mediado la traición.

En las *Novellae*, esta actividad política –o guerrera habría que decir con mayor justicia- se refleja muy singularmente en los lugares en que aparecen fechadas las novelas. Así, vemos que las novelas del año 458 fueron dadas en la ciudad de Rávena, mientras que las novelas fechadas en los años 459 y 460 (novelas 9 y 11 así como probablemente las 10 y 12), están fechadas en Arlés, bastión y apéndice estratégico del poder imperial en el sur de la Galia. Desde esta ciudad, enclave estratégico en el centro de un triángulo formado por la Galia y las penínsulas Ibérica e Itálica, llevó a cabo el emperador sus mencionadas campañas militares.

Es el instrumento jurídico del *foedus*, el recurso mediante el cual estos bárbaros contra los que guerreaba Mayoriano estaban oficialmente vinculados al estado romano, y la cambiante actividad bélica, donde con mayor claridad se evidencia esta fundamental tensión que regía la relación de los protoreinos germánicos con el aparato imperial –y a través de este con la sociedad en su conjunto–, en este caso como agentes extraños y externos. Pero creo que también semejante actividad exógena tiene sus evidencias en otros puntos de las novelas que difícilmente pueden ser ignorados.

En primer lugar, la Novela 2, cuya problemática concreta (la ruina por la carga creciente y errática en materia tributaria, las arbitrariedades de los funcionarios en la recaudación y las tendencias centrífugas de los potentados), puede relacionarse integralmente con la cuestión bárbara, con base a la conocida y antes perfilada situación sociopolítica del momento. Por una razón similar, y en menor medida, también la novela 7 puede ponerse en relación con esta cuestión, pues hasta cierto punto responde a la misma lógica que anima la novela 2. Pero es, sin duda, la novela 8 la que, a pesar de desconocer su contenido concreto, no cabe duda que resulta más significativa respecto a esta cuestión, pues supone, nada menos, el reconocimiento de la impotencia del estado para mantener la seguridad de su territorio y sus ciudadanos. En esta disposición, el estado romano renuncia a ejercer el monopolio de la violencia.

Con todo, los bárbaros no constituyen un grupo opuesto al estado romano *per se* ni, desde luego, a sus ciudadanos. Como vimos en otra parte, y quizá merezca la pena insistir en ello, existían una serie de factores que acercaban a estos grupos a la romanidad, o al menos, no la enfrentaban a ella:

- 1) La carencia de un plan racional de conquista.
- 2) La falta de unidad entre las diversas etnias.
- 3) Las motivaciones originales.
- 4) El carácter de sociedades subromanas.
- 5) Su confesión cristiana, si bien arriana.

Estos factores explican la existencia de una figura clave en este conjunto legislativo como es la de Ricimero, que como vimos en las Novelas 1 y 11, quedaba

instituido prácticamente como un corregente que no podía acceder a la dignidad imperial sencillamente por su ascendencia –si bien noble- sueva y visigoda.

También resulta altamente significativo que el ejército que el emperador dirigía en sus campañas, estaba fundamentalmente compuesto por bárbaros al servicio del imperio tal y como señalaba Sidonio Apolinar en su Panegírico.

Y en último lugar, no puede desconocerse el hecho fundamental de que el establecimiento de estos pueblos en el territorio del imperio se producía mediante el instrumento del *Foedus*, sin duda el máximo exponente de esta fundamental ambigüedad que a la postre resultaría fatal, pues evidenciaba que, pese a sus actividades depredatorias y autónomas, que sin duda contribuyeron a destruir el estado romano – estas fueron quizá el catalizador necesario para que una serie de factores se alinearan en eficaz combinación- estos grupos germánicos no poseían un plan de conquista, ni tenían una visión propia unitaria, deseando sencillamente, establecerse en el territorio huyendo de una serie de problemas que parecían haber quedado ya atrás.

Irónicamente, al final, este establecimiento contribuyó a la caída del imperio, pero también a la preservación de su legalidad, puesto que a la postre estos grupos formaron reinos basados en el único título jurídico válido que restaba en un mundo en descomposición. La única conclusión posible es, pues, que se formó una síntesis feudal como resultado de las contradicciones irresolubles entre ambos factores: la romanidad se preservó a través de aquellos que provocaron su caída.

## **2) Cambios en el orden social: la transición al Feudalismo**

A propósito precisamente de tal síntesis, no resulta ocioso tampoco mencionar la cuestión de la transición del modelo social que estaba operándose en el periodo, esto es, la transición del modelo esclavista al feudal. Se trata esta aún de una etapa temprana, más caracterizada aún por el colapso catastrófico del modelo productivo tradicional, basado en la gran finca esclavista y la vida urbana, que por la emergencia de un modelo alternativo de perfiles claros y homogéneos.

Sin duda alguna, el proceso social más relevante del periodo consiste en el paulatino acercamiento entre la figura del esclavo y el colono, en particular los colonos conocidos como *adscripticii*, que quedaron atados a la tierra y los esclavos que, pese a

su estatuto jurídico, se establecían por su cuenta, de modo que los contornos de ambos estatutos jurídicos comenzaron a resultar difíciles de distinguir.

Este proceso estaba ineludiblemente ligado con la ruralización de la vida del imperio, y la progresiva decadencia de las ciudades como centro gravitatorio de la civilización. El peso principal de la vida económica se traslada al campo y allí las nuevas formas de explotación resultan más rentables que la esclavitud tradicional. Y ello por varias razones entre las que destacan:

- 1) El alza natural del precio de los esclavos en un imperio a la defensiva
- 2) La rentabilidad del esclavo establecido por sus propios medios y del colono atado a la tierra
- 3) Sometimiento de los colonos y campesinos libres al *patrocinium* de los señores rurales

Esto es, en las condiciones económicas recesivas del imperio tardío, el esclavo, ligado a una política económica y militar expansiva, deviene en un bien escaso y problemático –había que alimentarlo, vestirlo, formarlo y supervisarlo- resultando más sencillo extraer el excedente a esos campesinos arrendatarios del señor, formalmente libres, que pagaban una renta acordada con aquel. Tal era la importancia, pues, del colono arrendatario, que mediante la adscripción quedó indisolublemente atado a la tierra, de modo que con ella era vendido.

Este sistema, como vimos a propósito del *patrocinium*, no carecía de ventajas para el arrendatario, cuyo señor le protegía e intermediaba entre él y la opresiva fiscalidad del imperio. Y es precisamente en este contexto donde podemos incardinar las importantes novelas 2, 3 y 7 a cuenta de la figura del curial.

En efecto, con la decadencia de las ciudades, el peso de las obligaciones que jurídicamente correspondían a la clase de cuya prosperidad dependía correlativamente la prosperidad de las ciudades, se fue tornando insoportable. El comercio disminuyó, la economía se tornó recesiva y los grandes propietarios se retiraron a los campos. Esto tuvo su reflejo en la vida social del imperio, que se fue tornando más y más rígida: la heredabilidad de los estatus se convirtió en norma, porque ciertas posiciones sociales sencillamente no eran deseadas.

La figura del curial, pues, la clase media del imperio, sufrió como ninguna otra la polarización social que derivó del escenario económico. En un mundo que a través de los *possesores* y el binomio esclavo-siervo empezaba a prefigurar la división entre señores y siervos, era una clase condenada a la extinción. Pero puesto que el modelo de organización sobre el que estaba construido el imperio, no era sino el de una profusa red de municipios, asegurarse la prosperidad, continuidad y existencia de los mismos, era requisito absolutamente indispensable para la supervivencia del estado romano. Y la supervivencia de estos dependía de aquellos que con el cumplimiento de sus obligaciones públicas (*munera*) los mantenían, esto es, los curiales.

De ahí que me parezca, como he planteado a lo largo de este trabajo, la profunda imbricación y coherencia de las medidas contenidas en las novelas 2, 3 y 7, que al margen de su idoneidad, forman un todo coherente destinado al aseguramiento de la clase curial, tanto por medios coercitivos, cuanto por medios positivos.

Al respecto, la novela 2, en un sentido positivo, además de normalizar la relación de los contribuyentes con la monarquía imperial, atacaba los abusos de los funcionarios y su impunidad, lo que debía resultar en la eliminación de motivos por los que los curiales (y otros) escapaban de sus obligaciones. Por su parte, la novela 3, reinstaurando la figura del *Defensor*, atacaba, desde otro ángulo, esos mismos motivos de huida, garantizando el acceso a la justicia de los afectados. Por su parte, en una línea similar, pero en sentido coercitivo, actuaría la novela 7, mediante la cual se adoptaban medidas dirigidas a la restitución forzosa de los curiales a sus municipios.

Finalmente, y en otro orden de cosas, puesto que aquí se está tratando la cuestión de la descomposición del orden social tradicional del imperio, no puede dejar de mencionarse la relativa importancia de las novelas 8 y 12. La octava, porque suponía la consagración de uno de los principios fundamentales de un Medievo que se acercaba: la renuncia del estado al monopolio de la violencia y el conferimiento a las pequeñas comunidades, de las tareas de autodefensa. Por su parte, la novela 12 es testimonio de la existencia de problemas de orden público en el periodo, lo que no es sorprendente en modo alguno.

### **3) Pervivencia de la Administración Imperial en Occidente**

Una cuestión de interés al respecto de estas novelas, es la cuestión de la pervivencia de la administración. Sin duda una de las señas distintivas del orden imperial romano, estas novelas demuestran la existencia indubitada de una administración estatal funcional en periodo tan tardío como el que aquí se trata. Si bien en mayor o menor medida, todas las constituciones de Mayoriano son testimonio de esto, no cabe duda de que es la novela 4 la que resulta absolutamente paradigmática, puesto que aborda un asunto cuya relevancia que no puede calificarse sino de municipal, a pesar de la importancia de Roma como urbe. En ella puede advertirse con diáfana claridad la vitalidad y reglamentación del orden administrativo tardorromano, aun cuando la norma reproche las medidas adoptadas.

También las novelas 2 y 5 resultan de interés en este sentido, puesto que son el resultado de la necesidad de alimentar una maquinaria tan vasta como la burocracia tardoimperial en que la administración civil romana se resolvía. Puede que estas normas ilustren los problemas del periodo, pero a través de los problemas que ataca, ilustra acerca de aquello -en este caso la administración imperial- que era objeto de problematización-

Todo esto, desde luego, no resulta excesivamente sorprendente habida cuenta de que en mayor o menor medida esta administración civil sobrevivió al propio imperio occidental, perviviendo durante bastantes años en los reinos germánicos sucesores, en particular, el reino ostrogodo. Por ello mismo de los célebres escritores Boecio y Casiodoro, ambos pertenecientes al mundo posimperial, puede predicarse que eran de familia senatorial y que uno fue *Magister Officiorum* y el otro *Praefectus Praetorio*, entre otros cargos. Con todo, esta pervivencia solo puede predicarse de la administración civil, puesto que lo que caracterizó a los reinos germánicos es un absoluto predominio del ámbito militar, dejándose la administración ordinaria a los romanos y su elaborado sistema de gobierno.

Este proceso de pervivencia de la administración civil y descomposición de la administración militar puede advertirse claramente en el gobierno de Mayoriano. Y los indicios son tres:

- 1) La preeminencia absoluta del príncipe suevo-godo Ricimero que se evidencia en las *Novellae* 1 y 11
- 2) La composición de su ejército, que como vimos, era esencialmente bárbaro

- 3) La *Novella* 8, que suponiendo la abdicación del estado romano en lo que a la defensa se refiere, evidencia la descomposición absoluta de su administración militar, reducida al mantenimiento de ejércitos mercenarios.

Finalmente, resulta de interés señalar la cuestión de la autoridad eclesiástica, y en particular la autoridad pontificia. Si bien no cabe duda de que a partir del siglo IV la autoridad y poder de la iglesia no cesó de crecer –con ocasionales retrocesos- hasta alcanzar su culmen con la aparición los *Dictatus Papae* y el estallido de la Querella de las Investiduras en el siglo XI, y del hecho de que con la caída del imperio occidental, la iglesia latina adquirió una autonomía del poder político que explica su pugna con el poder temporal a lo largo de la Edad Media, no puede desconocerse que aún en el periodo que aquí es objeto de estudio, la autoridad de los romanos pontífices, si bien considerable, todavía no era absoluta. En particular no lo era todavía sobre la ciudad de Roma.

De nuevo, es la Novela 4 la que evidencia la existencia de una administración funcional que responde a la autoridad del emperador occidental. Y aún cabría decir más, pues después de que esta figura desapareciera, esta estructura administrativa siguió respondiendo primero a Odoacro, más tarde a los monarcas ostrogodos y finalmente a los emperadores de Oriente. No fue, pues, hasta la descomposición de esta estructura administrativa –que en cierto modo señala verdaderamente el fin de la antigüedad en occidente- acaecida tras la devastación que sufrió la península itálica con las guerras góticas y la invasión lombarda que, en medio del caos, los Pontífices se convirtieran en los verdaderos amos de Roma.

#### **4) La Cuestión Eclesiástica**

Merece la pena, pues, adentrarse en la cuestión eclesiástica, que pese a no ser una de las temáticas dominantes en las novelas de Mayoriano presenta, dos aspectos de interés. Por un lado, la cuestión del poder de la iglesia, y por otro, la cuestión de las ordenaciones forzosas.

Respecto a la cuestión de las ordenaciones forzosas, conviene recordar las disposiciones contenidas en la Novela 6 –dedicada a las vírgenes consagradas- y la novela 11 –dedicada a la ordenación forzosa de clérigos-, de cuyo examen conjunto cabe extraer las siguientes conclusiones:

- 1) Se trata de una regulación proteccionista de la autonomía individual, si bien parece animada por otras consideraciones, en particular, una clara política natalista en el caso de la Novela 6, pues no solo las medidas que establece son precisamente idóneas para la tarea, sino que el emperador expone abiertamente dicha finalidad. Las motivaciones en el caso de la Novela 11 son más oscuras, pero parece que podrían estar relacionadas con ciertos abusos y fraudes que utilizarían instrumentalmente las ordenaciones.
- 2) Son un producto evidente de la extensión de la moralidad cristiana y sus efectos al permear a la población tardorromana, en particular, a una aristocracia de la que, al margen de consideraciones piadosas, no están ausentes consideraciones prácticas como evitar la dispersión del patrimonio familiar.
- 3) También son testimonio del creciente poder y prestigio de la Iglesia, puesto que como las propias disposiciones ilustran, no era infrecuente la dedicación de las viudas ricas –y otros sujetos pudientes- a la vida contemplativa y/o las causas piadosas, lo que a su vez, mediante legados y donaciones, redundaba en beneficio de la iglesia que aumentaba aún más su riqueza.
- 4) Queda abierta la cuestión que tratábamos en la nota 136 acerca de las ordenaciones forzosas en base a la apreciación de la constitución CJ 1.3.30 (469), destinada a combatir la simonía, en la cual se consideran virtuosas actitudes que responden a una ordenación forzosa (*Tantum ab ambito debet esse sepositus ut queratur cogendus, rogatus recedat, invitatus effugiat*) lo que invita a cuestionar hasta qué punto la aparente ausencia de voluntariedad en tales ordenaciones forzosas no era sino un trámite ritualizado.

Respecto a la cuestión del creciente poder de la iglesia, nos corresponde, en este caso, analizar las Novelas 4, 10 y 11. Como decíamos en la conclusión anterior, en la Novela 4 se evidencia la existencia en el periodo, de una administración perfectamente funcional que respondía a la autoridad del emperador occidental. No fue, pues, hasta la descomposición de esta estructura administrativa que los Pontífices se convirtieron en los verdaderos amos de Roma.



No obstante, ello no significa que la Iglesia careciese de poder alguno. Por una parte tenemos la célebre institución de la *Episcopalis Audientia*, mencionada indirectamente en la Novela 11, pero solo accesible, en lo que a esa novela se refiere, a través de la *Interpretatio* visigótica de la Novela 35 de Valentiniano III, y que al conceder jurisdicción temporal al poder espiritual, allanó el camino a la Iglesia para que disputara al poder temporal el *Dominium Mundi* mediante la formulación de la llamada “Doctrina de las Dos Espadas” (*Utrumque Gladium*), expuesta en fecha tan temprana como el pontificado de Gelasio I (492-496) a través de una carta dirigida al emperador Anastasio I que decía así:

*“Hay, en verdad, augustísimo emperador, dos poderes por los cuales este mundo es particularmente gobernado: la sagrada autoridad de los papas, y el poder real. De ellos, el poder sacerdotal es tanto más importante cuanto que tiene que dar cuenta de los mismos reyes de los hombres ante el tribunal divino”*

Por otra parte, resulta tremendamente ilustrativo que en el título de la Novela 10 la Iglesia sea puesta en pie de igualdad con la aristocracia senatorial en relación con los privilegios que en ella eran concedidos. Esto evidencia la existencia de una tensión entre el poder eclesiástico y el laico, una pugna entre el menguante *ordo senatorius*, y la ascendente Iglesia de Roma.

Eventualmente esta tensión se resolvió a favor de la Iglesia, que heredó en Roma el poder político -*potestas*- que correspondía a los césares, y el poder moral/cultural -*auctoritas*- que antaño fue patrimonio de la ilustrada clase senatorial romana. Con todo, esta traslación del poder de las estructuras laicas al monopolio de la iglesia no ocurrió tan pronto como, a menudo, la iglesia misma ha supuesto.

Como se ha dicho, en realidad, ya bajo los emperadores, o bajo los reyes bárbaros, la administración civil romana siguió funcionando con relativa normalidad durante un tiempo, hasta que la devastación de las guerras que azotaron la Italia del siglo VI, desarticuló la precaria estructura administrativa posimperial. ¿Cuándo, por tanto, puede considerarse que Roma quedó bajo la autoridad pontificia?

En mi opinión esto ocurrió durante el pontificado de Gregorio I Magno (590-604), él mismo un símbolo de esta transición, pues era descendiente de una familia senatorial. Durante su Pontificado se tiene noticia por última vez de dos grandes

instituciones de la historia romana. En 599 se menciona por última vez al *Praefectus Urbi* de Roma y en el año 603, con motivo de la aclamación de una columna erigida en el Foro por el emperador Focas, se tiene noticia por última vez del Senado de Roma, probablemente reducido ya a una asamblea informal de notables. El hecho de que en el año 630 el Papa Honorio I transformara la Curia Julia en una iglesia, no hace sino confirmar la impresión de que ya para entonces el Senado –siquiera como una farsa de de lo que una vez fue- no existía.

No es de extrañar entonces que el propio Papa Gregorio I pronunciara estas palabras en su célebre Homilía sobre Ezequiel:

*“¿Dónde está el Senado? ¿Dónde el Pueblo? Los huesos han sido esparcidos, la carne consumida, pasó toda la pompa de las dignidades de este mundo (...) Pues el Senado ya no existe y el pueblo ha perecido (...) Roma está vacía y en llamas. Pero no hay necesidad de hablar aquí de los hombres, cuando se extiende el campo de ruinas y vemos derrumbarse los mismos edificios”*

Con todo, las disposiciones de Mayoriano en materia eclesiástica, si bien evidencian un poder eclesiástico creciente, responden todavía a una lógica cesaropapista -pues ordenan tener por no efectuadas determinadas ordenaciones o reprende ciertas consagraciones de mujeres, decisiones sobre las cuales solo la iglesia tendría competencia en un futuro- que no pudo desarrollarse en plenitud por causa de la misma extinción del estado imperial en occidente. En este periodo la Iglesia estaba, sin duda, forjando el carácter y estructura que le llevaran a asumir el papel de los augustos en Roma, pero todavía no era el poder que sería a partir del pontificado de Gregorio Magno, motivado, tal vez, por la evidencia del abandono centrífugo en el que se había sumido Occidente, pues hasta entonces solo episódicamente –León I, Gelasio I- el pontificado había asumido un claro papel de liderazgo,

## CONCLUSIONES JURÍDICAS

### 5) La influencia del Augusto León I en la obra legislativa de Mayoriano

El hecho de que siete de las nueve constituciones cuyo texto se conserva total o parcialmente fueran promulgadas no solo en nombre de Mayoriano sino también de León I, Augusto de Oriente, conllevaba que pueda problematizarse hasta qué punto

estas constituciones atribuidas a Mayoriano no eran sino leyes auspiciadas por la corte oriental o, incluso, si alguna era una ley oriental confirmada en occidente. En todo caso debe señalarse que después de la promulgación del Código Teodosiano en Oriente y su asimilación en Occidente, se estableció oficialmente, mediante la Nov. Theod 1.5, que las disposiciones de un emperador carecían de eficacia en el territorio del otro mientras no fueran confirmadas por éste mediante pragmática sanción. Si bien constan bastantes leyes orientales aceptadas en occidente, no se tiene constancia de la circunstancia inversa, sin que el hecho de que no haya quedado registro, implique que no existiera semejante traslación.

En todo caso, del análisis de las circunstancias que rodean a este conjunto normativo en que las novelas de Mayoriano consisten, entiendo que existen motivos suficientes para considerar que estas constituciones son producto de la cancillería occidental, sin que ello obste para considerar la enorme influencia que la técnica jurídica de las escuelas y la corte oriental, pudieran tener en su impulso y su redacción formal.

En primer lugar, por la propia atribución histórica. Estas constituciones se han conservado como disposiciones atribuidas a Mayoriano-ya en la *Sylloga* datada de poco después de su reinado- y en muchas, si bien le acompaña León I en la *inscriptio*, se le imputan a aquel. No se trata de una razón definitiva, pero constituye sin duda un indicio que apunta en tal sentido

En segundo lugar, por las informaciones adicionales que proporciona la *inscriptio*. En efecto, estas constituciones son dadas en las ciudades occidentales de Rávena (año 458) y Arlés (años 459 y 460) y son dirigidas a conocidos dignatarios concretos de occidente. Y sin duda esta fuente de información puede considerarse fiable, pues no podemos olvidar que también en el *Codex Justinianus*, con el imperio occidental ya desaparecido, se respeta al autor original de la norma y el destinatario al que va dirigida, de modo que en aquel código se pueden encontrar leyes de emperadores occidentales a funcionarios occidentales cuando este imperio ya no existía.

En tercer lugar, porque los asuntos que tratan estas constituciones son problemas típicos y característicos de Occidente. Las propias circunstancias contenidas en las leyes son prueba de ello. Por ejemplo, el hecho de que la Novela 4 vaya dirigida

específicamente a frenar el deterioro urbanístico de la ciudad de Roma; que en la Novela 8 –cuyo precedente se encuentra también en occidente- se instituya el derecho a portar armas como medida desesperada de defensa; que la Novela 10 esté destinada, entre otros, a los senadores de la ciudad de Roma, o que el caso de adulterio de la Novela 9 se produjese en Picenum.

Ello, por supuesto, no descarta la más que probable influencia de la técnica jurídica oriental en los aspectos formales de la redacción legislativa de las constituciones. Pero sin duda me parece que no son leyes importadas de oriente, sino leyes promulgadas en occidente, para occidente, aunque quizá pudieran ser redactadas por expertos orientales. Esta posibilidad no puede ser descartada, sobre todo si existía buena sintonía entre ambas cortes, como ocurrió con Mayoriano o posteriormente con Antemio, pariente del propio León I, y que sin duda debió traer consigo expertos desde el imperio oriental.

## **6) La cuestión de la unidad legislativa del imperio**

Como es bien sabido, y en tanto que la administración del imperio quedó habitualmente dividida, la unidad legislativa de este fue perdiéndose paulatinamente después del reinado de Constantino, llegando a aceptarse con carácter general (Nov. Theod 1.5) que las disposiciones de un emperador carecieran de eficacia en el territorio del otro mientras no fueran confirmadas por éste mediante pragmática sanción.

En efecto, este divorcio legislativo, que a menudo no era sino un reflejo de la comunión (o su ausencia) que existía entre las cortes de oriente y occidente (cuyo signo más evidente como comentamos antes es el reconocimiento común de los cónsules) puede observarse en la *inscriptio* de estas *novellae*. Así, las dos primeras constituciones de Mayoriano -con fechas 11 de Enero y 11 de Marzo del año 458- son dadas únicamente en su nombre, lo que efectivamente induce a pensar en que su ascenso a la púrpura no había sido todavía confirmado por León I, y por tanto, que su legislación, sencillamente por la irregularidad de su nombramiento, no era ni aceptada ni reconocida en Oriente.

No obstante, es evidente, y así se puede comprobar en la historiografía, que conforme se debilitaba el vigor político del Imperio Occidental, mayor era la influencia que ejercía Oriente sobre este. Y ello, que sin duda suponía un gran influjo en muchas

de las esferas de la vida social y política del Imperio Occidental, tuvo muy singularmente gran incidencia en un área tan especializada y que requería gran capacitación como era la producción jurídica.

Por supuesto, ello no implica que tanto el derecho como su capacidad para producirlo fueran absolutamente desconocidos en occidente, ni mucho menos, -solo el mero hecho de que las cortes podían estar enfrentadas y que ambas cancillerías, en tal caso, seguían produciendo sus propias disposiciones normativas, ya confirman este hecho- pero sin duda, conforme la posición política del Imperio Occidental se iba tornando catastrófica, solo en oriente quedó capacidad técnica suficiente, condiciones sociales necesarias y la iniciativa política requerida para el desarrollo de un derecho teórico de gran elaboración y complejidad.

De ahí que conforme se acercaba la agonía final del Occidente y, por tanto, su acción política se dirigía cada vez con mayor intensidad a los aspectos más básicos de su misma supervivencia material (reclutamiento de tropas, obtención de recursos financieros etc.) la preponderancia de la legislación oriental se tornó cada vez más evidente, hasta el punto de que es probable que el emperador Antemio –cuyo mandato como Augusto de Occidente fue patrocinado por la corte de Constantinopla - aceptara en bloque (Nov. Anth. 2) la legislación de su colega oriental León I.

Sin embargo, esta creciente unidad legislativa no se produjo como respuesta a un plan coordinado o por su adecuación a las necesidades de occidente, sino todo lo contrario: la unidad legislativa es el indicio claro de una penosa necesidad que las circunstancias impusieron, y ello profundizó aún más en el ya problemático divorcio existente entre el derecho oficial y las necesidades de la vida práctica. Si ya de por sí existía una natural división entre el derecho legislado teórico de los emperadores y el derecho que realmente se aplicaba respecto de las necesidades reales de sus súbditos, ahora el abismo entre ambas instancias se abrió aún más, puesto que importado de oriente el derecho ya ni siquiera respondía a las necesidades de la propia *pars*.

Con todo, este acercamiento a la unidad legislativa resultaría, a la postre, efímero. Y ello por dos factores. Primero, porque después del gobierno de Antemio y el fracaso de la expedición de Basilisco para retomar el reino vándalo, la corte de Constantinopla se desentendió políticamente de un Occidente díscolo regido por

Ricimero y, posteriormente, por su sobrino Gundobando. Segundo, porque con la extinción final del imperio y la separación definitiva entre un occidente dominado por los reinos germánicos y un oriente todavía imperial, se instalaron lógicas jurídicas muy distintas en ambas mitades: mientras oriente se encaminaban a la brillantez de la era justinianeas, occidente se precipitaba hacia lo que propiamente puede llamarse la era del vulgarismo jurídico, reflexión que nos lleva a una nueva cuestión de gran relevancia, la cuestión de la técnica de las escuelas jurídicas orientales.

No obstante, antes de que pasamos a la siguiente conclusión, debo señalar que todo este razonamiento, que por la misma naturaleza de este trabajo ha de ser necesariamente generalista, debe ser entendido sin perjuicio de los importantes matices que habrían de precisarse por causa del posterior intento llevado a cabo por el augusto Justiniano I de restaurar la unidad legislativa en el contexto de su política de *Renovatio imperii*, y de la recepción en Occidente de su compilación, en virtud de la *Sanctio pragmatica pro petitione Papae Vigili*.

## **7) La cuestión de la Técnica Jurídica**

A pesar de que tradicionalmente operó con cierto fetichismo la fecha del año 476 como seña y símbolo que marcaba el fin de la antigüedad y el paso a la alta edad media, (una transición imposible de determinar en ninguna fecha precisa y con dificultad imputable incluso a un periodo relativamente extenso), lo cierto es que la caída del imperio occidental, si no resulta irrelevante para la cuestión de la técnica, sí al menos carece de la importancia que como factor político podía tener en otras aéreas de investigación. Ciertamente la decadencia de la cultura romana -cristianización, barbarización etc.- había comenzado mucho antes de la deposición del último augusto de occidente, pero sin duda fueron otros factores más profundos -de corte económico y social- los que tuvieron una mayor incidencia en este aspecto. Podríamos expresarlo incluso, diciendo que a la debilidad que experimentó la base material de la sociedad romana en occidente por causa del paso del esclavismo al feudalismo, le siguió su correspondiente debilitamiento de las instituciones sociales de la superestructura, entre las que se encontraban las propiamente jurídicas, que se tornaron conceptualmente más simples y técnicamente más sencillas.

En Oriente, sin embargo, donde la vida social siempre fue más urbana y la unidad económica de la gran finca esclavista nunca tuvo la importancia que adquirió en occidente, tal debilitamiento de la base material de la sociedad no le afectó con igual intensidad. Por tanto, allí la antigua tradición jurídica y su vigor intelectual siguieron operando con gran energía. En efecto, célebre es sin duda la obra de las escuelas jurídicas orientales de Berito y Constantinopla como centros que permitieron la brillantez jurídica del periodo justiniano. Allí, por tanto, donde la base material de la sociedad no solo no se había debilitado tanto, sino que aun incluso pudo haberse expandido, la ciencia jurídica encontró un terreno fértil donde no solo sobrevivir, sino aún mas, experimentar un autentico resurgir.

Con todo, este vigor tenía sus propios límites que posteriormente se manifestarían también en la compilación justiniana. Por una parte el conocimiento del latín en un imperio que esencialmente funcionaba en griego, así como el hecho de que este latín académico era un latín de gran complejidad y que era usado de un modo arcaizante. En segundo lugar, el hecho de que la conservación del derecho romano clásico en el periodo objeto de estudio y, posteriormente, durante la compilación justiniana, respondía más a una lógica romántica, que a las necesidades reales de la vida social ordinaria. Y en tercer y último lugar, la necesidad de contar con una cantidad suficiente de personal con formación superior capacitado para poder llevar a la práctica este derecho arcaizante y teórico que los emperadores legislaban o recopilaban.

Estos juristas, que debían familiarizarse con la dogmática y enorme casuística de este derecho oficial, no existían ni mucho menos en todos los lugares del imperio. Por ello sin duda existió una continuidad ininterrumpida en el desarrollo del derecho popular, consuetudinario y vulgar, frente al complejo derecho de las cancillerías y las codificaciones, cuya influencia, en la práctica, debió limitarse a los tribunales de Constantinopla y de las grandes capitales provinciales. Es decir, solo allí donde también existían escuelas superiores de Derecho que permitían su estudio, destacando en ello, las ya citadas escuelas de Berito y Constantinopla.

Pues bien, tales características propias del derecho posclásico tardío podemos encontrarlos también, sin duda por influencia de la técnica de los juristas orientales en su elaboración, en las disposiciones que aquí se han comentado del emperador Mayoriano. En efecto, una lectura siquiera superficial de las mismas inmediatamente

expone la complejidad y abigarramiento del latín usado en la redacción de las leyes, lo que está sin duda, detrás de algunas de las dificultades que los traductores encuentran a la hora de volcar estas disposiciones a su idioma vernáculo. Se trata de textos con una sistemática pobre, plagados de circunloquios y razonamientos repetitivos, y a menudo, también tautológicos, donde, sin duda, con una gran carga ideológica, se enfatiza la figura del emperador a través de la exaltación de su clemencia o su preocupación por los asuntos del imperio.

También, en efecto, se evidencia uno de los problemas más propios del derecho del periodo postclásico y vulgar: el divorcio entre la legislación oficial y las necesidades de la vida práctica. En particular en la legislación de Mayoriano esto puede colegirse de dos factores. Primero, del objeto de su atención legislativa, esto es, que la mayoría de sus novelas van dirigidas a regular aspectos de derecho público con una pobre influencia en la vida diaria. Y segundo, y más importante aún, la redundancia legislativa que a menudo revela el estudio de estas disposiciones.

En efecto, una pista en este sentido las dan algunos factores que hemos analizado durante el desarrollo de este trabajo. Como vimos, muchas de las normas promulgadas por Mayoriano reinciden insistentemente en aspectos ya previa e inútilmente legislados por los augustos que le precedieron. Así, a título de ejemplo, las insistentes disposiciones que precedieron a la novela 4 para evitar la decadencia de las ciudades en general, y de Roma en particular; las continuas modificaciones que operaron sobre la figura del *Defensor* que veíamos en la novela 3; la repetición del derecho a portar armas de la novela 8 que ya había sido instituido previamente por Valentiniano III, o el caso más paradigmático, cual es la obsesiva y continua regulación que los emperadores realizaban respecto a la figura del curial, cuyo patrimonio es objeto de atención de la novela 7. Todo ello nos habla de una acción legislativa bienintencionada, pero pobremente creativa en las soluciones, y que responde a un plan arcaísta que repetía soluciones y formulas del pasado. Por usar el ejemplo de los curiales: no se intenta modificar el sistema curial, sino atar a los curiales a un sistema que se desmorona.

Finalmente es difícil no mencionar, aunque es bien conocida, la aguda decadencia cultural del periodo, que con honrosas excepciones, tiene por seña el traslado de la autoridad sobre la cultura del ámbito laico al eclesiástico. De ahí que



quizá el último factor que veíamos -la inexistencia de un personal suficientemente formado en la dogmática y casuística jurídica- se imbrique irremediablemente con el auge de la iglesia como uno de los poderes que habría de disputarse el *Dominium Mundi*, y en el ámbito jurídico de este periodo, en particular con la cuestión de la *Episcopalis Audientia*, que otorgando jurisdicción temporal al poder espiritual, inauguró uno de los problemas fundacionales que habrían de caracterizar a la Edad Media.

Así pues, podemos resumir la cuestión de la técnica jurídica en el siguiente argumento: que la complejidad del lenguaje jurídico utilizado, el arcaísmo o romanticismo de las medidas y la escasez de personal suficientemente cualificado para un correcto desarrollo del derecho que caracterizaron al desarrollo del derecho en oriente, son factores que están presentes también, y aun con mayor fuerza en occidente, así como que las *novellae* de Mayoriano son producto y a la vez testimonio de ese estado de cosas.

La consecuencia práctica que podemos concluir es que estas disposiciones tenían una aplicabilidad limitada en la vida del imperio, esto es, más allá de las grandes urbes o de los tribunales de los gobernadores de provincias u otros altos cargos, y que por tanto, constituían un instrumento poco adecuado y arcaizante para poner coto a los problemas que azotaban al imperio. Adicionalmente debe destacarse también la reafirmación de la figura del emperador como soberano absoluto que se expone en estas leyes. Esto es, puede concluirse también que estas poseían una gran carga propagandística, y por tanto, constituían un instrumento adecuado para la extensión de la ideología imperial.

## **8) Influencia posterior: el derecho vulgar occidental**

El derecho de esta época presenta la característica de una progresiva vulgarización, que en sus propios y exactos términos, no se da hasta que se promulgan las obras jurídicas de los reinos germánicos. El vulgarismo como fenómeno de empobrecimiento cultural afectó progresivamente al ámbito jurídico, en el que se simplificaron los conceptos y se extendió concepciones técnicas más simples no parece que deba aplicarse a las constituciones imperiales tardías, sino en rigor, debería aludir a la codificación de las leyes romano bárbaras como el Código de Eurico o Edicto de Teodorico. Sin embargo, impropriamente puede hablarse de vulgarismo aludiendo al

menos parcialmente al derecho posclásico, en la medida en que el proceso de simplificación, que desembocará en el vulgarismo, se inicia y tiene como precedente necesario al derecho posclásico.

La influencia de estas constituciones sobre el derecho posterior inmediato fue profunda en la misma medida en que lo fue el Código Teodosiano al que como suplemento acompañaban. Esto es, de una profunda influencia en los epígonos más inmediatos del derecho romano en occidente. Así, podemos ver recogida con mayor o menor profundidad la obra de Mayoriano en la mayoría de las más importantes recopilaciones del derecho vulgar de la incipiente Edad Media: en el Breviario de Alarico II (*Lex Romana Visigothorum*), el *Edictum Theoderici* y la *Lex Romana Burgundionum*.

La consecuencia de ello es obvia: su influencia se fue diluyendo en el tiempo del mismo modo en que se diluyeron los reinos de los que estas leyes eran fruto, si bien, curiosamente, quizá la máxima influencia de este derecho romano vulgar se mantuvo en España a través de la pervivencia del *Liber Iudiciorum*. Y cuando por fin se produjo la recepción y redescubrimiento del derecho romano en Europa, esta recepción se hizo a favor de la compilación justiniana, de modo que la influencia del Código Teodosiano y de sus *leges novellae*, ya prácticamente nula, recibió el golpe de gracia por parte de su pariente más cercano, el derecho justiniano.

Por ello podemos afirmar que la influencia de estas *novellae* en los sistemas jurídicos modernos es nula o extremadamente limitada, incluso en su carácter de precedente del derecho histórico. Y si ello por sí solo no fuera suficiente, podemos añadir el hecho de que las normas que contiene, incluso si por la razón que fuera interesara encontrar en ellas alguna fuente o inspiración para el derecho moderno, por su propia naturaleza, son absolutamente inadecuadas para semejante tarea. Y ello tanto por razones objetivas cuanto subjetivas.

Respecto a las primeras porque son mayoritariamente normas de derecho público propias de un estado desaparecido y con unas circunstancias inasimilables: así por ejemplo su sistema tributario y el orden social al que va referido, la estructura del ingreso y gasto público en los municipios o sencillamente la regulación de asuntos religiosos, por nombrar solo algunas. Respecto a las segundas porque son normas que van referidas a situaciones jurídicas personales inexistentes: ser senador, curial, esclavo

o incluso emperador de occidente, si tomamos en cuenta la cuestión del patrimonio privado del emperador (*res privata*). En cierto modo puede decirse simplificando: por ser normas históricas de derecho público.

En cambio el estudio de estas constituciones, como en general el estudio entero de la ciencia romanística, es un instrumento absolutamente adecuado para las investigaciones que la ciencia histórica pudiera llevar a cabo respecto al periodo. Y si bien todo el derecho romano sirve provechosamente a esta tarea, muy singularmente estas novelas se presentan como herramienta adecuada a ese propósito por las mismas razones que este derecho no ha tenido una influencia profunda y duradera en los sistemas jurídicos posteriores, esto es, por ser normas de derecho público y aún más por ser muy dependientes de la circunstancia histórica que las vio nacer.

## **5. BIBLIOGRAFÍA Y RECURSOS ELECTRÓNICOS**

### **Bibliografía**

ALFÖLDY, G., *Historia Social de Roma*, Alianza Editorial, Madrid, 1996

AMIANO MARCELINO, *Historias*, Akal, Madrid, 2002

ANDERSON, P., *Transiciones de la Antigüedad al Feudalismo*, Siglo XXI, México, 2005

APARICIO, A., *Las grandes reformas fiscales del Imperio Romano (reformas de Octavio, Augusto, Diocleciano y Constantino)*, Gráficas Apel, Gijón, 2006.

BERGER, A., *Encyclopedic Dictionary of Roman Law*, The American Philosophical Society, 1991

BLAZQUEZ MARTÍNEZ, J.M., *La presión fiscal en Hispania en el Bajo Imperio según los escritores eclesiásticos y sus consecuencias*, versión digital disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/downloadPdf/la-presin-fiscal-en-hispania-en-el-bajo-imperio-segn-los-escritores-ecclesisticos-y-sus-consecuencias-0/>

BLAZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. y BLANCO FREIJEIRO, A., *La sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella: discurso leído el día 14 de*

*Enero de 1990 en el acto de su recepción pública*, Europa Artes Gráficas, Madrid, 1990

BLOCH et alii., *La transición del esclavismo al feudalismo*, Akal, Móstoles (Madrid), 1989

BOCK, S., *Los Hunos: Tradición e Historia en Antigüedad y cristianismo* nº IX, 1992. Versión digital disponible en <http://www.um.es/cepoat/antigüedadycristianismo>

BROWN, P., *El mundo de la antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Gredos, Madrid, 2012

BROWN, P., *El primer milenio de la cristiandad occidental*, Crítica, Barcelona, 1997.

CECCONI, G. A., *Crisi e trasformazione del governo municipale in occidente fra IV e VI secolo* en *Die Stadt in der Spätantike: Niedergang oder Wandel?* (Eds. J.U. Krause, C. Witschel). Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 2006

DALTON, O.M., *The letters of Sidonius*. Oxford University Press. Oxford. 1915

DAZA MARTÍNEZ, J., *La “Episcopalis Audientia” y el principio de equidad en la época postclásica* en *Anales de la Universidad de Alicante* nº1, 1982

DONADO VARA, A., *Historical Backgrounds of Widow Reserve* en *Cuadernos de Historia del Derecho* Vol.16, 2009. Versión digital disponible en <https://revistas.ucm.es/index.php/CUHD/article/viewFile/CUHD0909110111A/18996>

FINLEY, M. I., *Esclavitud Antigua e ideología moderna*, Crítica, Barcelona, 1982

FINLEY, M. I., *La Economía de la Antigüedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986

FRAKES, ROBERT. M., *Contra Potentium Iniurias: The Defensor Civitatis and Late Roman Justice*, C.H Beck, Munich, 2001

GOFFART, W., *Barbarians and Romans, A.D. 418-584. The techniques of accommodation*, Princeton University Press, Princeton, 1980

GRUBBS, J.E., *Women and the law in the Roman Empire: A sourcebook on marriage, divorce and widowhood*, Taylor & Francis e-Library, 2002.

GRAZIA CAENARO, M., *La tutela dei monumenti antichi da augusto alla caduta dell'impero romano en Atti e memorie dell'ateneo di Treviso nuova serie, numero 29 anno accademico 2011/12*, Grafiche Antiga, Treviso 2013, versión digital disponible en: <http://www.ateneoditreviso.it/wp-content/uploads/2015/01/impaginato-atti-29.pdf>

HAENEL, G., *Lex Romana Visigothorum*, Scientia Verlag Aalen, 1962.

HEATHER, P., *La caída del imperio romano*, Crítica, Barcelona, 2006.

HILLNER, J., *Prison, Punishment and Penance in Late Antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge, 2015

JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire 284-602 Volume I*. Basil Blackwell, Oxford, 1964. Versión digital disponible en <https://archive.org/details/JonesLaterRomanEmpire01>

JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire 284-602 Volume II*. Basil Blackwell, Oxford, 1964. Versión digital disponible en <https://archive.org/details/JonesLaterRomanEmpire02>

JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire 284-602 Volume III*. Basil Blackwell, Oxford, 1964. Versión digital disponible en <https://archive.org/details/JonesLaterRomanEmpire03>

JORDAN MONTES, J.F., *Las curias en el reinado de Honorio (395-423 D.C)* en *Antigüedad y cristianismo* nº XIV, 1997. Versión digital disponible en <http://www.um.es/cepoat/antigüedadycristianismo>

JORDAN MONTES, J.F., *Las leyes del emperador Honorio (395-423 d.C.): misticismo y oratoria. La magia de la palabra escrita* en *Antigüedad y cristianismo* nº XII, 1995. Versión digital disponible en <http://www.um.es/cepoat/antigüedadycristianismo>

- LE GOFF, J., *La civilización del occidente medieval*, Paidós, Barcelona, 1999
- LOPEZ HUGUET, M.L., *Limitaciones a la libertad domiciliaria en Derecho Romano*, Dykinson, Madrid, 2016
- MALAVÉ OSUNA, B., *La prohibición de demolición y su alcance en una novela de Mayoriano* en FERNANDEZ DE BUJAN, A., (Dir.) *Hacia un Derecho Administrativo, Fiscal y Medioambiental Romano III*, Dykinson, Madrid, 2013
- MALAVÉ OSUNA, B., *Régimen jurídico financiero de las obras públicas en el derecho romano tardío: los modelos privado y público de financiación*, Dykinson, Madrid, 2007
- MURGA GENER, J.L., “Una constitución de Mayoriano en defensa del patrimonio artístico de Roma” en *Anuario de Historia del Derecho Español* nº50, 1980. Disponible versión digital en <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/134388.pdf>
- MUSSET, L., *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Labor, Barcelona, 1973
- NATHAN, G., *The Family in Late Antiquity: The Rise of Christianity and the Endurance*, Routledge, 2002
- ORENCIO DE AUCH et al., *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum. Vol. XVI. Poetae Christiani minores Pars I*, Viena (Vindobonae), 1888
- OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino*, Akal, Madrid, 1984.
- PHARR, C., *The theodosian code and novels, and the sirmondian constitutions*, Princeton University Press, Princeton, 1952
- PIQUER MARI, J.M., *El defensor civitatis en el Código teodosiano y la Lex romana burgundionum* en *GLOSSAE. EuropeanJournal of Legal History* nº13, 2016
- PROCOPIO DE CESAREA *Historia de las guerras Libros I-II Guerra Persa*, Gredos, 2000

PROCOPIO DE CESAREA, *Historia de las guerras Libros III-IV Guerra Vándala*, Gredos, 2006

SIDONIO APOLINAR, *Poemas*, Ed. Gredos, Madrid, 2005

VV.AA, *Corpus Iuris Romani Anteiusinianian*, Scientia Verlag Aalen, 1987

VARELA GIL, C., *El estatuto jurídico del empleado público en derecho romano*, Dykinson, Madrid, 2007

WASHBURN, D.A., *Banishment in the Later Roman Empire, 284-476 CE*, Routledge, New York, 2013

### **Recursos Electrónicos**

AGUSTÍN DE HIPONA (Sermones)

<http://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/> (castellano)

GAYO (Instituciones)

<http://thelatinlibrary.com/law/gaius.html> (latín)

JERÓNIMO DE ESTRIDÓN (Cartas)

<http://www.tertullian.org/fathers2/NPNF2-06/Npnf2-06-03.htm>  
(castellano)

JERÓNIMO DE ESTRIDÓN (Chronicon)

<http://www.tertullian.org/fathers/index.htm#JeromeChronicle> (inglés)

JUSTINIANO I et al. (Código; traducción anotada de Fred H. Blume)

<http://www.uwyo.edu/lawlib/blume-justinian/> (inglés)

JUSTINIANO I et al. (Código; traducción de Samuel P. Scott's)

[https://droitromain.univ-grenoble-alpes.fr/Anglica/codjust\\_Scott.htm](https://droitromain.univ-grenoble-alpes.fr/Anglica/codjust_Scott.htm)  
(inglés)

JUSTINIANO I et al. (Digesto; traducción de Samuel P. Scott's)

[https://droitromain.univ-grenoble-alpes.fr/Anglica/digest\\_Scott.htm](https://droitromain.univ-grenoble-alpes.fr/Anglica/digest_Scott.htm)  
(inglés)

JUSTINIANO I et al. (Instituciones)

<http://amesfoundation.law.harvard.edu/digital/CJCiv/JInst.pdf> (inglés)

LIBANIO (Oratio Pro Templis 30)

[http://www.tertullian.org/fathers/libanius\\_pro\\_templis\\_02\\_trans.htm](http://www.tertullian.org/fathers/libanius_pro_templis_02_trans.htm)  
(inglés)

OROSIO (*Historiæ adversus paganos*)

<http://www.thelatinlibrary.com/orosius/orosius7.shtml> (latín)

[https://sites.google.com/site/demontortoise2000/orosius\\_book7](https://sites.google.com/site/demontortoise2000/orosius_book7) (inglés)

VV.AA (*De imperatoribus romanis: An Online Encyclopedia of Roman Emperors*)

<https://www.roman-emperors.org/> (inglés)

## Ω